This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

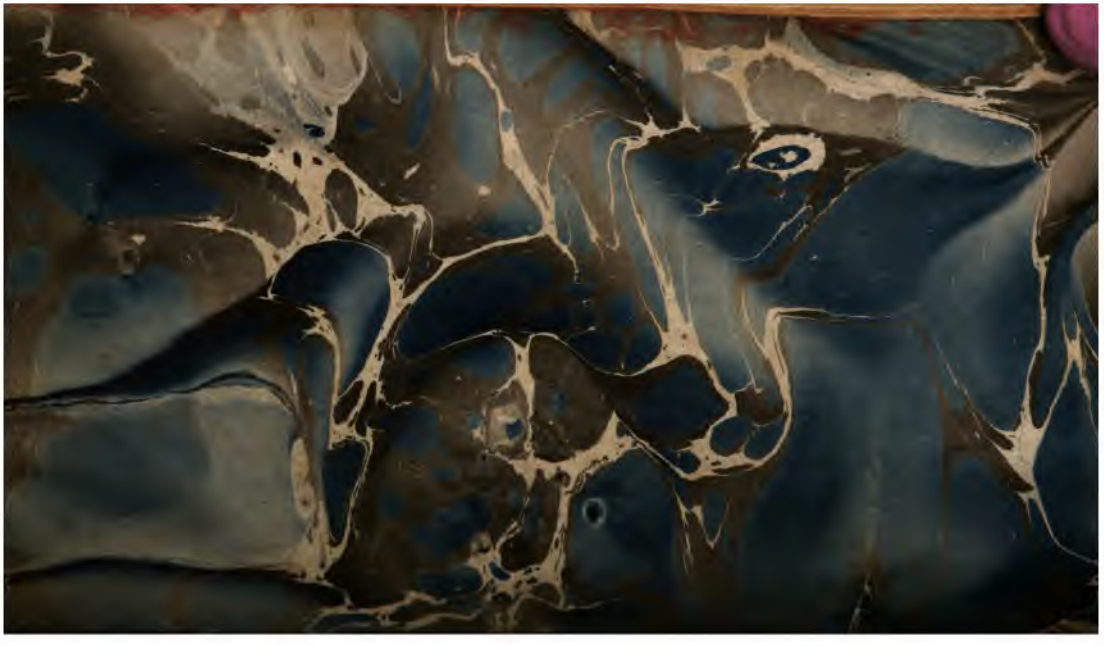
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

UNS. 163 h. 3

Vet. Span. II. A. 8



TEATRO,

Ó COLECCION

DE LOS SAYNETES

Y DEMAS OBRAS DRAMATICAS

DE D. RAMON DE LA CRUZ Y CANO,
ENTRE LOS ARCADES LARISIO.

Ætatis cujusque notandi sunt tibi mores.
Hor. Art. Poet.

TOMO III.

CON PRIVILEGIO.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.
1786.

TAYLOR INSTITUTION
LIBRARY

Señores Suscriptores que han ocurrido despues de publicados los dos primeros tomos.

Excmo. Sr. D. Pedro Lopez de Lerena.
Excma. Sra. Marquesa de Murillo.
Excmo. Sr. Marqués de Ariza.
Excmo. Sr. Duque de San Carlos.
Sr. D. Pedro Perez de Castro, Abogado de los Reales Consejos.
El Teniente Coronel D. Mariano Ibañez.
Excma. Sra. Duquesa de San Pedro.
Sr. D. Cándido Maria Trigueros.
Sr. D. Francisco Lorenzo Matheu, Teniente Quadrillero Mayor de la Santa y Real Hermandad vieja de Toledo.
Sr. Don Lorenzo Ortiz de Zárate.
Sr. D. Pedro Grolliez.
Sr. D. Lucas Gonzalez Zarzuela, Canonigo y Dignidad de Tesorero de la Santa Iglesia de Oviedo.
Sr. D. Manuel Robles, Portero de Cámara de S. M.
Sr. D. Leonardo Martinez Pastor, en Tembleque.
Sr. D. Francisco Mayorga.

Sr. D. Eugenio Escolano.
Sr. D. Martin de Ulloa, Oidor de la Real Audiencia de Sevilla.
Sr. D. Bartolomé Sardin.
Sr. D. Manuel Josef Marin.
Sr. D. Antonio Iparraguirre.
Sr. D. Matias Escamilla, por 6. exemplares.
Sr. D. Ventura Elordui.
Sr. D. Josef Manuel de Vega, Regidor de Madrid.
Sr. D. Miguel de Aedo y Pico.
Sr. D. Josef Ruiz de Sorzano.
Sr. D. Manuel Lopez Zerezo.
Sr. D. Julian de Parga.
El Sr. D. N. Aguado, Teniente Retirado.

LA PRUEBA FELIZ.

COMEDIA EN UN ACTO.

Para el mas corto empleo
De su caudal el hombre en un topacio
Con el anillo de oro
Le exámina despacio,
Y aprecia su valor en el Contraste;
Y siendo mas tesoro
El corazon, que no hay caudal que baste
A resarcir su pérdida, le emplea
Luego en lo que desea,
Sin el menor exámen de su precio.
¡Oh error el mas freqüente, y el mas necio!

PERSONAS.

LA CONDESITA, *sobrina de*
D. GERONIMO, *Caballero anciano.*
D. JACINTO.... } *Caballeros petimetres.*
D. BERNARDO. }
ISABEL, CRIADA.
OTRAS DOS CRIADAS.
PABLO, PAGE.

La Escena es en Madrid.

Sala decente con estrado y espejos, &c. la Condesita con rica bata de tontillo, adornada lo posible, y peynada al ultimo gusto. Isabel ayudandola á bestir, y otras Criadas.

CRIADA 1.

Vaya, Señora, que está
hoy grandemente el peynado.

ISABEL.

Qualquier cosa que se ponga
mi Ama, le cáe de pasmo.

CONDESITA.

¡Qué lisonjeras que sois!

ISABEL.

Nos hace Usia un agravio;
pues defienden los espejos,
y mejor que no ellos quantos
la ven, que Usia es hermosa,

y petimetra de rasgo.

CONDESITA.

¿Quién fue á llamar á mi tio?

ISABEL.

Señora, el Page. Don Pablo, *grita.*

Sale Pablo.

PABLO.

¿Qué manda Vmd? *á Isabel.*

CONDESITA.

¿Qué te ha dicho mi tio?

PABLO.

Se está acabando de vestir su Señoria.

ISABEL.

Pues es un asunto largo, y continuo.

Sale Don Geronimo.

D. GERONIMO.

Menos hoy.

¿Siempre has de estar murmurando de mí, Isabel?

ISABEL.

Quiero á Usia mucho, y por disimularlo, murmuro.

D. GERONIMO.

Ya te conozco.

ISABEL.

Es un talento bien raro
conocerá quien en casa
ha nacido, y se ha criado.

PABLO.

Como yo; que no tuvimos,
ni tendremos otros Amos.

D. GERONIMO.

Si Dios quiere.

PABLO.

Se supone.

D. GERONIMO.

Pues decirlo, y confesarlo.

CONDESITA.

¿Viene vmd. de mal humor?

D. GERONIMO.

Nó, hija mia, que le traygo
muy bueno, ¿qué es lo que mandas?

CONDESITA.

Deseo que concluyamos
la conversacion de anoche.

D. GERONIMO.

Hasta las doce no salgo
hoy.

CONDESITA.

Pues sobra mucho tiempo.
Id á hacer labor un rato
todas, menos tú, Isabel.
Y estate á la puerta, Pablo,
y avisa si viene alguno.

se van las criadas.

PABLO.

Apenas sienta los pasos.

CONDESITA.

Que para los dos en casa
no hay asunto reservado;
y mas este, que quizá
se sabrá mañana.

D. GERONIMO.

Vamos
á ver que es lo que esta noche
sobre el asunto has soñado:
¿quál de los dos ha vencido,
Don Jacinto, ó Don Bernardo?

CONDESITA.

Respondame vmd. primero.
Ya que estamos en el caso
de haber recaido en mí,
por los ocultos y altos
juicios de Dios, nuestra casa;
pues habiendo profesado

en la Religion mi hermana,
el título y mayorazgos
que á ella por mayor tocaban,
como única, ha renunciado
en mí: ¿no me dexareis
la libertad, entre tantos
como ansiosos la pretenden,
de elegir para mi mano
el dueño con quien yo juzgue
hacer mas feliz mi estado?

D. GERONIMO.

Nó, sobrina de mi alma;
es mucho lo que te amo
yo para que consintiera
padecieses un engaño.

ISABEL.

Y mas en quanto á maridos,
Señora, que está observado
que duran poco los buenos,
y son eternos los malos.

CONDESITA.

¿Nuestro propio corazon
será capaz de engañarnos,
tio?

ISABEL.

Sí Señora, á muchos

los engaña á cada paso.

CONDESITA.

¿A quiénes?

ISABEL.

Que lo confiesen
los viejos enamorados.

D. GERONIMO.

Calla, Isabel, que es bastante
serio el punto que tratamos.
Jamás las pasiones, hija, *á la Sobrina.*
por buen camino guiaron
al fin.

CONDESITA.

Quando las pasiones
son verdaderas, y quando
en la eleccion del objeto
muchos dias meditamos,
ellas tambien son capaces
de hacernos felices.

ISABEL.

Bravo.
¡Mas ay, que dicen que calle! *ap.*
ya se me habia olvidado.

D. GERONIMO.

¿Y quién te asegura á tí
que tu concepto no es falso?

CONDESITA.

¿Habrá contra la eleccion
que tengo hecha en Don Bernardo
de Sandoval, que arguir?
Su nacimiento es muy claro;
sus riquezas bien notorias;
su valor acreditado;
su genio muy divertido;
y amables figura y trato.
Diga vmd. qué le disgusta
en él, que yo no lo hallo.

D. GERONIMO.

Su carácter.

CONDESITA.

Lo mejor
que él tiene es eso.

D. GERONIMO.

Despacio:
perdona mi ingenuidad.
El es en todo afectado,
está lleno de sí mismo,
es con el igual muy vano,
y con el pobre insolente,
en el pensar temerario,
en el hacer aturdido,
y en el hablar desbocado.

En fin, es tan incapaz
de amar con juicio y conato,
como á propósito para
seducir un pecho incauto.
Te vuelvo á pedir perdon,
si de este modo te hablo,
Sobrina; pero no quiero
que pases por los trabajos
que otras Damas.

CONDESITA.

¿Quáles, tio?

D. GERONIMO.

Que porque las adularon
sus parientes, en materia
que se interesaba tanto,
los placeres de ocho dias
lloran despues muchos años.

CONDESITA.

Yo estimo vuestras finezas,
tio, pero hablemos claro:
vmd. me quiere espantar
con el disforme retrato
de Don Bernardo, porque
en casarme está empeñado
con Don Jacinto de Azagra.

D. GERONIMO.

No me atreveré á negarlo.
Su modestia, el esplendor
de su espíritu bizarro,
su talento, su opinion,
y otras virtudes que callo,
porque conozco que con
la comparacion te canso,
me han movido á preferirle:
y tambien haber hallado
en él mas pruebas de amante,
que en el otro casqui-vano.
Pero aunque te diré siempre
mi dictamen, sin embargo
no temas que use jamás
de mi autoridad; ni en pago
de la ternura con que
me intereso en tu descanso
y tus venturas, jamás
solicite otro agasajo
de tí, que el que condesciendas
á una pretension que traygo;
y despues dueño absoluto
de tu destino te hago.

CONDESITA.

Vmd. Señor, lo es muy mio,

y de todo lo que valgo:
¿qué me mandais?

D. GERONIMO.

Que esos hombres
á una prueba reduzcamos,
que acrisole sus ideas
y su amor, antes de darnos
á partido con alguno
de los dos, equivocados.

CONDESITA.

Tio mio, no será
facil que pueda explicaros
mi gozo y mi gratitud;
que así tambien me habeis dado
con eso el medio mejor
de afirmarme, y afirmaros,
en la buena fé y constancia
con que ama Don Bernardo.
Aunque de uno y otro ya
¿qué prueba es la que yo aguardo?
El me ha hecho un absoluto
sacrificio voluntario
de las mas hermosas Damas
de la Corte: ha renunciado
por mí paseos, Comedias,
juegos, tertulias, saraos,

y quanto hay ; y no algun dia,
que ha que me corteja un año.

ISABEL.

Pues á fé que en el presente,
Señorita, es necesario
gran tiento con los cortejos:
porque los domina un astro
que los disuelve, los mata,
ó los tiene agonizando.

CONDESITA.

Calla. ¿Ha visto vmd. los pliegos
que me ha escrito este verano
desde Trillo?

D. GERONIMO.

Sí, hija mia:
escucha lo que he pensado.
Tu sabes la semejanza
(que casi toca en milagro
nuevo de naturaleza)
tuya con tu hermana, tanto
que aun los que mas os trataban,
mil veces se equivocaron:
pues este es todo el apoyo
de mi proyecto. Finjamos
que Narcisa, (que ya está
por los vínculos sagrados

que sabes, destituida
de los derechos humanos)
estando cerca del dia
de profesar, ha variado
de vocacion, se ha salido
del Monasterio, y que quando
se esperaba la noticia
(como en efecto ha llegado)
ayer de su profesion,
la vimos á nuestros brazos
llegar impensadamente:
y que ya del sobresalto,
ó del sentimiento, al ver
con su venida frustrados
todos tus brillos y obsequios,
te sobrevino un desmayo:
que pasaste retirada
toda la noche en tu quarto:
que al amanecer te fuiste
con el Gentil-hombre anciano
y el Capellan á un Convento,
habiendo juramentado
á los dos de no decir
donde quedas, hasta tanto
que tu voluntad ligases
para siempre con el santo

religioso velo. Mas:
tu has de trocar el peynado,
te has de vestir como estaba,
siempre que la visitamos,
tu hermana allá de seglar,
respecto haberte enviado
algunos vestidos suyos,
al pensar en renovarlos,
para medida...

ISABEL.

Yo tengo
uno en mi cofre guardado
justamente.

CONDESITA.

Vé á sacarle
al momento.

ISABEL.

Voy volando:
yo voy con el tio á medias,
si los dos apuestan algo. *vase.*

D. GERONIMO.

Y te has de quitar tambien
ese afeyte colorado,
que os soleis poner por moda.

CONDESITA.

Aquí me viene de pasmo;

pues la unica diferencia
que hay, es ser algo mas baxo
su color; pero yo creo,
Señor, que ha de ser en vano
la astucia; porque un amante
tiene muy fino el olfato,
y aunque sus ojos se duerman,
está el corazon velando.

D. GERONIMO.

¡Ay Condesa de mi vida!
si Jacinto, ó Don Bernardo
te aman verdaderamente,
lo veremos apurado
con observar la impresion
primera, que al oir el fallo
de tu ausencia para siempre,
en sus semblantes notamos.

CONDESITA.

Eso es verdad; pero ahora,
si nos vemos en el caso
de acreditar igualmente
su amor verdadero entrambos,
¿insistireis siempre por
Don Jacinto?

D. GERONIMO.

Ni por quanto

tiene el mundo; pues si advierto
tus deseos bien fundados,
en vez de contradecirlos,
verás que te los aplaudo.

CONDESITA.

Por Dios no se pique vmd.
quando vea desayrados
sus temores; pues lo mismo
será entender Don Bernardo
que ha perdido la esperanza
que tenia de mi mano,
que renunciar para siempre
el mas ventajoso lazo
de amor. Lo que unicamente
siento yo, es el trabucazo
que lleva, de que quizá
resulte ponerse malo.

D. GERONIMO.

Bien presto, si lo merece,
le curará el desengaño.

CONDESITA.

¡Si lo merece! ¡Ah!

Sale Isabel.

ISABEL.

Ya pronto
está el vestido: ¿le saco?

CONDESITA.

Nó, que allá me vestiré.
Interin veme quitando
de la cabeza diamantes *se sienta, &c.*
y cintas. Lo que yo hallo
mas dificil entre todo
para este solemne acto,
es imitar bien la voz
de tiple semitonado,
que regularmente todas
de los Colegios sacamos.

ISABEL.

Lo ensayaremos primero,
Señora.

Sale Pablo.

PABLO.

Coche ha parado.

D. GERONIMO.

¿Quién será?

PABLO.

El de Don Jacinto
sin duda, que trae caballos.

D. GERONIMO.

Pues vete tu á la antesala,
dale la noticia al paso
de que Narcisa ha venido,

y que Leonor se ha escapado:
y finge algun sentimiento.

PABLO.

Dexelo Usía á mi cargo,
que se lo diré de modo
que ha de entrar aquí llorando. *vase.*

D. GERONIMO.

Despachate tu á vestir.

CONDESITA.

Vmd. le hará mientras salgo
la visita.

D. GERONIMO.

Se supone.

CONDESITA.

Vamos á vestirme. *vase de prisa.*

ISABEL.

Vamos.
Yo echaré á mis compañeras
por acá de quando en quando
afligidas y llorosas,
para dar mas fuerza al chasco. *vase.*

D. GERONIMO.

Me conformo. Don Jacinto
era con efecto. Hagamos
la Pantomima.

Sale Don Jacinto.

D. JACINTO.

Señor:
Don Geronimo, ¿qué raro *sorprendido.*
acontecimiento es este
que ahora me acaba Don Pablo
de contar?

D. GERONIMO.

Querido amigo,
vos encontrareis un cambio
bien particular en casa.

D. JACINTO.

Leonor...

D. GERONIMO.

Nos ha abandonado
Leonor.

D. JACINTO.

¿Pero de qué forma?
¿En qué Convento, en qué Claustro
se ha escondido?

D. GERONIMO.

No lo sé.

D. JACINTO.

¿Vmd. no lo sabe? Alabo
vuestra paciencia, Señor.
¿Pues qué hacen vuestros Criados,

vuestros amigos, y todos
los vecinos de este barrio,
que no han minado ya el mundo
en su busca?

D. GERONIMO.

Es excusado,
amigo; ni ella lo quiere,
ni yo tampoco lo hallo
útil, en las circunstancias
que ella lo ha determinado.

D. JACINTO.

¿Mas de qué pudo nacer
designio tan temerario
y pronto en esta Señora?

D. GERONIMO.

Yo lo lloro, y no lo alcanzo.
Lo mas que, despues de darle
muchas vueltas, sospechamos,
es que al verse despojada,
con el arribo impensado
de Narcisa, de los bienes,
títulos y mayorazgos
en que habia consentido,
y la habian lisongeado;
tomó este partido, sin
detenerse á consultarlo

con nadie. Y yo la disculpo:
porque las Damas de un alto
nacimiento, que no tienen
riquezas con que obstentarlo,
que están á merced solteras
de algun pariente cercano,
y para casarse cuentan
con un dote muy escaso;
por lindas que sean, hacen
un papel muy desayrado.

D. JACINTO.

Vos podeis hacerla rica.

D. GERONIMO.

Mis bienes son vinculados,
Amigo.

D. JACINTO.

Me penetrais
con el mas agudo clavo
el corazon. ¿Es posible
que á su amor acostumbrado,
su ternura, y su respeto,
abandoneis sus alhagos;
y una sobrina que apenas
conoceis, ni habeis tratado,
consuele vuestro dolor?

D. GERONIMO.

Mi Don Jacinto, templaos,
que ni á nosotros ni á ella
aprovecha vuestro llanto,
ni aprovechará tampoco
mi diligencia; y veamos
si podemos hallar medio
los dos para consolarnos.
No ignorais que poseia
su corazon Don Bernardo,
y por mas que yo esforzaba
vuestro mérito, anhelando
á tener tan buen Sobrino,
eran mis oficios vanos;
pues dexadme, que quizá
sereis mas afortunado
con la Condesa...

D. JACINTO.

Señor,
¿qué me proponeis?

D. GERONIMO.

¿Acaso
es esta menos amable?
En la hermosura, en el garvo
de las dos, no dudan qual
es de la otra retrato?

Al punto que la veais
bien sé yo que ha de gustaros.
Salen las Criadas.
CRIADAS.
¡Ay Señorita de mi alma! *tristes.*
D. GERONIMO.
¿A dónde vais así?
CRIADA 1.ª
Estamos
sin sombra.
CRIADA 2.ª
Aquella alegría
con todas, aquel agrado...
ISABEL.
Mentís,
que es mas bella esta otra,
y tiene mas agasajo.
D. GERONIMO.
Isabel, dí á mi Sobrina
que salga.
ISABEL.
Voy de contado. *vas. y las*
D. JACINTO. *otras pasan.*
¿Qué vais á hacer? yo os suplico
que me ahorreis el embarazo,
de ponerme á los pies de una

Señora que no he tratado.

D. GERONIMO.

Si quiero yo que veais
á la Condesita. Vamos,
que una copia de Leonor
con quarenta mil ducados
de renta, y grandes talentos,
merece verse despacio.

D. JACINTO.

¿Creeis que son las riquezas
las que á Leonor me inclinaron? *serio.*

D. GERONIMO.

No; pero á un pobre pupilo,
que suyo no tiene un quarto,
hasta que muera su madre,
esta boda era un hallazgo.

D. JACINTO.

Quedad con Dios, y excusadme
con la Condesa. *serio.*

D. GERONIMO.

Aguardaos,
que eso toca ya en desprecio,
despues de haberla avisado.

D. JACINTO.

¿Qué la diré yo?

Sale la Condesita con un habito simple, peynada igualmente, y sin color, como turbada: y detras Isabel.

D. GERONIMO.

Sobrina,
ya sabes que hemos hablado
de los sugetos que son
en la Corte Don Bernardo
Sandoval, y Don Jacinto
de Azagra, que es el que ufano
llega á ponerse á tus pies;
tiempo ha que la casa entrambos
freqüentan, y tu presencia
espero no ha de alojarlos.

D. JACINTO.

Sea Usia bien venida. *suspirando.*

CONDESITA.

Y Usia muy bien hallado.

D. GERONIMO.

Amigo, dadme licencia
por un instante: sentaos,
que pronto vuelvo. Es preciso
que te acostumbres al trato
de las gentes, Condesita.
Si viniere Don Bernardo,
que me avisen. *vase.*

ISABEL.

Bien está:
el hombre está atolondrado.

D. JACINTO.

¿Qué la diré? Yo conozco,
Señora, que no me hallo
capaz de reconocer
los méritos que os ha dado
el Cielo... mas vuestro tio
ha querido incomodaros
por fuerza.

ISABEL.

Todos los viejos,
por lo comun, son pelmazos.

CONDESITA.

Pues yo tengo, Caballero,
por venturoso presagio
para mí, en aquel instante
que á gozar del mundo salgo,
empezar por conocer
á una persona que tanto
estima el tio.

D. JACINTO.

Qué malas
ideas ireis formando
del mundo, si las formais

por mí, que estoy en estado
solo de huirle... Señora,
perdonad... que batallando
mis penas interiormente
con mis pasiones, en vano
me esfuerzo á que sean atentos
con vos mi rostro y mis labios.

CONDESITA.

No ignoro que estaba Usia
de mi hermana enamorado
furiosamente.

D. JACINTO.

Y haré
vanidad de confesarlo.
¿Podia con indiferencia
nadie ver aquel dechado
de gracias, en que Dios hizo
de su poder soberano
la mayor obstentacion?
Aquel espíritu blando,
aquel genio siempre igual,
aquel carácter bizarro,
noble, justo... perdonad,
que no sé lo que me hablo,
y olvido que á una hermosura
otra le estoy alabando.

ISABEL.

Viva : esto es ver el amor
en los hombres rebosando :
lástima es no recogerle
para remedio en un jarro,
y atemperar á los muchos
que están secos como palos.

CONDESITA.

Yo me avergüenzo ; porque
juzgo que me estais mirando
como origen principal
del destino desgraciado
de mi hermana, y me vereis
siempre con odio y enfado.

D. JACINTO.

No seré yo tan injusto,
Señora : y si en mi quebranto
caber puede algun alivio,
lo será solo el miraros
compadecer mis angustias,
y lamentar el infausto
sacrificio de la vida,
que eternamente le hago
á mi memoria infeliz.
Vuestro tio es un tirano
amigo. En el propio instante

que atraviesa con el dardo
de esta desgracia mi pecho,
me presenta apasionado
á vuestros pies : me propone
aspirar á vuestra mano...

CONDESITA.

¿Ese desatino ha hecho? *viva.*
Pues estaba delirando
mi tio. ¿Puedo ser digna
yo de esa ventura acaso? *tierna.*

D. JACINTO.

Señora, vos teneis todas
las conveniencias y aplausos
de vuestra hermana. Teneis
mas, que es todos sus encantos,
sus gracias, sus atractivos...
pero no sois ella ; y quanto
no sea ella, para mí
no es cabal, ni puedo amarlo.

CONDESITA.

Pues yo creo que mi hermana,
segun me habia informado,
no os hacia toda aquella *tierna.*
justicia de que yo os hallo
muy digno.

D. JACINTO.

Sé que estimaba
mucho mas á Don Bernardo.
Señora, no soy tan necio
que no lo hubiera observado.

CONDESITA.

De ese modo, ¿qué perdeis?
siendo cierto que entre ambos
hubiera elegido al otro
para dueño de su mano.

ISABEL.

No nos cansemos: esa es
la mosca que la ha picado;
y la obligó de repente
á dar tan enorme salto.

D. JACINTO.

¿Qué pierdo? Verla contenta.
Hubiera entonces llorado
solo mi amor, y ahora gimen
amor y piedad su estrago.
¿La Dama que nació á ser
el adorno mas gallardo
de la Corte, y las delicias
de todo el género humano,
conducida de su propia
desesperacion á un claustro?

¿Qué conseqüencia, Señora,
me está cruel anunciando
mi corazon? Yo no sé,
no, como de imaginarlo
solamente no fallezco.
Permitid que retirado
vaya á ocultar mi dolor,
y dar corriente á mi llanto;
sin parecer mas grosero,
donde he parecido ingrato. *vase.*

CONDESITA.

¡Ay Isabel, qué le queda
que decir á Don Bernardo,
despues de oir á Don Jacinto!

ISABEL.

Lo veremos en llegando:
y ya llegó, que sin duda
con el tio viene hablando
aquí.

CONDESITA.

¡Qué amor! qué constancia!
¡qué fidelidad!

ISABEL.

Oygamos
ocultas como se explica
el otro.

CONDESITA.

Ya dudo, y callo.

ISABEL.

Yo callaré; mas no dudo
que éste quedará tiznado. *se ocultan.*

Salen Don Geronimo, y Don Bernardo petimetre afectado.

D. BERNARDO.

Todas las mugeres son
beletas de campanario,
que á las dos miran á Pinto,
y á las tres miran al Pardo.
¿Con qué se nos vuelve al mundo
la que habia renunciado
sus pompas?

D. GERONIMO.

Sí, amigo mio.

D. BERNARDO.

¿Y aquí en confianza hablando,
á lo menos es bonita?

D. GERONIMO.

¿No oisteis decir á quantos
conocen las dos hermanas,
que son dos vivos retratos
una de otra?

D. BERNARDO.

Sí: es verdad:
ya se me habia olvidado.
¡Pobre Leonor! y lo siento,
porque yo la quise algo.

D. GERONIMO.

Ya lo conocia yo.

D. BERNARDO.

¿Con que ahora los mayorazgos
vuelven á Narcisa, y queda
la otra baylando el peláo?

D. GERONIMO.

Por derecho incontrastable.

D. BERNARDO.

¿Sabe Vmd. que es un gran chasco
para una Dama que estaba
criada con aparato,
divertida, y con el novio,
como se dice, en la mano?

D. GERONIMO.

Sin duda.

D. BERNARDO.

En quanto a heredar,
amigo, es muy mentecato
quien cuenta con los parientes,
hasta verlos enterrados.

D. GERONIMO.

Puede ser que en el Convento
hayan tal vez ponderado
la fortuna de su hermana,
y que se estaba tratando
su boda con el sugeto
mas brillante y mas bizarro
de la Corte, y fue la envidia,
la que á su pompa la traxo.

D. BERNARDO.

Puede ser... pero acabemos,
ya que habemos comenzado.
¿Despues que estotra ha venido,
esa especie se ha tocado
entre los dos? La verdad.

D. GERONIMO.

Poco á poco: que yo aguardo
que ella os hará la justicia
que mereceis de aquí á un rato.

Sale la Condesita, é Isabel.

Pero ya sale: sobrina,
por el ayre y por el garbo
ya conocerás que es éste
el brillante Don Bernardo
de quien te hablaba tu hermana.

D. BERNARDO.

Soy muy rendido criado
de Usia. Es mejor. *ap. á D. Geronim.*

D. GERONIMO.

Me alegro.

CONDESITA.

Viva Usia muchos años.
¡Ay Isabel! *ap. las 2.*

ISABEL.

¡Ay Señora!

CONDESITA.

¿Qué haré?

ISABEL.

Paciencia, y tragarlo.

D. GERONIMO.

Disimulad el estilo,
Señor, de quien se ha criado
en una Ciudad...

D. BERNARDO.

Me muero *sentados.*
por estilos Ciudadanos.

ISABEL.

El tal Señor es de aquellos, *ap.*
que como llenen el pancho,
tanto provecho les hace
lo dulce, como lo agrio.

D. GERONIMO.

Perdonen vmds. y hablen *retirado.*
mientras yo estas cartas abro.

CONDESITA.

Yo estaré muy desayrada
por fuerza en qualquier estrado,
y se burlarán.

D. BERNARDO.

¿De qué?
Señora, bien al contrario,
usurpareis á las Damas
quanto hubieren conquistado
hasta ahora. Buena prueba
es la que me está pasando
á mí, que á la primer vista
luz de vuestros ojos ardo.

CONDESITA.

¿Pues y mi hermana Leonor,
á quien con extremos tantos
amais, segun ella dice?

D. BERNARDO.

Me precio de cortesano,
Señora; pero respondo,
sin hacerla mucho agravio,
que el que ella lo haya creido,
no es estar yo enamorado.

CONDESITA.

¿Pues qué, no la amais? *ansiosa.*

D. BERNARDO.

¡Con qué
ansia, con qué sobresalto *tierno.*
lo decis! Fuera yo indigno
de merecer agradaros,
si no hablara con igual
sinceridad.

CONDESITA.

Explicaos.

D. BERNARDO.

Tal vez se nos representan
en sueños objetos varios
y confusos, que se admiran
hermosos en despertando;
y yo entre Leonor y vos
estoy en el mismo caso.
Aquella produxo en mí
el objeto simple y vago
de mi amor: su voz, su talle,
su belleza, prepararon
mi corazon al respeto,
y finezas que consagro
á la deydad que distingo
ya despierto, y que idolatro.

CONDESITA.

¡Ah pérfido!

D. BERNARDO.

¿Suspirais?

ISABEL.

Mi Ama está como el muchacho
que entra en el huerto á hurtar peras:
quisiera darse un hartazgo
porque le gustan, mas teme
la estaca del hortelano.

CONDESITA.

¿Pues á los pies de Leonor
mil veces no habeis jurado
un amor firme?

D. BERNARDO.

Es verdad.

CONDESITA.

¿Pues cómo faltais ingrato?

D. BERNARDO.

Juramentos de costumbre
regularmente son falsos:
y en conociendo á Madrid
mejor, no hará Usiá caso
de esas vagatelas.

ISABEL.

Toma,

eso acá nos lo tragamos
sin mascar, como las viejas
en visita el pan tostado.

CONDESITA.

¿Y no alabasteis mil veces
su disposicion, su garbo,
su hermosura?

D. BERNARDO.

Sí Señora;
pero estaba contemplando
al mismo tiempo, que todo
dependia del ornato,
arte, estudio y presuncion:
y yo apuesto quanto valgo,
á que en este trage simple
con que inspirais vos agrados,
ella en vez de admiraciones,
inspirará desengaños.

CONDESITA.

Yo me muero, Isabel mia. *ap. las 2,*

ISABEL.

Tambien yo me estoy finando
de rabia por no poder
abanzarle, y arañarlo.

D. GERONIMO.

Creo que la Condesita

no os ha parecido barro,
amigo.

D. BERNARDO.

Es divina en todo.
Y si pudiera mostraros
la impresion que hizo en mi pecho
su bella imagen...

CONDESITA.

¡Ah falso! *ap.*

D. BERNARDO.

Abreviarais compasivo
el tiempo...

D. GERONIMO.

Aguardad un rato.
¿A qué nuestro Don Jacinto
vuelve aquí tan sofocado?

D. BERNARDO.

Sus noticias y su bolsa,
siempre adolecen de atrasos.

Sale Don Jacinto alegre y eficáz.

D. JACINTO.

Dadme mil veces, Señor
Don Geronimo, los brazos.
Luego que salí de aquí,
fui á mi casa volando:

me eché á los pies de mi madre;
la confié todo el caso
de Leonor: escuchó atenta:
y movida de mi llanto,
mi pasion y mis extremos,
ó quizá tambien temblando
mi pronta muerte, permite
que Leonor y yo vivamos
en su casa: nos señala
hasta doce mil ducados
de sus rentas, mientras viva:
y la dexo deseando
ya el dia de nuestra union.
Vamos á buscarla, vamos.
¿A dónde está el Capellan?
¿dónde el Gentil-hombre anciano
que la conduxeron? Todos
venid conmigo, y postrados
á sus pies, interceded
porque dexe su obstinado
desden conmigo; quizá
la venceremos; y quando
no me quiera como esposo,
á lo menos consigamos
que reciba estos obsequios
de mí, como de un esclavo.

CONDESITA.

Generoso Don Jacinto,
Leonor os está escuchando,
y conoce que vos solo
sois el digno de su mano.

D. JACINTO.

Señora...

ISABEL.

Miradla bien.

D. GERONIMO.

A fé que no fuera malo *á Isabel.*
hacerselo creer al tonto.

D. JACINTO.

Compadeceos de mi estado
infeliz, y no os burleis
de mis suspiros amargos.

CONDESITA.

Limpiad á esos tiernos ojos
con mi propio lienzo el llanto, *tierna.*
y conocedme mejor,
así como yo he logrado
conocer en este corto
tiempo que me he disfrazado,
al hombre mas despreciable, *á D. Ber.*
desagradecido y falso:
y al mas virtuoso, mas *á D. Jac.*

fino, y desinteresado.

D. JACINTO.

¿Podré creer esta ventura?

D. GERONIMO.

Desde luego confirmadlo
con la carta de Narcisa,
que avisa haber profesado. *la enseña.*

D. BERNARDO.

Juro á brios que me clavé.
Voy á montar á caballo,
y á correr Cortes: á Dios,
Madrid, para muchos años. *vase.*

PABLO.

El hombre corre que vuela.

ISABEL.

Tal cohete lleva en el rabo.

CONDESITA.

¿Estais convencido?

D. JACINTO.

Sí.

D. GERONIMO.

¿Dónde se ha ido Don Bernardo?

PABLO.

Mientras leian vmds.
echó á correr como un gamo.

ISABEL.

Debe de ser tan ligero
de pies, como de los cascos.

CONDESITA.

¿Qué gracias, tio y Señor,
suficientes podré daros?
A vuestro amor y cordura,
debo el esposo que gano
tan digno, y la libertad
del peligro de mi engaño.

D. JACINTO.

Yo muero de agradecido,
de alegre, y de enamorado.

D. GERONIMO.

No hubiera tantas mugeres
en el dia suspirando,
si supieran igualmente
descubrir los hombres falsos,
y dexar sus verdaderos
amantes recompensados.

ISABEL.

Muy bueno está el documento;
mas yo creo, sin embargo,
que le tomaremos pocas,
temerosas de quedarnos

siempre doncellas, si á todos
los hombres exâminamos.

PABLO.

¿Me quieres exâminar
á mí?

ISABEL.

Nó; porque si al cabo
has de llevar calabazas,
¿para qué hemos de cansarnos?

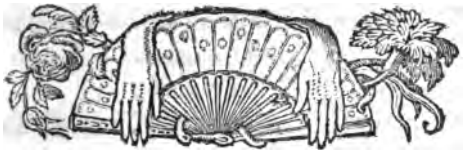
EL SOMBRERITO.

Mal del hombre podia
La resistencia toda
Vencer la sugestion y la porfia
De sus tres enemigos declarados:
Agregósele quarto, que es la Moda,
Con sus ardides mas disimulados;
Y mientras ésta su atencion divierte,
A su salvo los tres le dan la muerte.

PERSONAS.

D. BRUNO, *marido de*
D.ª LAURA.
D.ª RITA, *su amiga.*
D. SILVERIO, *petimetre...* } *Sus obse-*
D. LORENZO, *Oficial.....* } *quiantes.*
PETRA, *Criada.*
SILVESTRE, *Page.*
UNA MODISTA.
UN MOZO, *su Criado.*
PACO..
ANTON. } *Barberos de la vecindad.*
PERICO.

La Escena se supone en Madrid.



El teatro representa jardin con algunos asientos de piedra. Doña Rita petimetra, peynada de sombrerillo, y Doña Laura igualmente compuesta, sin adorno en la cabeza, sentadas ambas al foro: y Don Bruno aburrido en otro lado lejos: en el medio del tablado unos guantes rotos, un abanico tirado, y una escofieta estropeada. Luego que se alza la cortina, un momento de silencio, y despues levantandose Don Bruno, coge los despojos, y dice en tono lastimero.

D. BRUNO.

Abanico despreciado,
guantes blancos sin provecho,
y mal-hadada escofieta...
¡qué lástima de dinero!
¿tienes conciencia, muger?

D.ª LAURA.

Un poco mejor la tengo
que tu ; pues si me dexáras
salir con quanto yo quiero,
y me dieras gusto en todo,
no habria voces ni pleytos
en la casa.

D. BRUNO.

Y si tu fueras...

D.ª LAURA.

Dí, ¿qué soy ?

D. BRUNO.

Eres...

D.ª RITA.

¿Volvemos
á la camorra ? Señores,
tened prudencia.

D.ª LAURA.

No puedo
con este hombre.

D. BRUNO.

Yo tampoco
con esta muger.

Sale Don Lorenzo, Oficial.

D. LORENZO.

¿Qué es esto ?

D.ª RITA.

Que se han salido á reñir
al jardin que está mas fresco.

D. LORENZO.

Pues no hace nada de frio.

D. BRUNO.

Como está el dia tan bello,
nos dió gana de salir
despues de comer.

D. LORENZO.

¡Qué veo!
Mi Señora Doña Laura,
parece que está ese cielo
nublado.

D. BRUNO.

Acaba de darle
un fuerte vapor de aquellos
que la hacen perder el juicio.
Vea vmd. aquí los trofeos
de su locura.

D.ª LAURA.

¡Ojala
que lo fueran tu pesquezo,
y tus ojos, mal marido,
miserable, ruin, grosero!

D. BRUNO.

Muger, mira...

D. LORENZO.

Hasta despues.

D.ª RITA.

¿Dónde vais?

D. LORENZO.

Ahora me acuerdo
de que es tarde, y de que aun
no he rezado el Jubileo.
Yo volveré á acompañar
á vmds. con Don Silverio
para ir al bayle á las siete.

D.ª LAURA.

Yo no voy.

D. BRUNO.

Si yo me empeño,
irás.

D.ª LAURA.

No iré.

D. LORENZO.

Doña Rita,
¿hemos tenido muñecos?

D.ª RITA.

Nó, que han sido gigantones:
y que segun van creciendo,

pueden ser mas.

D. LORENZO.

¿Y la causa?

D. RITA.

Una friolera; pero
Laurita tiene razon.

D. BRUNO.

¿Ella razon? Don Lorenzo,
venid acá, y como si
os estuvierais muriendo,
decid qué sentís. Estaba
mi muger, habrá dos credos,
vestida para su bayle
y peynada, con acuerdo,
de los pies á la cabeza,
de su capricho y su espejo.
Tenia escofieta rica,
(segun el gusto moderno)
que ella poco vale, aunque
me costó quarenta pesos;
estaba tan presumida
de su gala y de su aseo,
tan alegre y hueca, que
no cabia en el pellejo,
quando vino esta Señora
por ella; y apenas vieron

sus ojos ese malvado
sombrerito que trae puesto,
se le antojó sombrerito;
que ha de ser ni mas ni menos,
en la hora, en el instante,
invencion del propio ingenio,
vaciado en el mismo molde...

D. LORENZO.

¿Y dónde se hallará?

D. BRUNO.

Eso
la propuse yo.

D.ª LAURA.

Es mentira; *llora.*
que porque no sean completos
mis gustos en tu poder,
y en vez de darme consuelos,
repetirme pesadumbres,
empezaste encareciendo
lo lindo, y bien colocado
de la cofia, y por lo mesmo
la he pateado: sí Señor, *fuerte y rabios.*
y si no trae el sombrero,
patearé al Page, y á todos
quantos digan que no tengo
razon. *llegandose.*

D. LORENZO.

¿Quién será capaz *retirandose.*
de decirlo, conociendo
la que á vmd. le sobra?

D.ª RITA.

Nó,
no lo asegureis por miedo
ó por fisga, que la tiene:
pues ningun marido cuerdo,
y que tenga una crianza
tan qual, para un bayle serio,
donde reciben de toda
ceremonia y cumplimiento,
permite que su muger
vaya sin lo mas del tiempo,
lo mas de gusto, mas caro,
y que se rompa mas presto:
que á cada funcion se debe
llevar un trage diverso,
y sombrerillo, abanico,
guantes, y zapatos nuevos.

D. LORENZO.

Así lleváran algunas
caras nuevas.

D. BRUNO.

Pues es cierto

que no las hay de distintos
semblantes cada momento.

Sale el Criado.

CRIADA.

Aquí está el Page, Señora.

D.ª LAURA.

¿Y lo trae todo?

CRIADA.

Yo creo
que nada.

D.ª LAURA.

¿Cómo? Silvestre,
niño. *alterada.*

Sale el Page.

PAGE.

¿Señora? No puedo
alentar. *sudando y jadeando.*

D.ª LAURA.

¿Y el sombrerito?

PAGE.

Maldito el que tienen hecho
en las mil y setecientas
tiendas que habrá por lo menos
de Modistas en Madrid.

D.ª LAURA.

Bruto, animal, majadero,

sí los hay, vuelve á buscarlos;
y como vuelvas sin ellos,
hoy te has de acordar de mí.

PAGE.

Señora, si vengo muerto
de correr, y no los hay.

D.ª LAURA.

Si hay tal: ó vete, ó te estrello.

PAGE.

¡Qué tenga yo este destino
fatal, de hacer quanto puedo
por complacerla, y que siempre
me esté mi Ama riñendo!

D. LORENZO.

No eres tu solo, hijo mio,
que á otros les pasa lo mesmo.

D.ª LAURA.

¿No vas?

D. BRUNO.

Muger...

D.ª LAURA.

Calla tu.

D. RITA.

Don Bruno, es vmd. tremendo.
Tambien es fuerte rigor
querer quitarla el derecho

de reñir á sus criados
con tanta causa.

CRIADA.

Por esto
no haya mas bulla, Señores:
verán vmds. que presto
hallo sombrerito yo.

D.ª LAURA.

¡Ay Petra, quánto consuelo
me dieras! Anda, hija mia:
que si me le traes, te ofrezco
una bata, y mi mejor
basquiña de terciopelo.

CRIADA.

Tu que tal dixiste: toma,
aunque tuviera de un vuelo
que ir á París.

D. LORENZO.

Yo sé donde
encontrará vmd. sombreros.

CRIADA.

¿Dónde? *viva.*

D. LORENZO.

En la fábrica de
Badajóz. *con frialdad.*

CRIADA.

¡Qué resalero!
El lance en que nos hallamos
es para burlas por cierto. *vase.*

D.ª RITA.

¡Qué graciosa es la muchacha!

D.ª LAURA.

Es divina. Yo me muero
por ella. ¿Qué haces tu aquí *al Page.*
bestia? marchate allá dentro.

PAGE.

Perdoneme vmd. *vase.*

D.ª LAURA.

Buscadme
otro Page, Don Lorenzo,
mañana.

D. LORENZO.

Mejor es hoy:
voy á buscar á Silverio,
á encargarle, y de aquí á un rato
á serviros volverémos.

D.ª RITA.

¿De veras?

D. LORENZO.

Sí; pero como
ya no estén en paz, no entro. *vase.*

D. BRUNO.

Aturdido vá de oirte
ese hombre : ¿qué irá diciendo?

D.ª LAURA.

¿De mí? ¡Oh! los Oficiales
son demasiado discretos
y prudentes, quando median
maridos, porque están hechos
á sufrir sus necedades.

D.ª RITA.

Pues si no fuera por eso,
¿cómo así dexar pudiera
el lance, sin haber vuelto
por tí, y haberte vengado?

D.ª LAURA.

Eso claro está.

Sale el Page.

PAGE.

El Cartero, Señor. *le dá una carta.*

D. BRUNO.

¿Mi madre me escribe,
y no mi padre? ¿qué esto?

D.ª LAURA.

¿Ha vuelto Petra?

PAGE.

No tarda,
Señora.

D.ª LAURA.

¿Por qué, mostrenco?

PAGE.

Porque aunque fuera volando,
París dicen que está lexos.

D. BRUNO.

¡Ay desgraciado de mí!
ya se acabaron los pleytos *llorando.*
sobre funciones por este
carnabal.

D.ª LAURA.

¿Pues qué tenemos
ahora?

D.ª RITA.

¿Por qué llorais? *sobresaltada.*

D. BRUNO.

¡Ay hija! mi padre ha muerto.

D.ª LAURA.

¿Quándo?

D. BRUNO.

El mes pasado: el dia
doce.

D.ª RITA.

Por mes mas ó menos,
podia haberlo dexado
para el doce de Febrero. *

D.ª LUARA.

Ya se vé: si es imposible
que yo tenga rato bueno.

D.ª RITA.

No llores por frioleras,
que pueden tener remedio,
muger.

D. BRUNO.

¿Remedio la muerte?

D.ª RITA.

Nó; pero puede tenerlo
el luto, ocultando vmd.
la carta y los sentimientos
á todos, hasta Quaresma:
que entonces celebrarémos
el Novenario, y tal qual,
aunque vestidas de negro
y sin bayles, las amigas
juntas nos divertirémos
con tan plausible motivo

D. BRUNO.

Muger... Señora, yo os ruego

* *Dia de Ceniza en el año de* 84.

no me deis lugar...

LAS 2.

A qué?

D. BRUNO.

A que me hagan los extremos
de mi pena, ó mi razon
decir...

D.ª RITA.

Que lo estais fingiendo
todo, quizá porque Laura
no vaya á la funcion.

D. BRUNO.

Vedlo vos misma, muger, ó diablo. *la dá la carta.*

D.ª LAURA.

¿Murió, Rita? *ap. las 2.*

D.ª RITA.

Con efecto.

D.ª LAURA.

Es desgracia mia, es
fatalidad.

D. BRUNO.

Mas lo siento
yo que tu, consuelate...

D.ª RITA.

A buena hora el consuelo,

mas valiera haberla ahorrado
la pesadumbre.

D.ª LAURA.

Sabiendo *llorando.*
mi pusilanimidad,
y lo que quise á mi suegro,
me vá á dar el trabucazo
de repente.

D.ª RITA.

Sois muy necio.

D. BRUNO.

¿Yo?

D.ª RITA.

Sí. Mal haya la carta,
amen, mal haya el correo
que la condujo, y las manos
tambien que aquí la trajeron.
La rompe, y guarda los pedazos.

PAGE.

Amen.
Sale la Criada, y la Modista con su Criado.

CRIADA.

Albricias, Señoras,
que ya traygo aquí sombreros
de sobra.

D.ª LAURA.

Bendita seas. *la abraza.*

D.ª RITA.

Veamos sin perder tiempo,
Madama.

MODISTA.

Madama, sí.
Aquí tiene uno de negro
que acaba de llegar.

D. BRUNO.

Yo
quisiera ver al mas cuerdo *ap.*
en este lance.

D.ª LAURA.

¡Qué lindo!
Bruno.

D. BRUNO.

¡Si vieras qué feo
me parece á mí!

MODISTA.

El Señor
me perdonará, que es hecho
en París pur la Señora
del Consúl de Madrilecos.

D. BRUNO.

Bien está. Yo me retiro

por no hacer un desacierto. *vase.*

D.ª RITA.

Anda con mas de mil diantres.

MODISTA.

El Señor tiene mal quenio.

D.ª LAURA.

Está algo desazonado.
¿Qué vale?

MODISTA.

Cinqüenta peso
pur Usia.

D.ª LAURA.

Pues no es mucho.

CRIADA.

Ved si yo los hallé.

PAGE.

De esos
yo tambien ví muchos; mas
¿por qué han de llamar sombreros
lo que no quita en verano
el sol, ni el agua en invierno? *vase.*

D.ª LAURA.

Madama, perdone vmd.
y aguarde, le probaremos
al tocador, llevala *ap. á la*
mientras yo pillo el dinero *Criada.*

á tu Amo, al gavinete
de verano...

CRIADA.

Ya lo entiendo.
Sigame vmd.

MODISTA.

Sí, Madama.
Entra los cacones.

MOZO.

Luego *á D.ª Laur.*
me dará usté la propina.

D.ª LAURA.

Sí, amigo.

MOZO.

Para muñuelos. *vanse los 3.*

D.ª LAURA.

¿Qué hacemos, Rita?

D.ª RITA.

Seguir
con el comenzado enredo
de que lo ha fingido; pues
quando llegue otro correo,
ya estamos en la Quaresma.

D.ª LAURA.

Dices bien: viva tu ingenio.

Sale el Page.

PAGE.

Ahí están esos Señores.

D.ª LAURA.

¿Qué Señores?

PAGE.

Uno pienso
que se llama no sé cómo,
mas del otro no me acuerdo.

D.ª RITA.

Famosas señas.

Salen Don Silverio y Don Lorenzo.

D. SILVERIO.

Los dos
somos.

D.ª LAURA.

¿Y á qué es el misterio
de anunciarse?

D. LORENZO.

Por saber
si habia calmado el viento
que yo dexé alborotado.

D. SILVERIO.

Y yo tambien, demás de eso,
porque me habia ocurrido,
Señora, el buen pensamiento

de pedir al Cirujano
vecino sus tres mancebos,
para que os cantasen una
tirana nueva, que creo
os ha de gustar.

D.ª LAURA.

De oirla
por el patio la sabemos,
si es la que yo me discurro.

D.ª RITA.

Dexa qué entren, que yo quiero
aprehenderla.

D.ª LAURA.

¿Y qué dirá *ap. las 2.*
mi marido?

D.ª RITA.

Por lo mesmo:
saldrá, contará la muerte
de su padre, negaremos;
rota la carta, no tiene
pruebas, creerán que se ha vuelto
el juicio, pegan con él,
pega él con todos, y hacemos
de los tres Carnestolendas.

D.ª LAURA.

Como tuyo es el intento:

diganles vmds. que entren.

D. SILVERIO.

Adelante, Caballeros.

Salen los 3.

LOS 3.

A la obediencia, Señoras.

LAS 2.

Guarde Dios á vmds.

D. SILVERIO.

Pedro,
Paco, Anton, enarbolad
los tiples, y despachemos,
que están de priesa.

BARBERO 1.°

Nosotros
estamos siempre dispuestos.

D. LORENZO.

Pues alón.

BARBERO 2.°

Cuenta, muchachos,
echar un cantar discreto.

Tirana á duo, y luego coro.

Sale Don Bruno.

D. BRUNO.

¿Adónde estamos, Señores?
¿Laura, estás loca? ¿qué es esto?

Sale la Criada.

CRIADA.

¡Tirana! ¡Pero ay que son
mis amigos los Barberos!

D. BRUNO.

Muchacho, ves al quartél.

D. SILVERIO.

¿Pues qué mal hallais en esto,
Don Bruno?.

D. BRUNO.

¡En la hora que me hallo
con noticia de haber muerto
mi amado padre, esta bulla
en mi casa!

D.ª RITA.

Ya le ha vuelto
la manía.

D.ª LAURA.

No es manía,
sino inventar mas pretextos *llora.*
de mortificarme.

D. LORENZO.

Amigo,
eso tambien es mal hecho.

D.ª RITA.

Y si es cierta la noticia,

que os dé la carta por texto.

D.ª LAURA.

¿Qué haces, Rita? *ap. las 2.*

D.ª RITA.

Nada temas,
que hoy justamente me he puesto
faltriqueras dobles. Calla,
verás que chasco le pego.

D. SILVERIO.

Carta, canta: dicen bien.

D. LORENZO.

Sacadla.

D. BRUNO.

¡Habrá en el infierno
muger peor!

D. SILVERIO.

Desmentidlas.

D. BRUNO.

Si me la quitó, y la hicieron
pedazos. En el bolsillo
los tiene al lado derecho:
que le enseñe.

D.ª RITA.

Otro embolismo:
eso ya es atrevimiento *se altera.*
y grosería, Don Bruno.

vedlo patente. Pañuelo,
abanico, guantes de
prevencion y palillero,
¿Hay aquí mas? *le vuelve.*

D. SILVERIO Y D. LORENZO.

No Señora.

D.ª RITA.

¿Quereis ver al lado izquierdo
ahora?

D. LORENZO.

No os molesteis,
que está el caso manifiesto.

BARBERO 3.º

Hombre, ¡qué lance!

BARBERO 2.º

Allá en casa,
verás que risa tenemos.

D. SILVERIO.

Que erais ridículo ya
se sabía; mas protexto
que es mas de lo que se sabe.

D.ª LAURA.

¡Ay! que quando yo me quejo...

D.ª RITA.

Eso ahora no viene al caso;
que harto te compadecemos

todos.

D. BRUNO.

Dilo tu, Silvestre.

D.ª LAURA.

¿No veniste del Correo, *pronta.*
diciendo que no habia carta?

CRIADA.

Una libra de pimiento *al oido.*
te hago cenar esta noche,
si no lo afirmas.

PAGE.

Es cierto. *recio.*
Mi Ama dice la verdad.

D. BRUNO.

Dices bien, hijo, yo miento.
Tomemoslo de otro modo, *ap.*
no el barrio escandalicemos.

D.ª RITA.

Chistes de Carnestolendas. *burlandose.*

D. BRUNO.

Decis muy bien, me chanceo.

CRIADA.

Pues la Francesa no gasta *al Amo.*
chanzas; y aguarda el dinero
del sombrerillo.

D. BRUNO.

¿Y quánto es?

CRIADA.

Dice que cinqüenta pesos.

D. BRUNO.

Es muy barato.

D.ª LAURA.

Y quizá
puede que revaje de eso
una peseta, que á mí
me hace merced.

CRIADA.

La debemos
muchisimo las parroquianas.

D. BRUNO.

¿Tu tambien gastas sombrero,
alma mia?

CRIADA.

Y escofietas
de fandango, que me pelo
por ellas.

D. BRUNO.

Sea para bien. *á ella.*
¿Te se antoja otro embeleco *á D. Laur.*
de gusto para ir al bayle?

D.ª LAURA.

Nó ; si tragera pañuelos
con buen encaje , quizá
llevára alguno.

D. BRUNO.

Veremos
si le trae.

TODOS.

Viva Don Bruno.

D. BRUNO.

Ea , Señores , adentro
á obsequiar á mi muger ,
mientras consulta al espejo
sus perfecciones.

D.ª RITA.

Esto es
ser un marido discreto ,
y fino.

D. BRUNO.

Me dexa ufano
la aprobacion que os merezco.
A mi hermana , y á mis tios *ap.*
habrán escrito lo mesmo :
voy á recoger las cartas ,
y desde allí me enderezo
al bayle ; pillo á Señora ,

en público se las leo,
en público me la traygo,
y en público me la encierro
adonde no la dé el sol
en seis meses por lo menos.

D. LORENZO.

¿En qué pensais?

D. BRUNO.

En la gala
que he de llevar yo, que quiero
tambien ir al bayle.

D.ª RITA.

Viva.

TODOS.

Viva.

BARBERO I.º

Señor Don Silverio,
¿echamos otra coplita?

D. BRUNO.

Mucho, y la acompañaremos
todos.

D.ª LAURA.

Rita, no me fio. *ap. las 2.*

D.ª RITA.

Por hoy se ha ganado el pleyto:
mañana será otro dia:

y si no á mí que le entiendo.

D. BRUNO.

Petra, saca dos botellas
de Jeréz, refrescaremos
despues de cantar; y tu,
Silvestre, traeme corriendo
mi guitarra.

PAGE.

Arda Bayona,
y todos nos calentemos. *vase.*

BARBERO 1.°

¿Vá de veras?

D. BRUNO.

Vamos, hija,
que es tarde, y se pierde el tiempo.

Con la representacion de la tirana se dió fin.

LAS FRIOLERAS.

A aquellas frioleras
del gobierno tal vez mal consentidas,
suelen ser las primeras
causas de las costumbres corrompidas.

PERSONAS.

EL SEÑOR DEL PUEBLO.
UN CABALLERO AMIGO SUYO.
UN LABRADOR RICO.
EL ALCALDE.
EL MEDICO.
EL BOTICARIO.
UN TUNO.
EL SACRISTAN.
EL ZAPATERO.
EL MAESTRO DE LA ESCUELA.
EL SANTERO.
UN REGIDOR.
UNA TABERNERA MAJA.
OTRA MAJA, *su compañera.*
LA MUGER DEL SACRISTAN.
UNA LABRADORA VIUDA.
LABRADORAS.
LABRADORES.

La Escena se representa en la Plaza de un Lugar de Castilla.

Coro de Labradores y Labradoras, que cantan dentro en ayre festivo: y salen escuchando de capas y monteras, como disfrazados, el Señor del Pueblo, y su Amigo.

CORO DENTRO.

Voces, é instrumentos
festivos aplaudan
al dueño benigno
de nuestra comarca:
pues carga á sus vasallos de piedades,
y de injustas pensiones los descarga.

AMIGO.

Amigo, es grande el Lugar.

SEÑOR.

Tendrá mas de quatrocientos
vecinos, útiles todos,
exceptuando los viejos,

que no pueden trabajar.

AMIGO.

Asi está todo su suelo
tan cultivado, y las casas
todas en pie: teneis cierto,
aquí bella posesion.

SEÑOR.

Amigo, es la que mas quiero,
entre quantas, á Dios gracias,
me dexaron mis abuelos.

AMIGO.

Y debe de ser la gente
alegre, pues lo primero
que hemos oido es la bulla
de voces, y de panderos.

SEÑOR.

Quizá la están preparando
para mi recibimiento,
como escribí que venia;
aunque pensé desde luego,
como sabeis, apearme
en ese vecino Pueblo
mio tambien, y venir
desconocido á cogerlos
descuidados, y que fuese
dia de labor, con eso

observarémos si cumple
cada uno con aquello
que está á su cargo.

AMIGO.

Y así
averiguareis si es cierto
lo que os dicen del Alcalde.

SEÑOR.

Ese es el mayor pretexto
que me trae : todos se quejan
de él, me dicen que es necio,
intrépido, y poltrón.

AMIGO.

Malo.

SEÑOR.

El me informa que está quieto
el Lugar ; y si le pido
dictamen sobre algun cuento,
dice que son frioleras :
con que ciertamente suelo
dudar en los mas asuntos,
y exponerme al resolverlos.

AMIGO.

Pues para salir de dudas
pensasteis el mejor medio ;
y fue fortuna que nadie

alcanzase á conocernos.

SEÑOR.

No era tan facil en este
trage : lo que yo me temo,
por no tener de las calles
cabal noticia, que demos
en alguno de los sitios
públicos, y no me atrevo
á preguntar por la casa
del Escribano.

AMIGO.

Pues eso
yo lo haré, que soy aquí
desconocido por ellos.

SEÑOR.

Bien decis.

AMIGO.

Pues embozaos,
que por allí venir veo
una cosa, que parece
muger.

SEÑOR.

Y lo es con efecto.

Retirados un poco los dos, sale la Labradora Viuda, con su mantilla larga negra, un cabo en una mano, y en la otra una aceytera.

VIUDA.

Dios le haya perdonado:
¡qué buen hombre era mi Pedro!
á fé, si viviera él,
ya habria puesto remedio
á las cosas del Lugar.
Imposible con su genio
fuera aguantar estas gentes,
quando á mí, por mucho menos,
solia molerme á palos.
Tengale Dios en el Cielo,
y dele allá tanta gloria,
como acá falta me ha hecho.

AMIGO.

Señora, Dios guarde á vmd.
y la llene de consuelos.

VIUDA.

Con uno habia bastante,
si el Señor quisiera hacerlo.

AMIGO.

Ya se vé, con otro novio.

VIUDA.

¡Jesus! Señor, ni por pienso:
para eso, está todavia
muy reciente el contratiempo.
Quedese á Dios el buen hombre,
que á mi estado, y á mi sexô
no es la detencion decente.
Y es buen mozo, con efecto. *Mirale y*
¿Me tiene vmd. que mandar? *ap.*

AMIGO.

Tan solo saber deseo
donde vive el Escribano.

VIUDA.

Un mes há se fue á paseo
á la Corte.

AMIGO.

¿Y el Alcalde?

VIUDA.

De dia no está en el Pueblo;
vá á ver como le cultivan
sus olivas, y majuelos.

AMIGO.

El Alcalde hace muy mal,
que aunque el Lugar esté quieto,
puede ofrecerse algun lance.

VIUDA.

¡Quietud ? Ya se vá perdiendo
el buen aquel que tenia
entre todos este Pueblo ;
pues aunque es bueno el Señor,
este año le propusieron
á tres tontos para Alcaldes,
y nombró al mas tonto de ellos,
por empeño de un vasallo,
que le prestó unos dineros
á su Señoría. Todo
se sabe, porque mi Pedro
era el *plus ultre* de aquí :
tenia voto en Concejo,
y asistia á la tertulia
de la Botica : ¡qué buenos
ratos me daba despues
de cenar, sentado al fuego!
Me contaba todo quanto
habia en el Lugar de nuevo.
Traia á casa la Gazeta,
y á mí, y á un niño de pecho
que teniamos entonces,
nos leia muchos cuentos
de las Indias, de los Moros,
y otros Lugares mas lexos.

¡Ah, Señor! perdí yo mucho;
¡y qué mozo era tan bello,
mejorando lo presente! *risueña.*

AMIGO.

Yo vuestras desgracias siento;
pero decidme ¿el Alcalde
hace justicia?

VIUDA.

Antes creo,
Señor, que aquella que habia
en el Lugar la ha deshecho.

AMIGO.

¿Y los Regidores?

VIUDA.

Uno
fue á Valladolid á un pleyto;
y el otro está en la Taberna
todo el dia, divirtiendo
una Tabernera que
unos dicen vino huyendo
de Madrid, y otros que nó.
Yo no lo sé, que harto tengo
que hablar de mí, sin hablar
de ninguna; lo que es cierto,
que ella tráe quasi todo
el Lugar al retortero.

AMIGO.

¿Y hoy por qué hay bayle?

VIUDA.

Porque
dicen que ha de venir presto
el Señor. ¡Si vmd. le viera,
que afable es, y que discreto,
mejorando lo presente!

AMIGO.

Yo le conozco.

VIUDA.

Me alegro,
y pues sois su conocido,
venid á casa hasta luego
que venga el Alcalde.

AMIGO.

¿Y dónde
vais con esa luz?

VIUDA.

Yo vengo
de la Iglesia de encender
las lámparas.

AMIGO.

¿Pues qué, de eso
no cuida el Sacristán?

VIUDA.

Nada,
Señor, anda en debaneos
tambien con la de Madrid:
y como hace tanto tiempo
que está enfermo el Señor Cura,
no puede poner remedio;
las cosas ván como ván,
y cada qual anda suelto
á su libertad; hay mucho
que decir; pero no quiero
murmurar, á Dios Señor;
y sin embargo que veo
venir por allí al Alcalde,
si gustais que un rato hablemos
de mi Amo, y descansar,
mi pobre casa os ofrezco:
qualquiera os dará razon
de la Viuda del Bermejo,
que era rubio como vmd.
tengale Dios en el Cielo. *vase.*

AMIGO.

La Viuda, amigo, de plano
cantó; sin duda está hecho
una lástima el Lugar.

SEÑOR.

Yo os aseguro por cierto
se han de acordar de mí algunos:
y que antes de recogernos,
hemos de apurarlo todo.

AMIGO.

Embozaos, porque pienso
que el que llega es el Alcalde.

SEÑOR.

Mejor será sorprenderlo,
y ver que muestras nos dá
de su juicio, para hacernos
cargo con ambos informes,
y obrar despues con acuerdo.

Sale el Alcalde montado en un burro, que guia del cabezón el Labrador primero, cantando al ayre que mas le acomode.

ALCALDE *cantando.*

„El Juez, y el Escribano,
„que hay en la Villa,
„labrando están dos casas
„á la malicia:
„siendo los planos
„hecho de mano y pluma
„del Escribano.

LABRADOR I.°

Ese cantar lo sacaron
por usté.

ALCALDE.

Ya lo sabemos:
y á mí me gusta, porque
los que me tienen por necio,
verán que en el Lugar otros
me celebran de discreto.
Arre burro.

LABRADOR I.°

Muy mal trato
le dais al pobre jumento:
pagueme vmd. los dos meses
que hace hoy, que se está sirviendo
de mi borrico, y mañana
busque otro animal.

ALCALDE.

No quiero,
que este tiene muy buen paso.

LABRADOR I.°

Andese usté á pie.

ALCALDE.

No puedo,
que es contra la autoridad
del oficio.

LABRADOR I.°

Si es por eso,
pagueme vmd. y por mí
prosigamos.

ALCALDE.

Debo, debo.

LABRADOR I.°

Pague, pague, y no ande á costa
de pobres en pies agenos.

ALCALDE.

Calle, que yo en esto á nadie
le puedo dar mal exemplo; *se apéa.*
pues yo le tomo de algunos
del mundo, que andan muy tiesos
en coche, y quizá no tienen
cochino para el puchero.
Marcha, y á la propia hora
mañana en el mismo puesto.

LABRADOR I.°

Dios trayga al Amo, porque haga
que todos andeis derechos. *vase.*

ALCALDE.

¿Un hombre como yo á pie?

SEÑOR.

Ahora es ocasion, lleguemos.

LOS 2.

¿Señor Alcalde?

ALCALDE.

Señor...
Usia... ¿pues cómo es esto?

SEÑOR.

Humorada de venir
con un amigo en secreto,
á ver cómo están las cosas
del Lugar.

ALCALDE.

Todo está bueno,
á los pies de Usia; ¿Usia
cómo lo pasa?

SEÑOR.

No tengo
novedad.

ALCALDE.

Gracias á Dios.
Pues yo ya tengo dispuesto
el Palacio; y los vecinos
mil invenciones han hecho
para festejar á Usia.

SEÑOR.

A todos os lo agradezco;
pero nada me complace,

hasta tocar por mí mesmo
si hay paz y justicia.

ALCALDE.

Todos
están como unos corderos.
Voy á avisar á la gente
al instante.

SEÑOR.

Deteneos:
que mientras vais á mi casa
á prevenir que yo vengo
esta noche, quiero oculto
dar al Lugar un paseo.

ALCALDE.

¡Jesus qué fortuna! vaya,
de gozo no cabe el pecho.

AMIGO.

¿Os vá bien con el oficio?

ALCALDE.

Sí Señor, es estupendo.

AMIGO.

¿Y no es de mucho trabajo?

ALCALDE.

Si yo fuera majadero,
sí Señor; pero yo tomo
las cosas con gran sosiego:

rondo quando me parece;
si hay quimeras, huyo el cuerpo;
si me regalan lo tomo;
si hay avenidas me encierro
en casa; y me baxo al rio
si sucede algun incendio:
en los bautizos y bodas,
me llegan á mí el primero
la vandeja, con que saco
racion doble; y así pienso,
ya que mis antecesores
tomaron siempre gruñendo
la Vara, decir al Amo
que me haga Alcalde perpetuo.

SEÑOR.

¿Y pleytos no hay?

ALCALDE.

No Señor;
yo he desterrados los pleytos.

SEÑOR.

¿Y hay muchas quejas?

ALCALDE.

Tampoco;
ójala que hubiera ciento
cada dia.

AMIGO.

¿En qué consiste
esa paz?

ALCALDE.

En que al primero
que se me viene á quejar
de algo, aunque le hayan muerto
á su padre, sea mentira
ó sea verdad, le condeno
en cien ducados, dos pares
de grillos, y un mes al cepo;
y así ninguno se queja
de nadie, y todos sus cuentos
los litigan á cachetes:
el que sacude mas tieso
gana el pleyto en un instante,
y luego exíge el Barbero
las costas del que le pierde.

SEÑOR.

Sois hombre de gran talento:
vaya, haced lo que os he dicho,
que ácia la plaza os espero.

ALCALDE.

Ya, ya, yo le diré á Usia...
á los pies de Usia... hasta luego:
¡qué contento está! Sin duda

me hacen Alcalde perpetuo. *vase.*

AMIGO.

Este hombre es tonto.

SEÑOR.

Mas no
tonto para su provecho,
segun concibo: en fin, vamos
á la plaza, que yo creo
que allí podremos tomar
de todo conocimiento.

AMIGO.

No os irriteis...

SEÑOR.

Antes bien
he pensado de lo mesmo
que siento que me suceda,
brindaros un pasatiempo.

Vanse, y descubriendose la plaza, á la derecha estará la puerta de la Taberna: á un lado el Santero con la tablilla (que figure, y no sea) de la demanda, y un vaso de vino: al otro el Regidor con la guitarra, y delante las dos Majas baylando con el Tuno y el Sacristán: á la derecha la Botica, y delante una mesa

en que juegan á la malilla el Rico, el Boticario, el Médico, y el Maestro de la Escuela, y en medio está el corro de Labradores baylando al son de panderos, sonajas, castañuelas, &c.

CORO DE LABRADORES.

„Voces é instrumentos
„festivos aplaudan, &c.

TABERNERA.

Seo Regidor, ¿canta vmd.
ó me amostazo y lo dexo?

MAJA.

Ya sabemos de memoria
el pasa-calles.

TABERNERA.

Ligero,
que en teniendo los pies frios,
se desazonan los cuerpos.

REGIDOR.

Se me olvidan los cantares;
pero allá vá éste, que es bueno.

Canta, y baylan los quatro.

SEGUIDILLAS.

„Aunque usen los amantes
„distintas voces,
„lo propio dice el majo,

„que los Señores:
„Solo es lo vário,
„que éstos entran pidiendo,
„y esotros dando.

Al bastidor el Señor, y el Amigo.

AMIGO.

¡Qué aplicada está la gente!

SEÑOR.

Sí, pero nadie al trabajo.

MAJA.

Dexemos por ahora el bayle,
que me parece que ha entrado
gente forastera.

TABERNERA.

A ver: *sin moverse.*
ya me ha dado en el olfato
que son gente de Madrid,
y Caballeros entrambos.

MAJA.

Si traen monteras...

TABERNERA.

No importa;
¿no ves que traen los zapatos
de toda moda, y que saben
embozarse á ley? Es claro.
Ya tengo yo diversion

esta tarde para un rato.
Vase acercando poco á poco, y el Tuno y Sacristan como suspendidos.

RICO.

¿No reparó usté en el ás
que descubrió el Boticario?
¿Por qué no triunfó al instante?

MAESTRO.

Porque eran mis triunfos baxos.

MEDICO.

¡Ojala! que entonces yo
asegurára mis bastos.

BOTICARIO.

Yo solito le tenia.

AMIGO.

Señorita, ¿se ofrece algo?
A la Tabernera, que pasa como reconociendo.

TABERNERA.

Nadie ofrece sin hablar;
ni ofrezco, ni doy: rogando
suelo yo decir que nó.

AMIGO.

Sereis de genio tirano.

TABERNERA.

No mucho, á los que se mueren

en viendome, no los mato.

AMIGO.

Pues yo aún vivo.

TABERNERA.

Poco á poco,
Señor, que ahora empezamos.
Llegandose á ella, y no hace caso.

SACRISTAN.

Mocita, ya sabe vmd.
que no es esto lo ajustado.

TABERNERA.

¿Y esotro Señor es mudo? *por el Señor.*

SACRISTAN.

A vmd. no le viene al caso,
que sea mudo, ó no lo sea:
¿no oye, que la están hablando?

TABERNERA.

¿Pero hablaba vmd. conmigo? *al Sac.*
Ahora le mira.

SACRISTAN.

Sí Señora, con ella hablo, *enfadado.*
que es una gran grosería
desayrar á un hombre blanco,
y estando hablando con él,
dexarle por los extraños:
pues cuidadito conmigo,

que no soy hombre que aguanto
floréos.

TABERNERA.

Anda, chiquita.
¿Y lo dice usté enojao?
Há, Caballeros, ¿quién tiene
gana de echar un gargajo,
para anegar á este hombre?

SACRISTAN.

¿Pues cómo conmigo?

TUNO.

Paso,
que á esta Mádama nenguno,
Poniendose enmedio.
sino yo, puede hablar alto.

TABERNERA.

Añide sardinas, que
ván viniendo convidados:
¿y vmd. por qué? Seo Oficial
de Trapero reformado:
vmd. ¿por qué?

TUNO.

Porque tengo
la dicha de ser paysano
de vmd. somos de un oficio,
y hemos vivido en un barrio.

TABERNERA.

Vaya, ¿y de dónde soy yo?

TUNO.

De Madrid: ¿qué nos cansamos?
Vmd. tenia su Lonja
de tostones en el Prado,
primahermana de la tuerta,
que vendia este verano
avellanas verdes.

TABERNERA.

Cierto.
¿Y vmd. de dónde es?

TUNO.

Indiano.

RICO.

¿Por qué triunfa vmd. sabiendo
que yo tenia dos fallos?

MEDICO.

Vmd. no vuelva en su vida
á salirme de caballo.

Sale el Alcalde apresurado.

ALCALDE.

¿Señores, han visto vmds.
si pasó por aquí el Amo?

TODOS.

¿Qué ha venido?

ALCALDE.

Ya le veo: *le señala.*
decid que viva, muchachos.

LABRADOR 1.°

Viva: y alto á los panderos,
diciendo por festejarlo...

MUSICA.

Voces é instrumentos
festivos aplaudan...

Descubrese el Señor, y su Amigo: se levantan los del juego, y cercandole todos, suspende con los versos la Música.

SEÑOR.

Callad, callad: yo agradezco
vuestros afectos y aplausos
como es justo; pero ahora
no es ocasion.

TODOS.

Viva el Amo.
Los de la malilla.

LOS 2.

Sea Usia bien venido.

SEÑOR.

Seo Dotor, seo Boticario,
seo Maestro, yo celebro

ver á vmds. tan bizarros.
A vmd. no le digo nada:
cada dia está mas guapo. *al Rico.*

RICO.

Sí Señor, con mis doblones
me divierto, y me regalo.

SEÑOR.

¿Seo Sacristán, no llegais?

SACRISTAN.

Estaba un poco ocupado
aquí, despues hablarémos.

AMIGO.

¿Qué es lo que pretende, hermano?
Al Santero, que se le presenta sin hablar.

SANTERO.

Venga Usia enhorabuena.
El Santero llega al Amigo.
Alguna limosna aguardo
para la lámpara.

AMIGO.

Amigo,
si es la lámpara ese vaso,
bien cabe.

SANTERO.

Quartillo y medio.

AMIGO.

¿Y qué dura el alumbrado?

SANTERO.

Chupa mucho la torcida,
que está seca, y la reemplazo
cada dos horas.

AMIGO.

Bien, tome.

SANTERO.

En fin, hay para dos tragos.

Sale la muger del Sacristán, y la Viuda.

LAS 2.

Justicia, Señor, justicia.

ALGUNOS.

Lo mismo todos clamamos:
Justicia, Señor.

SEÑOR.

¿Qué es esto?

ALCALDE.

Voces del Pueblo, que al cabo
será todo frioleras.
Mal hareis en escucharlos,
sino iros á descansar.

SEÑOR.

No, Alcalde, que no es descanso

seguro el de un Señor, que
dexa gritar al vasallo.
Por esto, y porque es preciso
saber, aunque sea de paso,
quien son esas caras nuevas,
acerquen aquí esos bancos,
y digan de quien se quexan.

MUGER.

De mi marido.

VIUDA.

Yo clamo
al Cielo contra el Dotor.

SACRISTAN.

De mi muger.

ZAPATERO.

De un tirano.

LABRADOR 2.º

Del Regidor.

SEÑOR.

¿Y el Alcalde?

TODOS.

De ese todos nos quexamos.

ALCALDE.

Frioleras, frioleras. *sonriendose.*

SEÑOR.

Bien: lo primero sepamos

quien son esas dos mugeres.

TABERNERA.

Lástima es que no traygamos
aquí la genealogía.

MAJA.

¿Pretende Usia casarnos?

SEÑOR.

Nó, pero saber pretendo
á qué han venido.

TABERNERA.

A pasearnos.

AMIGO.

¿Y quién la dió la Taberna?

TABERNERA.

Mi dinero regalao.

ALCALDE.

Y con grande utilidad
del comun; pues está claro,
que á cinco quartos le sale
el quartillo, y le dá á quatro.

AMIGO.

¿Y en el Lugar qué tal hallan
el vino?

ALCALDE.

Como Christiano,
que á todos les sabe bien.

TABERNERA.

Y nadie queda borracho,
aunque se beba una azumbre.

SEÑOR.

¿Y quién es ese hombre? *por el Tuno.*

TABERNERA.

¿Acaso
me pagan á mí, él, ni Usia,
por ser su vocabulario?

ALCALDE.

Bien dice.

SEÑOR.

Decid quien soís.

TUNO.

¿Quién, yo? Soy un hombre honrado,
y mi capa no parece
mucha cosa; mas debaxo
de una mala capa... ya,
ya sabrá Usia el adagio.

SEÑOR.

¿Y qué haceis aquí?

TUNO.

Yo como,
me paseo, juego, y gasto:
no tengo que hacer, y me
entretengo enamorando.

SEÑOR.

¿Y á este no le teneis preso?

ALCALDE.

No Señor, yo no reparo
en frioleras. Yo sé
adonde se están paseando
muchos compañeros suyos,
y nadie les hace daño.

AMIGO.

¿Y por qué vivis ocioso,
y no os habeis aplicado
á oficio?

TUNO.

Ya me apliqué,
quando mis padres faltaron,
á un oficio.

SEÑOR.

¿Y á qué oficio
os aplicasteis?

TUNO.

A gato.

SEÑOR.

No habeis de afilar las uñas
en mi lugar.

TUNO.

¡Qué cuidado!

á bien que está el equipage
pronto, el mundo es bien ancho,
los caminos están secos,
y por qualesquiera cabo,
en yendo un hombre decente,
le hacen los honores. Vamos. *vase.*

MUGER.

Señor, ahora que está aquí
mi marido, he de acusarlo,
de que no cuida su casa,
tiene á sus hijos descalzos,
los cria mal, y los hace
ayunar lo mas del año.
Tiene tiempo, y no se aplica
para agregar al salario
el fruto de alguna industria;
y siendo un hombre casado,
el poco dinero que hay
lo gasta en vino, tabaco,
y mugeres.

SACRISTAN.

Es mentira,
que yo tan solo malgasto
la mitad; que lo demás,
ella lo gastá en zapatos

de moda, y en pelendengues,
en mosulinas y lazos:
jamás les dá una puntada
á sus hijos: viltroteando
todo el dia, ni los peyna,
ni tiene el menor cuidado
de que vayan á la Escuela.

SEÑOR.

¿Y nunca os habeis quejado
el uno y otro al Alcalde?

LOS 2.

Sí Señor, mas no hizo caso.

ALCALDE.

Como de esas frioleras
pasan entre los casados.

MUGER.

¿A la Escuela á qué han de ir,
si siempre se está jugando
el Maestro en la Botica?

MAESTRO.

Por no lidiar con muchachos,
me jugára yo la renta.

SEÑOR.

¿Y vos podeis tolerarlo?

ALCALDE.

Señor, juegan solamente

una friolera : á quarto.

VIUDA.

Mal haya su juego, amen,
que al Doctor dexa cansado,
de suerte que no responde
aunque vayan á llamarlo
de noche : así sucedió
con mi dueño malogrado,
y me lo dexó morir
como un perro ; yo le emplazo
á que me vuelva mi esposo,
ú otro mejor.

MEDICO.

Todo es malo :
quando los dexo morir
se quejan, quando los mato
tambien ; y son tan perversos,
que aunque esté un hombre engolfado
en el primer sueño, cómo
les dé una congoxa, un flato,
ó un accidente, no tienen
la urbanidad de aguardarlo
á que despierte. ¿Por qué,
si quieren tener al lado
el Doctor que los ayude,
no se mueren mas temprano?

ALCALDE.

Y eso es una friolera:
bien hace en escarmentarlos.

MEDICO.

Digales vmd. que vengan
ahora, que ya he quitado
el aldabon de la puerta.

ALCALDE.

Con todo hay llaves y cantos.

MEDICO.

Ya conozco yo los ecos
del yerro y de los guijarros;
que llamen con pesos gordos,
y verán que presto baxo.

LABRADOR 1.º

Yo, Señor... el Regidor...
yo soy un pobre...

SEÑOR.

Hable claro.

LABRADOR 1.º

Vine á vender libra y media
de azafran, y me ha quitado
el Regidor una libra.

REGIDOR.

Para eso he tenido el cargo
de ponerle la postura...

SEÑOR.

¿Y esto lo habeis tolerado?

ALCALDE.

Sí Señor: es de derecho.
De ubas, ciruelas, garbanzos,
arroz... en fin una libra
le toca de todo quanto
viene á venderse al Lugar.

LABRADOR 1.°

Y si tengo de hablar claro,
me quitó dos onzas mas.

ALCALDE.

¡Mire usté qué gran pecado!
Eso es una friolera
solamente, que debaxo
del pretexto de derechos,
hay dictámenes muy ámplios.

ZAPATERO.

Y á mí que me está debiendo
ocho pares de zapatos
el Señor. *por el Rico.*

LABRADOR 2.°

A mí dos meses
de jornal.

LABRADOR 3.°

A mí el salario

de un año que le serví.

LOS 3.

¿Nó nos quereis dar amparo?

SEÑOR.

¿Por qué nó? ¿Es esto verdad? *al Rico.*

RICO.

Sí Señor; pero me enfado
de que me pidan, sabiendo
me sobra para pagarlo.

SEÑOR.

¿Por qué no lo remediaste?

ALCALDE.

Ya, Señor, se me han quejado,
y si hubiera sido un pobre,
le hubiera puesto el emplastro
de Vizcaya; pero á un Rico,
¿quién habria tan osado,
que por unas frioleras
como estarse utilizando
del trabajo de los pobres,
hacer de su afan escarnio,
y pagarles mal ó nunca,
se atreviera á desayrarlo?

SEÑOR.

Yo: vaya luego á la carcel. *levantase.*

RICO.

Vayase Usia despacio,
y guarde mis exênciones.

SEÑOR.

¿Pues sois Caballero acaso?

RICO.

Nó, pero soy hombre Rico.

ALCALDE.

A fé que los ha chafado:
que los que son Ricos-hombres,
valen mas que los hidalgos.
¿Veis como todas las quejas
eran friolera al cabo?

SEÑOR.

¡Ay! que aquestas friolerας
son delitos tolerados
por falta del zelo vuestro;
y aunque no aparece el daño
en el dia, al cabo son
la ruina de los Estados.

AMIGO.

Harto le decis, si tiene
colmillos para rumiarlo.

ALCALDE.

Yo no los tengo.

SEÑOR.

Por eso
á tí te se hablará claro.

ALCALDE.

¿Y seré Alcalde perpetuo?

SEÑOR.

Sí, amigo, perpetuo macho
de la tahona, despues
que en un cepo hayas purgado
tus malicias, con algunos
que en ellas te acompañaron.

AMIGO.

Pues eso no es friolera.

SEÑOR.

Para que con eso, dando
al pobre satisfaccion,
y castigo á los malvados,
nos podamos divertir
despues.

VIUDA.

Yo, Señor, me encargo
de disponer un festejo
con mis paysanas.

AMIGO.

Muchachos,
bien podeis dar á Dios gracias

de que os destinó tal Amo.

TODOS.

Viva: y siga el regocijo
hasta dexarle en palacio.

Con el aplauso de música, y alborozos populares, siguen todos al Señor, y se dá fin al Sayete.

EL PETIMETRE.

Siempre están en las casas
de los Hombres de Moda
los Libros desdyrados,
y las plumas ociosas:
y los espejos claros
aun están mas de sobra,
pues no los desengañan,
y aumentan el error con la lisonja.

PERSONAS.

D. SOPLADO.
D. ZOYLO, *Abate.*
D. MÓNICO.
D. MODESTO.
D. SIMPLICIO, *Barba.*
D.ª VERONICA, *muger de Don Simplicio.*
D.ª TECLA. } *Sus hijas.*
D.ª PLACIDA. }
TARARIRA, *Criado de Don Soplado.*
UN LACAYO *del mismo.*
JUANA, *Criada de Doña Veronica.*
UN MAJO.
UN PELUQUERO.

El teatro representa la cámara de un Caballero soltero, con unos taburetes, un tocador, una mesa con algunos libros, y multitud de fracasitos, cajas, &c. Salen Tararira y el Lacayo, uno con el vestido y un cepillo; y otro con las ligas, peynador, &c. que colocan sobre alguna otra mesa, ó silla.

TARARIRA.

Dexemos eso, que ya
parece que se levanta
el Amo.

LACAYO.

Y aun sale aquí,
si el oido no me engaña.

Sale Don Soplado en bata, despeynado, ó con cofia, esperezándose.

D. SOPLADO.

¿Há venido el Peluquero?

TARARIRA.

Mas há de dos horas largas,
que espera en el tocador.

D. SOPLADO.

¿Qué tal está la mañana?

TARARIRA.

Como de Otoño, y aun hoy
está mucho mas templada,
porque hay tal qual nubecilla.

D. SOPLADO.

¿Y qué hora es?

TARARIRA.

Las diez dadas.

D. SOPLADO.

Oh, pues siendo tan temprano,
hasta la hora de que salga
quizá saldrá el Sol. Prevenme
el otro vestido de aguas
y galones.

TARARIRA.

¿Y si llueve?

D. SOPLADO.

¿Qué quieres que yo le haga?
¿estando en el entretiempo
he de llevar paño ó lana,
y que se rian de mí?

LACAYO.

Otros le llevan.

D. SOPLADO.

Gentualla
que solo tiene un vestido,
ó personas chavacanas,
que los dogmas del buen gusto
no consultan, ó no alcanzan.

Sale el Peluquero.

PELUQUERO.

¿Señor, vamos despachando?

D. SOPLADO.

Estoy pronto, aunque hoy es vana
vuestra queja, que no es tarde.
Tararira, las tohallas.

TARARIRA.

Aquí están. ¿De quál manteca?

D. SOPLADO.

Ninguna: trae la pomada
de jazmines.

TARARIRA.

Está todo.

D. SOPLADO.

Solo ese libro me alcanza,
diré entretanto el Oficio.
Este quede aquí, y tu saca

el vestido que te dixe.

TARARIRA.

Mientras se peyna esta Dama, *ap.*
bien puedo almorzar, oir Misa
con Sermon, y no hacer falta. *vase.*

D. SOPLADO.

Ro, ro, ro, ro, ro: mirad
Como que reza entre dientes.
que ayer dicen, que llevaba
tres pelos mas en un lado,
y un canto de real de plata
mas levantado ese bucle.
Ro, ro, ro, ro, ro, con gracia
este tupé: como ayer:
bien.

PELUQUERO.

¿Le aprobó alguna Dama?

D. SOPLADO.

Me dixo la Marquesita,
y que no es muger de chanzas,
que no habia visto en su vida
cosa mas bien acabada.
Ro, ro, ro, ro, ro, ¿peynaste
ayer á Doña Lisarda?

PELUQUERO.

No Señor, solo la puse.

la gran cofia.

D. SOPLADO.

¿Estaba mala?

PELUQUERO.

Yo no sé.

D. SOPLADO.

Ro, ro, ro, ró.
Una cosa de importancia
tenia que preguntar,
y no hay forma de acordarla.
Ro, ro, ro, justamente
ya me acuerdo. ¿Doña Laura
por qué os dexó?

PELUQUERO.

La dexé
yo, porque no me pagaba.

D. SOPLADO.

¿Pues cómo?

PELUQUERO.

Me hizo dexar
tres, ó quatro parroquianas,
ofreciendome millones
porque no la hiciese faltas,
y despues en año y medio
no la pude sacar blanca:
y aun me tiene por allá

cinqüenta pesos.

D. SIMPLICIO.

Mas alta
la atadura, porque vean
que son esmalte de Francia
los broches del corbatin,
y se distinga la holanda
que vuelve del cabezón.

Sale Tararira.

TARARIRA.

Esperando en la antesala
Don Mónico, y Don Modesto
están, con Don Zoylo Maza,
que há tres dias que llegó
de París.

D. SIMPLICIO.

Fineza rara
es verme, sin aguardar
que á cumplimentarle vaya.

Salen los tres con Tararira. Se levanta, y se abrazan.

D. ZOYLO.

¿Señor Don Soplado?

D. SOPLADO.

¿Amigos?
Señor Don Zoylo: no alcanza

mi cariño, qué razon
hay para que desayrada
dexeis á mi urbanidad,
anticipandoos con tanta
brevedad. ¿Creeis que ignoro
los ritos de la crianza,
y venís á reprenderla,
antes de poder culparla?

D. ZOYLO.

Al contrario: porque veais,
que vivo en la confianza
de nuestra antigua amistad,
no he querido que os cansarais
en ir, estando yo fuera.

D. SOPLADO.

Eh, los asuntos de tabla,
creed que no los ignoro.

D. MODESTO.

No es una ciencia muy alta
la de las visitas; pero
si creo que es la mas árdua
y dificil.

D. MÓNICO.

Añadid
á eso lo delicada.

D. SOPLADO.

Es mas de lo que parece.

D. MÓNICO.

Ya se vé: el hombre que alcanza
á manejar en la Corte
las etiquetas con gracia,
sabe quanto hay que saber.

D. ZOYLO.

Es la ciencia mas abstracta
al juicio de los humanos.

D. MODESTO.

Y en la razon tan fundada,
que ningun hombre de juicio
penetra sus pataratas.

D. SOPLADO.

Sillas para estos Señores,
Tararira.

D. ZOYLO.

¡Cosa rara
es por cierto el apellido!

D. MODESTO.

No tal; no es la mas hidalga
en la Corte su familia,
pero es la mas dilatada.

D. SOPLADO.

Todo lo habeis de notar.

Asi se le ha puesto en casa,
por lo alegre que está siempre.

TARARIRA.

Y porque á mi Amo le agrada
este nombre, mas que quantos
en el Kalendario estampan.

PELUQUERO.

Por Dios, Señor, que ya es tarde.

D. ZOYLO.

Nuestra visita embaraza,
y mas que estabais rezando.

LOS. 3.

A Dios.

D. SOPLADO.

Nó, que para nada
me podeis dar sujecion
vos, siendo de confianza:
y el rezo ya está acabado.

Tira el libro sobre la mesa.

PELUQUERO.

¡Y con qué devocion! Vaya,
que edificará á qualquiera.

D. SOPLADO.

Y quando no se acabára,
esto se hace el dia que uno
se está por demás en casa

un rato. Vaya los polvos; *sientanse.*
y tu puedes traerme agua
para lavarme.

TARARIRA.

Está bien. *vase.*

D. MÓNICO.

Ausencia ha sido bien larga
la que habeis hecho, Don Zoylo.

D. ZOYLO.

Diez años y medio.

D. MÓNICO.

¡Qué ansia
tendriais de volver!

D. ZOYLO.

Por cierto,
que en mi vida lo pensára,
si hubieran mis asistencias
alcanzado á la bizarra
obstentacion que es forzosa
en un extrangero, que anda
con previlegios de noble
corriendo Cortes extrañas.

Sale Tararira.

TARARIRA.

Aquí está el agua, Señor.

D. MODESTO.

Poco os debia la patria,
Señor Don Zoylo.

D. ZOYLO.

Tan poco,
que solo pudo en la rara
melancolía, que tuve
desde que me ví en España,
aliviarme la amistad
de los finos camaradas.

D. MODESTO.

¿Tan bien os han parecido
otras Cortes?

D. ZOYLO.

Cosa extraña
es que vos lo pregunteis,
habiendo corrido tantas.

D. MODESTO.

Confieso hallé en cada una
muchas cosas, que ilustráran
mi entendimiento; mas no
que me apagasen la llama
del amor al patrio suelo.

D. ZOYLO.

Pues yo traia ya echada
la cuenta de no pararme

en Madrid, ni una semana;
pero en estos quatro dias
he observado, que se halla
digno, tal qual, de que yo
le habite. Esta adelantada,
en lo que cabe, la gente.
Ayer comí en una casa,
y estuvo mediano aquello:
no hubo las extravagancias
de la sopa guarnecida,
ni lo de pichon por barba.
Habia un lindo trinchero
de menestra, otro de pasta,
un fricasé, una compota,
y una ó dos pollas asadas,
que para quince de mesa,
es comida muy sobrada.
Ya la amanece el buen gusto
en el mueblage: las casas
se adornan de cornucopias,
en vez de petos y lanzas:
y ya ven los Españoles,
que el papel, y las Indianas
para vestir las paredes,
les hacen muchas ventajas
á los quadros de Velazquez,

Cano, Ribera, que llaman
el Españoleto, y otros
Pintorcillos de esta laya.
Parece se ha propagado
el cultivo hasta las caras:
aquel bruto desaliño
del cabello y de la barba,
que hacía nuestra Nacion,
tan terrible á las contrarias,
ya docil á beneficios
del jabon, y las pomadas,
por donde quiera que vamos
van diciendo nuestras fachas,
que somos gente de paz:
ya nadie al vernos se espanta;
pues yace oculto de miedo
el duelo, ó la patarata
de aquel honor, que fundaron
en ser las Doncellas cautas,
muy religiosas las viudas,
recogidas las casadas,
los ancianos venerables,
los niños de cera blanda,
los hombres ingenuos, y
muy hombres de su palabra.
Que porque me dixo mientes...

porque me sopló la Dama...
ú otras tales vagatelas,
¿he de andar á cuchilladas?
Hubo entre nuestros antiguos
gentiles extravagancias.

D. MODESTO.

Gentiles serian; pero
ahora no son muy Christianas.

D. SOPLADO.

Aunque no hubiera en Madrid
otra cosa que esta masa *lavándose.*
para labarse las manos,
debia ser celebrada
nuestra edad.

D. MODESTO.

No es en los hombres
mucho primor manos blandas.

D. SOPLADO.

Antes sí, que si se ofrece
baylar una contradanza,
es feliz preservativo
de ofender la de la Dama.

D. MÓNICO.

¡Perfecta frase!

D. SOPLADO.

Las ligas.

TARARIRA.

Estienda vmd. bien la pata,
las apretaré á conciencia.

D. SOPLADO.

Pues ya que de eso te encargas,
hazlo con juicio y esmero,
y mas que otra cosa no hagas
bien en tu vida; porque
no puede haber mayor tacha
en un hombre de honor, ni
puede hacer mayor infamia,
que profanar un estrado
con las medias arrugadas.

D. MODESTO.

Extraño vuestro concepto;
pero mas la tolerancia
del martirio que sufris.

TARARIRA.

Pues no es cosa tan extraña
el dar unas ligaduras
á quien el sentido falta.

D. SOPLADO.

A título de bufon,
dice quanto le dá gana.
El vestido.

TARARIRA.

Ya está aquí.

D. ZOYLO.

Muy marcial está, y es grata
la orma, Señor Don Soplado.

TARARIRA.

Y eso que hoy no está apretada
la cotilla.

D. SOPLADO.

Pero ved
¡qué pecho, qué ayrosa manga!

D. ZOYLO.

El calzon es algo estrecho,

TARARIRA.

La conciencia sí que es ancha.

D. MÓNICO.

Aquí llevais una mota.

D. SOPLADO.

¿Mota yo? sino mirára
á los Señores... ¿Yo mota?
Voto á... una mota, ¡Allí es nada
el defecto! ¿de qué sirve
á un hombre lo que trabaja
por mantener su opinion,
si en manos de esta canalla
vá un hombre siempre vendido?

D. MODESTO.

En una mota repara
por afuera, y por adentro *ap.*
estará lleno de manchas

D. SOPLADO.

El relox.

TARARIRA.

Ahí vá con todos
sus cascabeles.

D. SOPLADO.

Las caxas.

TARARIRA.

Dos, tres, quatro, cinco...

D. SOPLADO.

Espera,
y los frasquitos alcanza,
iré mojando pañuelos:
no me vea en la desgracia
del otro dia.

LOS 3. AMIGOS.

¿Qué fue?

D. SOPLADO.

Varios pañuelos llevaba,
rociados de las mejores,
y mas exquisitas aguas;
y se le antojó el olor

de clavél á cierta Dama:
pidiómele; y yo, que acaso
entonces no le llevaba;
discurrid qual quedaria;
sorprendido, hecho una estátua,
corrido: estos son los lances
en que los hombres atrasan
sus carreras: y es un caso,
que en las historias no se halla:
por eso ahora siempre voy
hecho una Botica.

D. MODESTO.

Vaya;
que si asi prosigues, pronto
en tí mismo habrás de usarla.

D. MÓNICO.

En todo sois primoroso. *á D. Soplado.*
Don Modesto, esta enseñanza
habiais de tomar.

D. ZOYLO.

¿Os dura
todavia aquella avara
propension ácia los libros?

D. MODESTO.

Y siempre con mas constancia.
Esas son las diversiones

sin riesgo.

D. MÓNICO.

Vos con tan rara
manía, os volvereis loco.

D. SOPLADO.

Y sin alguna sustancia,
ni especial utilidad;
ved qué diferencia se halla
de vos á mí, y qué distinto
concepto tienen las Damas
de los dos: vos estudiando
ignorais como agradarlas;
yo con solo presentarme,
las agrado y me idolatran,
de modo que unas con otras
por mis obsequios se arañan.

D. MODESTO.

Dichoso sois. ¡Ay de quien
con la estrella mas contraria,
vive inclinado á quien nunca
se enternece de sus ansias!

D. SOPLADO.

Vos teneis la culpa, pues
os inclinais á Beatas,
que tienen el dar la mano
á un hombre por grave falta

de su recato ; por culpa
asomarse á una ventana
sin celosía : ¿visitas
quando madre no está en casa ?
¡Jesus , y qué liviandad !
eso es ser galán de marras :
amigo , *marcialitatè* :
menos amor , y mas maulas ;
menos conceptos , mas bulla ;
menos decoro , mas lavia ,
ó meterte luego Frayle ;
porque dudo , que halleis Dama
tan boba , tan Doña Elvira ,
y de tan poca crianza ,
que por quereros de veras ,
ponga en opinion la fama
del buen gusto.

D. MODESTO.

¿Y qué es buen gusto ?

D. ZOYLO.

Yo os lo diré : una fantasma
que , como á los racionales
entes les anima el alma ,
á los entes petimetres
anima invisible , para
que se esfuercen á salir

de las gerarquias baxas
de su especie, hasta ocupar
la sublíme; y se señalan
estos felices sugetos,
ya en la hechura de las caxas
que llevan, ya en los reloxes,
ya en la conducion gallarda
del ayre de la figura,
ya en la guarnicion extraña
y colores del vestido:
y finalmente, en la gracia
inconcusa con que se hacen
preferir de las muchachas.

D. SOPLADO.

Eso es lo cierto: vos nunca
me disputareis la palma.
El espadin.

D. MODESTO.

Mucho siento
tengamos tan encontradas
opiniones; pero amigos,
esa es una faramalla
de ociosidad peligrosa;
y quien las mira con casta
intencion, evitar debe
con razon cuerda y christiana,

el riesgo de que le engañen,
y el delito de engañarlas.

D. SOPLADO.

Quien tenga dinero suelto, *Mirandose al espejo.*
dele medio real de plata
por la plática.

D. MÓNICO.

¡Y á dónde
vais desde aquí?

D. SOPLADO.

Si tocáran
por ahí á Misa, la oyera
primero; sino haré varias
visitas hasta la una,
que entonces, aunque sea larga
en el Buen-Suceso, como
hay concurrencia tan varia,
está un hombre divertido.

D. MÓNICO.

Vamos todos de reata
á presentar al amigo,
á las hijas, y Madama
de Don Simplicio.

D. SOPLADO.

Es verdad;
y amigo, hay una que canta

grandemente.

D. ZOYLO.

Grandemente,.. *burlandose.*
Al que viene de la Italia
hecho á oir aquellas Orquestras,
que en la menos serenata
hay quatrocientos Violines,
ciento y dos Trompas de Caza,
cien Oboes, y ochenta Baxos,
¿qué efecto quereis que le haga
una muger?

D. MODESTO.

Ser muger
Española la que canta.

TODOS.

Vamos allá.

D. SOPLADO.

Tararira,
ponte al instante la capa,
y llevalas esas flores. *vanse.*

TARARIRA.

Haráse como lo manda;
pero antes es menester
labarme tambien la cara,
y rociar todos los trapos.
Vamos adentro, Panarra,

me ayudarás á vestir.

LACAYO.

Yo me voy ahora á la plaza
por los postres.

TARARIRA.

Es preciso
componernos, que en la casa
del Tamborilero, todos
saben danzar la pabana.

Vanse, y cayendo otro telon de salon, que desfigure la primera Escena sale Doña Tecla de Petimetra.

D.ª TECLA.

Milagro es que me han dexado
sola este rato siquiera
para estudiar la Tonada:
voy ahora á ver qué tal suena
en el Clave, porqué aquí
sale mi padre; no sea
venga con alguna de
sus muchas impertinencias.

Vase, y sale D. Simplicio en bata y gorro, los zapatos en chancleta, una media negra puesta; y cosiendo la otra.

D. SIMPLICIO.

Mas que la de San Francisco

es larga la tal carrera;
y el punto está, en que ha tres horas
que el punto final no llega:
mas ya he perdido la aguja;
voto á la... que no hay paciencia
para sufrir tanto, y eso
que yo la tengo tremenda:
Juana.

Sale Doña Verónica cosiendo una cinta á una Venera.

D.ª VERONICA.

¿Qué quieres á Juana?

D. SIMPLICIO.

Que me componga esta media,
que ya me canso.

D.ª VERONICA.

No puede;
que está ocupada allá fuera
con aquel mozo paysano
que suele venir á verla,
y rabiará si la llaman.

D. SIMPLICIO.

Pues, muger, dame qualquiera
aguja, y proseguiré.

D. VERONICA.

Por milagro hallé yo esta..

D. SIMPLICIO.

¿Y qué es lo que estás cosiendo?

D.ª VERONICA.

Una cinta á una Venera
de un amigo.

D. SIMPLICIO.

¡Qué bonita! *acercandose.*
Ola, esta parece nueva.

D.ª VERONICA.

¡Qué lerdo eres! mas de cien
veces se la has visto puesta.

D. SIMPLICIO.

Soy hombre de vista gorda:
no riñas por eso. Tecla.

Sale Doña Tecla embelesada leyendo un papel de seguidillas.

D.ª TECLA *leyendo.*

„Es en glorias pasadas
„el pensamiento,
„unas veces verdugo,
„y otras consuelo.
„Y en las futuras,
„á veces esperanza,
„y á veces duda.

D. SIMPLICIO.

Tómate, qué embelesada

sale estotra en su leyenda.
Tecla, ¿no oyes que te llamo? *recio.*

D.ª TECLA.

No lo oygo; ¿qué nos vocea
vmd? Y será todo ello
al cavo una friolera.

D. SIMPLICIO.

El agrado que tu gastas
con tu padre, es cosa bella:
coseme esta carrerita.

D.ª TECLA.

Tómate: ¿y para eso eran
las voces? Estoy ahora
divertida en estas nuevas
seguidillas, y no puedo.

D. SIMPLICIO.

Es razon que me hace fuerza;
dame aguja, y yo lo haré.

D.ª TECLA.

Con mucho gusto, á tenerla;
pero ni aun sé donde pára
la almohadilla.

Sale Doña Plácida con un legajo de Comedias en la mano.

D.ª PLACIDA.

¿Qué Comedia

de estas, madre, es la mejor?

D.ª VERONICA.

¿A ver qué títulos? esta,
que tiene gran trabesura
de lances, y toda ella
es un arte de requiebros:
ahí verás, qué estratagemas
se aprenden para engañar
á un viejo padre, que vela
el caro honor de sus hijas;
y luego, á pesar de rejas
y llaves, con qué primor
á sus padres se la pegan.

D. SIMPLICIO.

No se le escapará nada,
que la muchacha no es lerda:
es capáz de traer al
retortero dos docenas.
Plácida, dame una aguja,
para coser esta media.

D.ª PLACIDA.

¡Ay, padre, mal viene usté!
¿Yo aguja? Desde la feria
pasada, que á Don Pepito
le puse una escarapela
en el sombrero, no sé

ni si las hay en la tienda.

D. SIMPLICIO.

Este es el diablo, que quiere
que yo pierda la paciencia;
pues no ha de ser, aunque salga
hoy á la calle en calcetas.

D.ª TECLA.

Oyes, Plácida, repara,
qué dada está á la tarea
madre.

D.ª PLACIDA.

Tómate: no es cosa,
todo su talento emplea
en rizar aquella cinta.

D.ª TECLA.

Bien la merece la pena.

D.ª VERONICA.

Si voy yo á las habladoras.

D.ª PLACIDA.

Señora, son cosas nuestras.

D. SIMPLICIO.

Dexalas que hablen, muger.
¿Chicas, tengo yo otras medias?

D.ª TECLA.

Mire vmd. si la Criada
las tiene acaso compuestas.

Juana.

Sale la Criada.

CRIADA.

¿Qué Juana, Señores?
No estamos con mala flema,
y nadie ha oido Misa en casa.

D. SIMPLICIO.

¿Pues qué es hoy dia de fiesta?

D.ª VERONICA.

Despacha y vé tu primero,
que sobrado tiempo queda.

D.ª TECLA.

A la una aquí en la Parroquia
hay Misa; pero es eterna.

CRIADA.

Voy á echarmo la basquiña, *llaman.*
y á ver quien llama á la puerta. *vase.*

Sale Tararira.

TARARIRA.

Señoras, besoos los pies:
á traer esta primavera
vengo de parte de mi Amo.

D.ª VERONICA.

¿Señor Tararira, era
hora de vernos?

TARARIRA.

¿Pues quándo
Tararira no está en esta
casa? sino en realidad
in mente.

D.ª TECLA.

Grandes fachendas
tiene vuestro Amo.

Salen los quatro Caballeros, y Don Sopiado delante.

D. SOPLADO.

¡Dichoso
quien á tán buen tiempo llega
que oyó en tus labios su nombre!
y dirán que el leer Comedias *ap.*
no es util: este concepto
á fé si viene á la letra.

LOS 4.

Señoras, á vuestros pies.

LAS DAMAS.

Señores, á la obediencia.

D.ª VERONICA.

Tecla fue la que os nombró.

D.ª TECLA.

Pues no la creais fineza,

que nos teneis enfadadas.

D.ª VERONICA.

Muy tonta eres en dar quejas
á nadie : que el que quisiere
venir , ahí tiene la puerta ;
pero nunca echamos menos
al que no viene.

D. MODESTO.

Embustera ,
que á todos dice lo propio ,
y es envidia manifiesta
á aquellas casas adonde
son norias las escaleras ,
y arcaduces los galanes ,
que unos salen y otros entran.

D. SOPLADO.

Señoras , vmds. digan
lo que gusten ; pero vean
si es suficiente disculpa
de tardar hoy la asistencia
á este amigo , que ayer vino
de París.

D. ZOYLO.

Con buena estrella ;
pues no bien pisé del puerto
las suspiradas arenas ,

quando mi dicha al Alcazar
de las tres gracias me lleva.

D.ª VERONICA.

Vos seais muy bien venido,
que ya habeis dado la muestra
de vuestro mérito.

LAS 2 NIÑAS.

Ved
si hay en qué serviros pueda
esta casa.

TARARIRA.

Esto se llama
mueble nuevo.

D. MÓNICO.

Aunque no es esta
mi casa, con el favor
que sus dueños me dispensan,
en ella y en mi posada
podeis mandar.

D. SIMPLICIO.

Mis ofertas,
Caballero, valen poco
en esta casa, pues de ella
solo sé que soy el dueño
quando el Casero me llega
á pedir el alquiler;

pero al fin, propia ó agena,
la ofrezco, *sub conditione*,
que mi muger lo consienta.

D. SOPLADO.

¿Qué haceis, Señor Don Simplicio?

D. SIMPLICIO.

En coser esta carrera
me divertia, y perdí
la aguja.

D.ª VERONICA.

Pues toma esta...

D. SIMPLICIO.

Dios te lo pague.

D.ª VERONICA.

Que yo
ya acabé esta friolera.

D. SIMPLICIO.

Yo conozco esa alhajita:
¿y á dónde está el dueño de ella?

D.ª VERONICA.

Fuera de Madrid.

D. MÓNICO.

¿Pues cómo
ha conseguido licencia?

D.ª PLACIDA.

Ha de volver esta tarde:

y salió á las ocho y media
esta mañana.

D.ª VERONICA.

Si no,
seguro está que saliera.

D.ª TECLA.

Madre, mire vmd. que es tarde.

D.ª VERONICA.

De recibiros de priesa
y en esta pieza de paso,
por hoy la disculpa sea
el que no hemos oido Misa.

D. SOPLADO.

¡Jesus, y qué arco de Iglesia!
Del mismo color estamos
los tres; pero á bien que cerca
la tenemos á la una.

D.ª PLACIDA.

Apenas tiempo nos queda
de ponernos las basquiñas.

D. SOPLADO.

Vereis cómo se remedian
tan grandes inconvenientes. *vase.*

D.ª PLACIDA.

Venga usté aquí, Juan enreda,
¿qué vá usté á hacer?

Dentro Don Soplado.

D. SOPLADO.

Al instante
voy allá con la respuesta.

D. SIMPLICIO.

El tal Don Soplado es
muchacho de gran viveza.

Sale la Criada de mantilla con el Majo, y tocan dentro.

CRIADA.

Señores, el primer toque,
no hay que descuidarse.

D.ª PLACIDA.

¡Ah perra!
Qué bravamente has pelado
la paba.

CRIADA.

Su horita y media,
desquitense luego vmds.

MAJO.

Vaya dos horas de arenga,
verás que breve te dexo.

CRIADA.

Vaya, hijo, no te enfurezcas,
que esto está acabado.

D.ª VERONICA.

Digo, *al Majo,*
venga vmd. con su vihuela
esta noche, que ser puede
que algunas amigas vengan,
y se bayle un rato.

MAJO.

Bien,
se hará como vmd. lo ordena:
vamos, chica: brava loca
es tu Ama.

CRIADA.

Se la lleva
el diablo quando á las hijas,
ó á mí, alguno nos festeja.

MAJO.

¡Muger extraña!

CRIADA.

No tal,
que hay otras muchas como ella.

Vanse los dos, y sale Don Soplado con tres basquiñas, y tres mantillas.

D. SOPLADO.

Caballeros, cada uno
le sirva de Camarera
á una Señora, y así

despacharemos apriesa.

D. MÓNICO.

Venga aquí la de Madama.

D.ª VERONICA.

Esta es.

D. ZOYLO.

Ya que me franquea
la suerte casualidad
tan feliz, delito fuera
no lograrla.

D.ª TECLA.

Me conformo:
que aquí no somos de aquellas,
que lo mismo que apetecen,
fingen que lo menosprecian.

D. SIMPLICIO.

¿Qué basquiña llevas, hija?

D.ª VERONICA.

¿Qué necesitas tu verla?
afuera, qué hace calor;
los parientes una legua.

D.ª PLACIDA.

¿Qué milagro es que os dignais
de hacer tan grande fineza *á D. Mónic.*
conmigo? ved que mi madre
quizá formará una queja

de este obsequio, que tan mal
en servirme á mi se emplea.

D. SOPLADO.

Señorita, un hombre solo
para tantas incunvencias
es poco, y es fuerza que obre
en algunas con tibieza.

D.ª VERONICA.

Don Soplado, una palabra:
bravamente se aprovechan
los instantes.

D. SOPLADO.

¿Ignorais
que á Dios hemos de dar cuenta
de los instantes ociosos?

D. MODESTO.

¡Y qué bien que los emplea!

D.ª VERONICA.

¿Qué sugeto es este Abate?
¿De aquellos que se adocenan
en la estimacion?

D. SOPLADO.

Señora,
vos le haceis una tremenda
injusticia: este sugeto
ha ido á estudiar las ciencias

á las Cortes : trae secretos
para disimular pecas
del rostro, limpiar blondinas,
quitar manchas, lavar medias,
y otros grandes intereses
de la nacion.

D. MÓNICO.

La pulsera,
que se le ha caido á madama. *quieto.*

D. SOPLADO.

Perdonad la inadvertencia.

TARARIRA.

¿Don Modesto, cómo ahora,
sobre llevarse la prenda,
no se tiran los galanes? *ap. los 2.*

D. MODESTO.

La culpa tienen aquellas
que han puesto en tan baxo precio
los favores, que qualquiera
puede haberlos; y las cosas
se estiman conforme cuestan.

D.ª TECLA.

Señor Abate, mil gracias.

D. ZOYLO.

Mandad quanto se os ofrezca,
que aunque soy Abate, no

soy inclinado á la Iglesia.

Tocan dentro.

D. SIMPLICIO.

Hijas, el segundo toque.

D.ª VERONICA.

¿Quién la mantilla me echa?

D.ª TECLA.

¿Quién me tira esta basquiña?

D.ª PLACIDA.

¿Quién un rosario me presta,
que no sé donde está el mio?

D. SOPLADO.

Ahora un libro qualquiera
es mas moda, que el rosario.

D.ª PLACIDA.

No tengo.

D. ZOYLO.

Para una urgencia
la Guia de Forasteros
basta. *dasela.*

D.ª VERONICA.

Tu en casa te queda, *á D. Simp.*
y si tarda la Criada,
echa al puchero la especia,
y dí á quien venga que espere,
que á la Misa de una y media

ó de las dos puedes ir.

D. SIMPLICIO.

Voy á ponerme las medias,
y á obedecerte.

TARARIRA.

¿Podrá
ser verdad esta Comedia?

D. MODESTO.

Yo no lo sé: lo que es cierto *ap.*
que vá la crítica á tientas;
el cogido calle, y diga
el que no, que ande la rueda.

Vanse los petimetres agarrados de las manos de las Damas; detrás burlandose Don Modesto y Tararira: Don Simplicio por el otro lado, y se dá fin.

EL MARIDO SOFOCADO.

TRAGEDIA BURLESCA

EN UN ACTO.

Pretendientes á dotes y hermosuras,
sin ricos patrimonios ó salarios,
prefiriendo el capricho á las virtudes,
contemplad esta imagen por un rato.

PERSONAS.

D.ª LUCRECIA, *petimetra.*
D. JUAN BUENO, *su marido.*
D. ZOYLO, *Abogado, su amigo.*
UNA CRIADA.
PAQUITO, PAGE.
COMPARSA DE MARIDOS.
COMPARSA DE CORTEJOS.

La Escena es en Madrid.

El teatro representa sala bien mueblada de una casa particular de Madrid.

ESCENA I.

Don Juan, y Paquito.

D. JUAN.

Dime, Paquito, aquí que nadie escucha,
¿Dónde caminan tus veloces pasos?

PAQUITO.

Voy á varios recados de mi Ama,
De los quales ninguno es reservado,
Para despues acompañarla á Misa.

D. JUAN.

Y entre tanto, ¿qué hace?

PAQUITO.

Está rezando
Sus devociones, riñe á las Doncellas,
Y le dá chocolate al Papagayo.

D. JUAN.

¡Lo que hace ser mugeres para todo!
Y dime, niño, así Dios te haga Santo,
¿Hay alguna visita proyectada?
¿Hay algun embeleco nuevo y caro
Que comprar? ¿hay alguna romeria
Que nos aumente el insufrible gasto?

PAQUITO.

Vos que sabeis su genio impenetrable,
Su despotismo y seriedad, me espanto
Que pregunteis así: ¿pues cómo puede
Saber un Page lo que ignora un Amo?

D. JUAN.

¿Quántas cosas ignoran los maridos,
Que saben los vecinos y criados?

PAQUITO.

No donde es la Señora tan honesta
Como mi Ama.

D. JUAN.

¿Y dónde vas? al caso.

PAQUITO.

A la calle mayor por unos broches,
Y un abanico que dexó ajustado
Ante-ayer.

D. JUAN.

¿Y por qué gastó saliba

En ajustar, sino hemos de pagarlo?

PAQUITO.

Solo sé que me toca obedecerla:
Tomar un aposento acomodado
Para ver la Comedia de esta tarde:
Y al Zapatero prevenir de paso
La haga para el surtido de este invierno
Diez docenas de pares de zapatos
De castor, torciopelo, y rasoliso. *vase.*

ESCENA II.

Don Juan y Don Zoylo, y luego la Criada.

D. JUAN.

Gran numen tutelar de los casados,
Tu que influyes en unos la paciencia,
Y en otros las industrias, á tí clamo;
Pues sin estas, ó aquella, no es posible
Salir á orilla de tan hondo charco.

D. ZOYLO.

Don Juan, ¡héroe feliz de nuestro siglo!
Varon fuerte, varon en cuyo aplauso
Ocuparse debieran muchas famas,
A no ser en Madrid los héroes tantos.

D. JUAN.

¿Yo héroe? ¿yo varon, D. Zoylo amigo?
No soy sino el mas debil renaquaxo
De la tierra, el mortal mas infelice
Que vieron en su especie los humanos.

D. ZOYLO.

¿Vos infeliz? ¿vos débil? ¡Ah que propio
Es de los Escipiones y Alexandros
La modestia, y desprecio de sí mismos!
¿Vos infeliz, Don Juan, siendo casado
Con una Dama tan gallarda moza,
De tanto rumbo, y tales ringos ranges,
Dama de tal talento y tanto gusto,
Que á quemarse el archivo de los diablos,
Nos pudiera formar código nuevo
De tocador, visitas y saraos?
¿Vos débil? permitidme que os desmienta:
Débil vos, que de asombros y de espanto
Llenais á los maridos mas gigantes,
Mas prudentes, y mas acomodados?
¡Vos débil, siendo Atlante de esta casa,
En cuyos ricos muebles brilla el fausto,
En cuyas mesas reyna la abundancia,
Y en cuyos trages vé recopilados
La admiracion el arte y los ingenios

De los propios artífices y extraños! [les,
¡Vos débil, y haceis mas con seis mil rea-
Que hacen otros con treinta mil ducados;
Esto sin cirinéo que os ayude,
Ni otro auxîlio que pueda deshonraros!
¿De qué ingenioso y esforzado Griego,
De qué glorioso Capitan Romano
Nos cuentan las historias tal hazaña?
Nos dirán quantos reynos conquistaron:
Lo que extender pudieron sus dominios:
Quantos Reyes uncieron á los carros
De sus triunfos: su brio, y su constancia
Igual en los desayres, y el aplauso
De la fortuna; pero no refieren
Héroes iguales á los que alcanzamos.
¡Feliz tiempo! Sin duda que los Dioses
Para nuestras edades reservaron
Lo mas de su poder, y á los maridos
Les dieron facultad de hacer milagros.

D. JUAN.

¡Ah semblante del hombre, Mongibelo
Que oculta en lo florido lo abrasado!

D. ZOYLO.

¿Qué es esto? ¿suspirais? ¿baxais los ojos?
¿Y sin darme respuesta alzais los brazos?
¿Teneis motivos de pesar?

D. JUAN.

Muy graves.

D. ZOYLO.

¿Por qué no los decis?

D. JUAN.

Porque los callo.

D. ZOYLO.

¿Tiene acaso remedio?

D. JUAN.

Con la muerte,
Que es el doctor de los desesperados.

D. ZOYLO.

¿No sois noble, Don Juan?

D. JUAN.

Nací en Vizcaya.

D. ZOYLO.

¿No sois docto?

D. JUAN.

En Osuna me graduaron.

D. ZOYLO.

¿No teneis quien os sirva?

D. JUAN.

De tormento.

D. ZOYLO.

¿Tiene honor vuestra esposa?

D. JUAN.

Demasiado.

D. ZOYLO.

¿No es linda como el sol?

D. JUAN.

Bien lo sabe ella.

D. ZOYLO.

¿No os traxo una gran dote?

D. JUAN.

Se ha gastado.

D. ZOYLO.

¿Y qué teneis al fin?

D. JUAN.

Lo que no tengo,
Que son dinero, crédito y descanso.

D. ZOYLO.

¿En qué pende?

D. JUAN.

¡Ay amigo de mi vida!
El sol por el estío no es mas claro
Que el honor de mi esposa, noble y bella:
Pero es muger, y una muger que ha dado
En el capricho de lucir mas que otras:
Una muger del genio mas amargo
En su casa, y mas dulce fuera de ella:
Una muger que al fin ha dominado

A su marido, y siempre le habla gordo,
Porque le vé de todos modos flaco.

D. ZOYLO.

Si fuera mi muger...

D. JUAN.

Yo me alegrára.

Sale la Criada seria.

CRIADA.

Mi Ama del tocador se ha levantado
Mas hermosa que suele, y con deseos
De venir á poneros como un trapo,
Y daros un mal dia.

D. JUAN.

Dila que entre,
Que yo se lo permito.

CRIADA.

Voy volando. *vase.*

D. ZOYLO.

Don Juan, ¿qué haceis?

D. JUAN.

Lo que qualquier cautivo
En los grillos del dueño mas tirano;
Que es tolerar con paz las sinrazones,
Por evitar suplicios mas infaustos.

D. ZOYLO.

¿De una muger temblais, y muger propia?

D. JUAN.

Las dos son causas del mayor tamaño;
Que si como muger es enemigo,
Es por ser propia mi mayor contrario.

ESCENA III.

Doña Lucrecia, y los dichos.

D.ª LUCRECIA.

Esta mañana, en que la inadvertencia
De las Criadas dió lugar á un gato
Para entrar en la alcoba á despertarme,
Y me vestí dos horas mas temprano;
Me ha parecido propia para quejas
Que á costa del dolor ocultó el labio.
Solo os buscaba, pero poco importa,
Señor D. Juan, que os halle acompañado,
Porque así mi razon tendrá un testigo
Que os convenza, si fuere necesario.

D. ZOYLO.

¿Qué nuevo estilo es este, mi Señora
Doña Lucrecia?

D.ª LUCRECIA.

Es tiempo de hablar claro,
Y con resolucion.

D. JUAN.

Pues si yo empiezo...

D.ª LUCRECIA.

En acabando yo de hacer los cargos
Podeis hablar, que en el Señor D. Zoylo
Tenemos medio Juez, siendo Abogado.

D. ZOYLO.

Y aun Juez entero, porque no me vencen
Interés ni hermosura.

D.ª LUCRECIA.

Acomodaos,
Que no seré molesta, pues justicia *sientanse*.
Clara, no necesita informes largos.
Yo me casé con vos de mala gana:
Porque si las figuras comparamos,
Es la desigualdad tan manifiesta
Como en las Codornices y los Grajos.
Pero al fin, me casé por ceremonia:
Traxe de dote quince mil ducados;
Y en mis gracias y mis habilidades,
Un tesoro que monta otros dos tantos.
Entre celebridades, parabienes,
Galas, joyas, convites y aparatos,
Pasé con gusto los primeros meses:
Estuve indiferente por dos años:
Con displicencia toleré el tercero,

Y por desesperarme estuve al quarto.

D. JUAN.

Ahora correspondia que se ahorcára *ap.*
Al quinto, si yo fuera afortunado.

D.ª LUCRECIA.

Se gastó mi dinero alegremente:
La mitad de las galas ya son trapos,
Y la otra mitad no son de moda:
Los bayles y visitas se acabaron,

D. JUAN.

Si se acabó el dinero. *ap.*

D.ª LUCRECIA.

Yo carezco
De las fiestas de toros, de los baños,
Y de la libertad de los Lugares
Los dos primeros meses del verano,
Con otras diversiones inocentes
Que la dá á su muger qualquier casado.
Estas prudentes reflexiones, estos
Desayres á una Dama de mi garbo,
Me han hecho reparar en el marido
Que le cupo á mi suerte: al contemplarlo
Dueño absoluto mio, pobre y feo:
Al contemplar perpetuo nuestro lazo:
Al verle á media luz en bata y gorro,
Y que nunca se muere aunque está malo:

La bella téz del rostro se me eclipsa,
Mi viveza fallece entre desmayos,
Y por fin, me sofoca la vergüenza
De que Dama de méritos tan altos,
Sepa el mundo que pudo haber tenido
Pensamientos tan necios y tan baxos.

D. JUAN.

Señora, á tan heroycas desvergüenzas,
Es preciso...

D. LUCRECIA.

Callad, que ahora empezamos.
En esta confusion, en este aprieto
Pasé noches y dias meditando
Medio que no se oponga á mis virtudes:
Un medio que en el público teatro
Exenta me mantenga y respetable,
Sin que decayga un punto de mi fausto;
Pero ya me cansé de discurrirle,
Y tampoco soy yo quien debe hallarlo.
Vmd. que de Marido de una Dama
Noble y rica tomó el dichoso cargo:
Vmd. que tuvo ideas tan altivas,
Con mala facha, y poco mayorazgo:
Y finalmente, vmd. que es cabecilla
De cuerpo tan gracioso y tan gallardo,
Es el que debe sostener sus miembros

En el vigor con que se lo entregaron.
Me resolví á decirlo, y ya lo dixe:
Tres horas doy á vmd. para pensarlo:
El caso es duro, pero son mas duras
Las resultas que habrá de lo contrario.

D. JUAN.

¿Qué puede sucederme?

D. ZOYLO.

Muchas cosas:
Lo mejor es echar por el atajo.
Señora, de la ley y la prudencia
Hacemos profesion los Abogados
Y los Jueces: y yo valído de ambas,
Hoy he de ver si es facil acordaros,
Cediendo cada uno.

D.ª LUCRECIA.

Yo no cedo.

D. ZOYLO.

Pero dexadme hablar.

D.ª LUCRECIA.

Será excusado.
El me ha de mantener en mis derechos
De rica y de Señora, ó le declaro
La guerra á sangre y fuego.

D. ZOYLO.

¿Con qué auxîlios?

D.ª LUCRECIA.

Con los que ofrece el siglo, que son varios,
Y todos espantosos y terribles.

D. ZOYLO.

¿Y quáles son?

D.ª LUCRECIA.

Sabreislo de aquí á un rato,
Si pasadas las treguas, mi enemigo
No se rinde á partido; y entre tanto
Sabed que no he nacido Musulmana
Para sufrir las leyes de un tirano
Dueño absoluto, siempre contenida
Con las fuertes murallas de un Serrallo.
Nací á ver, y ser vista entre los hombres
De Europa mas galanes y bizarros:
Y aunque el cortejo tuve siempre á menos,
El diablo hace lo mas en tales casos.

ESCENA IV.

Don Juan, y Don Zoylo.

D. JUAN.

Esta es muger, amigo, y muger propia.

D. ZOYLO.

Pues si es propia, ¿por qué no haceis un sayo

De ella, como podeis de vuestra capa?

D. JUAN.

¡Qué guerra que me espera, cielo santo!

D. ZOYLO.

Pues amigo, buen ánimo, y á ella,
Y no os acobardeis en todo caso.

D. JUAN.

No tengo gente, ni armas de moneda.

D. ZOYLO.

Con moneda no puedo yo ayudaros;
Mas puedo con amigos y consejos.
Un rato me aguardad, y al punto os traygo,
Para vuestra defensa, un abundante
Esquadron de maridos veteranos,
Que de la disciplina y ordenanzas
Matrimoniales puedan informaros:
Ellos os mostrarán quando convienen
Las retiradas, quando los asaltos,
Y como han de pactar los prisioneros
Con enemigos mas afortunados.

ESCENA V.

Don Juan, y la Criada.

D. JUAN.

Pretendientes de bodas ventajosas, [bo,
Que emprendeis con caudal de chicha y na-
Y sin meditacion esta carrera,
Contemplad un poquito este retablo.

Sale la Criada.

CRIADA.

Señor, que la envieis dice mi Ama
Un doblon de á ocho.

D. JUAN.

No tengo trocado.

CRIADA.

Y yo os digo que ya las prevenciones
De todas las dispensas se acabaron:
Que provida mi Ama ha dado el orden
De que al instante traygan quatro carros
De carbon.

D. JUAN.

Si tuviera las orejas
Como las mias, no encargára tanto.

CRIADA.

Que llegan esta tarde los Arrieros
Del aceyte, perniles y garbanzos
Todo con abundancia.

D. JUAN.

Que lo traygan,
Que no faltará en casa donde echarlo.

CRIADA.

Prevenid el bolsillo.

D. JUAN.

Si pagáran
Los Médicos á veces todo quanto
Recetan, puede ser que en las Boticas
No fueran conocidos mas de quatro.

CRIADA.

Y yo, aunque con rubor, tambien os pido
Los diez meses que tengo de salario
Caidos, y otros diez que necesito
Para hacer un vestido, adelantados.

D. JUAN.

¿Te ha mandado tu Ama sofocarme?
¿Teneis mas que pedir?

CRIADA.

A espacio, á espacio,
Que á una Criada, linda y petimetra,
La debe agasajar siempre su Amo;

La debe regalar, y no reñirla:
Y la debe... mas para qué me canso,
¿Ni cómo un mal marido de su esposa
Puede ser buen Señor de sus criados?
Un ciego, que no vé las perfecciones
De su parienta, un desconsiderado
Marido, que á muger como la suya
No la mantiene coche á tiros largos,
Gran mesa, gran tertulia, ni la sirve,
Para alfileres, con dos mil ducados,
¿Cómo ha de conocer lo que merezco,
Ni la merced que con servir le hago?
Agradezca al puntillo, y agradezca
A que entrambas queremos señalarnos
Prodigios de Madrid en nuestro sexô,
De ambicioso y de frágil acusado.
Pero aquesta virtud extraordinaria
Nos dá la facultad de desquitarnos,
Con hacernos soberbias, é insufribles,
Sino se premia con el agasajo,
Continuas diversiones, rendimientos,
Y prevencion de ideas y regalos.
Yo lo digo, Señor, no hay que mirarme.

D. JUAN.

¿Puede llegar á mas el desacato?
¿Cómo atrevida... pero tambien ¿cómo

He de reñir familia que no pago?

CRIADA.

Yo lo digo, Señor, y os aseguro
De nuestro pundonor; pero os añado,
Que el siglo, vengador de las mugeres
Oprimidas en los antepasados,
Para castigo de maridos tontos,
Miserables y feos, puso á cargo
De todo hombre de bien con uniforme,
(Como la edad no le haya jubilado)
De Estudiantes y Abates el despique,
Inclusives algunos Mayorazgos.
Estos hábiles cuerpos respetables,
Estos amigos del género humano,
Y de la sociedad mantenedores,
No se descuidan en cumplir su encargo:
Tienen astucia, tienen oro y brio,
Y en vengar á las Damas son exâctos.
Temed esta invasion, que os hablo séria:
Meditad este punto, que es muy árduo:
Finalmente, Señor, abrid el ojo
Con mis avisos, ó cerrad entrambos.

ESCENA VI.

Don Juan, Don Zoylo, y comparsa de Maridos de todas clases del Pueblo.

D. ZOYLO.

Amigo, albricias, que llegó el socorro.

D. JUAN.

Ya tarde llega: ¿pero qué reparo?
¿Permitis que un palurdo así profane
De mi parienta el primoroso estrado?

MARIDO 1.°

Marido por Marido, en la palestra
Nenguno como yo sabrá ayudaros.

D. ZOYLO.

Consejeros teneis de todas clases,
Y de todas fortunas.

MARIDO 2.°

¿Qué aguardamos?
El Consejo de Guerra se comience.

D. JUAN.

Los votos breves, útiles y claros.

D. ZOYLO.

Yo seré el Asesor.

D. JUAN.

Yo soy el reo;
Que sentencia de muerte sufra al cabo.

D. ZOYLO.

Suponiendo que ya de este afligido
Caballero os hallais bien informados
Por mí, como tambien de su parienta,
Cuyo inflexible genio, odioso y vano,
No dá partido á las moderaciones;
¿Qué decis?

MARIDO 3.°

Yo, que es fuerza tolerarlo;
Y que si hay majaderos que le presten,
La debe mantener con todo el fausto.

D. JUAN.

No sé trampear.

MARIDO 3.°

Tampoco yo sabia,
Pero al fin mi muger me lo ha enseñado.

MARIDO 2.°

Mejor es permitirlas que ellas busquen
Mayordomo á su gusto, que haga el gasto.

D. JUAN.

Eso nó, que no quiero que me diga
La Criada al entrar, que está ajustando
Su Ama las cuentas con el Mayordomo,

Y se infiera despues que la ha alcanza
MARIDO 2.º [tramp
Pues alguien lo ha de hacer, ó ha de ha
En casas donde el fondo es limitado,
Y es sin limitacion el desarreglo.
D. JUAN.
Los dos votos repruebo.
MARIDO 1.º
Sosegaos,
Que aun quedan dos arbitrios infalible
MARIDOS.
¿Y qúales son?
MARIDO 1.º
La seriedad, y el palo.
D. JUAN.
¿Con su amable mitad ha de estar seri
Un ilustre marido enamorado?
¿Ni la tierna estructura de una Dama
Se ha de desquadernar á los villanos
Tercos golpes de un rustico garrote?
MARIDO 1.º
Hacerle pulir antes, ó dorarlo,
Y darle siempre firme en la cabeza
Para dexar el cuerpo enquadernado.
D. JUAN.
¿Y qué dixera el mundo, al ver seguir

t un noble la opinion de un hombre baxo?

MARIDO I.º

nes seguid la opinion del Mayordomo,
no deslucireis nunca el penacho
le vuestras armas.

Sale la Criada.

CRIADA.

Mi Señora sale.

D. ZOYLO.

letiremonos todos á este lado,
Que una comparsa de Maridos fuertes
Es temible.

MARIDO I.º

Lo fuertes es el caso.

ESCENA VII.

Doña Lucrecia, y los dichos, y luego Paquito.

D.ª LUCRECIA.

No me salgo á quejar, débil esposo,
De que dividas mi opinion en vandos,
Que entre gente de gusto y de talentos,
Quanto diga esa tropa de espantajos,
No puede deslucir mi vanagloria;
Vengo solo á buscar mi desagravio

Con tu vergüenza, y con tu oprobio eterno.
Paquito.

Sale Paquito.

PAQUITO.

¿Qué mandais?

D.ª LUCRECIA.

Dile á tu Amo
Quien le viene á buscar.

PAQUITO.

Una comparsa
De acreedores, que os está esperando
Que salgais á paseo, cuenta en ristre.

D. JUAN.

¿Y quántos vienen?

PAQUITO.

No los he contado.
Allí hay gentes de todos exercicios,
Y de todas naciones: está el blanco
Peluquero Francés; el Zapatero
Adusto Catalan; el Italiano
Exacto Cotillero, y Sastre ayroso:
Está el impertinente Apoderado
Del hambriento Vizconde, que os alquila
Esta casa, y al fin, de los Cántabros
Invencibles están una docena
De embaxadores tercos, reclamando

El derecho que tienen todos cinco
Gremios mayores contra vuestro erario.

D. JUAN.

¿Todos me embisten juntos y crueles,
Todos contra mi vida se han armado?

PAQUITO.

No traen lanzas, espadas, ni trabucos;
Aunque os dispararán su cañonazo
Cada uno, con toda la metralla
De las desconfianzas que han formado.

D. JUAN.

¿No me brindaron ellos?

PAQUITO.

Discurrian
Que erais rico, y echaban á lo largo;
Pero ya piensan en ataros corto,
Desde que la pobreza averiguaron.

D.ª LUCRECIA.

¿Y yo debo pasar por esta afrenta?

D. JUAN.

¿No disfrutais tambien de los regalos?

D.ª LUCRECIA.

Es mentira.

D. JUAN.

Muger... ¿Qué no me ahogue
Esta pena?

MARIDO 1.º

¡Qué tonto es el hidalgo! *ap.*

D. JUAN.

Dí que dexen las cuentas, y que vuelvan
Mañana por la tarde mas temprano,
Y los despacharé... como hoy no puedo.
¿A qué amigo le iré con el petardo?

ESCENA VIII.

La Criada: los dichos menos el Page: comparsa de Cortejos.

CRIADA.

Señora, las amigas que han sabido
Vuestra desgracia, y os estiman tanto,
Envian auxîliar media docena
De Cortejos por hoy, asegurando
Que vendrá otro refuerzo quanto antes:
Y añaden, como sábias, que el reparo
Que hasta aquí habeis tenido, á vuestras gra-
La mitad de los brillos ha eclipsado. [cias,

D.ª LUCRECIA.

Ya lo sé; pero mas que no su exemplo,
Pueden mi vanidad, y mi recato.

CORTEJO 1.º

Madama, aunque jamás cultos decentes
De recomendacion necesitaron,
Hay deydades que solo al comun ruego
Se dignan de admitir los holocaustos.

CORTEJO 2.º

Yo hablo poco, Señora, pero al alma:
Tiempo queda despues para insinuarnos.

MARIDO 1.º

Si vmd. me permitiera que insinuára
Mi cariño á los seis con seis abrazos...

D. ZOYLO.

Aquí de la constancia.

D. JUAN.

Aquí de un Turco,
Que me deguelle de un chafarotazo.

ESCENA ULTIMA.

El Page y todos.

PAQUITO.

¿Señor?

D. JUAN.

¿Ya me conduces los dogales
Que me deben ahogar, amigo Paco?

PAQUITO.

Pluguiera al Cielo que ellos fueran solos
Las pesadumbres, y el dolor que os traygo;
Instrumento hay de filo mas agudo
En estotro papel, para mataros.

D. JUAN.

¿Pues qué papel es ese?

PAQUITO.

Es una carta
En que os dan cuenta los Arrendatarios
Del Meson, de las Casas y Bodegas
Que forman vuestro corto mayorazgo...

D. JUAN.

¿Qué me dicen? ¿qué todas se han caido?
Habla, Paquito.

PAQUITO.

No me dexa el llanto.
Señor, gracias á Dios, no ha sido eso...

D. JUAN.

¿Pues qué ha sido?

PAQUITO.

Que todo se ha quemado.

D.ª LUCRECIA.

Este caso me desazona un poco.

D. ZOYLO.

¿Se dice quién ha sido el incendiario?

PAQUITO.

Fue un descuido.

D.ª LUCRECIA.

¿Quién tuvo ese descuido?

PAQUITO.

Una vieja, que estandose espulgado
A la luz de un candil, la rindió el sueño.

D. JUAN. *haciendo gestos.*

Arda Troya; pues yo tambien me abraso.

D. ZOYLO.

Amigo, ¿á quién llamais?

D. JUAN.

Llamo á la muerte,
Y no quiere venir, quizá temblando
Que la dé mi muger de bofetadas:
¿Para quándo, Septiembre, para quándo
Se hicieron tus enginas, tus postemas,
Tus tabardillos, y tus arrebatos
De la sangre y humores subalternos?
Corazon, ¿dónde estás que no te hallo
Para pelarte vivo? Mas parece
Que ya en el pecho está revoloteando.
Ya parece que sube... pero baxa.
Mas ya subió del todo, y ya tomando
Mas fuerzas para dar el postrer vuelo,
Le siento en el gaznate atrabesado.

Ya me voy á morir...de aquí á un poquito.
Ya saliste de maulas, dueño amado:
Ahora al fin quedas bien, que quedas viuda,
Y con todo tu dote malgastado.
Pero parece que esto vá de veras...
¡Sopla cómo me aprieta este zapato!
Quien no tiene de qué hacer testamento,
No necesita de testamentarios.
Sola una manda déxo... ya la vista
Flaquea... para exemplo... ya me caygo...
Cuidad, amigo, pues, que en mi sepulcro
No se ponga mas letra ni epitafio *á Don*
Que... *Zoylo.*

D. ZOYLO.

¿Qué? breve, decid.

D. JUAN.

¿Breve? ¿os parece,
Amigo, que yo puedo girar largo?

D. ZOYLO.

¿Qué?

D. JUAN.

Por una muger soberbia, y loca,
Aquí yace un Marido sofocado. *cae.*

D. ZOYLO.

Como no pongan otro, será facil
Con muchos en Madrid equivocarlo.

D.ª LUCRECIA.

¡Qué hombre! ni aun morir supo con gracia.

TODOS.

¡Qué tragedia!

CRIADA.

¡Qué lástima de Amo!

D.ª LUCRECIA.

Aunque no merecia mi memoria
Hombre tan para nada, es necesario
Que se venda un relox para su entierro,
Con la pompa mayor, y el aparato
Conforme á quien yo soy. Vmds. vengan
Al gabinete á consolarme un rato,
Concibiendo esperanzas el mas digno
De ser dichoso al fin del novenario. *vase.*

MARIDO 2.º

El caso de este bobo, compañeros,
Dexa nuestro dictamen afirmado.

MARIDO 1.º

El mio es mas seguro, pues todo esto
Y mas evitan seriedad y palo.

D. ZOYLO.

Enterremos al muerto, y á los vivos
Escarmiente su boda, y su epitafio.

NOTA.

Aunque habia resuelto dexar para mas adelante los Saynetes de Majos, y de otros asuntos igualmente vulgares: habiendome reconvenido algunas Personas, á quienes les parece que no carece de mérito este género de Piezas, que no pueden dexar de ser originales; he determinado poner en este tomo el siguiente.

LA MAJA MAJADA.

Nadie trata á los Tunos
como las Majas,
que tan pronto los quieren,
como los plantan.
Y ellos á ellas,
que tan pronto las toman,
como las dexan.
¡Qué viles tratos!
Para cariños firmes,
los Cortesanos.

PERSONAS.

COLASA, *Maja de rumbo.*
PATRICIO, *su Majo.*
BLAS, *su Marido.*
MENEGILDO, *Majo de*
BASTIANA, *otra Maja.*
D.ª PETRA, *su hermana.*
PEPA, *vecina de Colasa.*
D. SATURIO, *Vizcayno.*
D. MAURICIO, *Petimetre.*
ALCALDE DE BARRIO.

La Escena se supone en Madrid.

Casa pobre, donde se vé Colasa de maja partiendo cascajo á una mesa, y encima una cesta de frutas, caxas de turron, un almirez, &c. y canta.

MUSICA.

„Quien no vive en la calle
„de la Paloma,
„no sabe lo que es pena
„ni lo que es gloria.
„Toma piñones,
„que me gusta la gracia
„con que los comes.

Sale Blas.

BLAS.

Muy buenas noches, muger.

COLASA.

Marido, tales las tengas.

BLAS.

¿Es hora de que cenemos

ya?

COLASA.

¿Hombre, tienes conciencia?
¿conoces algun Christiano
que cene en la Noche buena?

BLAS.

Todos.

COLASA.

Harán colacion.

BLAS.

Lo mesmo es.

COLASA.

¿Y tu la hicieras
si ayunáras?

BLAS.

¿Qué, no ayuno?
mejor que tu.

COLASA.

Buena es esa,
y almorzaste un quarteron
de queso, y una libreta.

BLAS.

Eso fue por la mañana;
y lo que dicen las letras
del Kalandario, es vegilia
por la noche.

COLASA.

Pues haz cuenta
que ayunas, y acuestate
sin cenar.

BLAS.

¡Qué braya cesta
de frutas!

COLASA.

Para tí estaba
aquí: mira si la dexas,
ó te abro con el martillo
en la frente una tronera
por donde salgan á Misa
del Gallo las tres potencias.

BLAS.

En no estando Don Patricio
aquí, no hay diablos que puedan
aguantarte.

COLASA.

Calla, Blas.

BLAS.

Digo bien. Sí.

COLASA.

¿Quánto apuestas
¿que te sacudo?

BLAS.

Dale:
¿no callo ya?

COLASA.

Blas...

BLAS.

Paciencia.

COLASA.

Mientras yo parto el cascajo, *Blas la*
machaca tu esas especias. *obedece.*

CANTA.

„Toma castañas,
„verás que gusto tienen
„á resaladas.

Sale Pepa.

PEPA.

Vecinita, buenas noches.

COLASA.

¿Qué tarde que bienes, Pepa?

PEPA.

Que quies: cada una en su casa
tiene tal noche como esta
que hacer su poco, ó su mucho.

COLASA.

¿A qué viene esa fachenda,
si eres como el caracol,

y sales á cenar fuera
de casa?

BLAS.

¿Vienes acá?

PEPA.

Sí Señor.

BLAS.

Señal que hay cena.

PEPA.

¿Quieres que te ayude?

COLASA.

Sí,
vé partiendo nueces, mientras
yo mondo.

BLAS.

Machaca tu,
yo mondaré.

COLASA.

Blas...

BLAS.

Paciencia.

PEPA.

¿Y Patricio?

COLASA.

¿Qué sé yo?
Si en dando las seis y media

no ha parecido, á las siete
ya estoy yo de centinela
á la puerta de la calle;
y la pregunta primera
no se la haré yo.

PEPA.

¿Pues quién?

COLASA.

Esta manita derecha,
con un sopapo tan limpio,
que antes que llegue, las muelas
se le han de salir de miedo
con el ayre que he de hacerlas.

BLAS.

Así él te diera otro igual,
y con eso me comiera
yo solo todo el turron.

PEPA.

No discurro yo que venga
tan pronto. *con fisga.*

COLASA.

¿Por qué?

PEPA.

Por nada.

COLASA.

Eso de por nada, dexa:

vamos gomita ; que quando
los mudos hablan , licencia
tienen de Dios , como dixo
el otro.

PEPA.

Muger , ¿qué seas
asina ? si ha sido gana
de hablar.

COLASA.

Pues ya que comienzas,
prosigue , y dimelo todo,
maldita sea tu lenga.

PEPA.

La tuya : y mira como hablas,
Nicolasa.

COLASA.

Mas valiera,
que tu lo miráras antes.

PEPA.

¿Pues yo qué te he dicho ?

COLASA.

Pepa,
dime donde está ese hombre.

PEPA.

Si no es mas que una sospecha.

COLASA.

Pues cuentamela.

PEPA.

No quiero
que te dé la ventolera,
y que digan que yo hę sido
ocasion de una pendencia.

COLASA.

¿Y qué te parece á tí,
que si callas no ha de haberla?

PEPA.

¿Con quién?

COLASA.

Contigo: porque
si al instante no me cuentas
lo que sabes, me encaramo
en cima de tu conciencia,
y te hago de cada brinco
echar un pecado fuera.

PEPA.

Anda fuera, volatina.

COLASA.

¿Lo quieres ver?

PEPA.

Ten prudencia,
y arrepara que no es justo

el que por nosotras pierda
la calle de la Paloma
la opinion de su grandeza,
y del juicio y la quietud
de quantos viven en ella.

BLAS.

Dice bien la Pepa: basta
que viva yo.

COLASA.

Calla, bestia: *á Blas.*
y dime de bien á bien
lo que hay. *á Pepa.*

PEPA.

Una friolera.
Que esta mañana encontró
Don Patricio, en las fruteras
de la plaza, á la Bastiana...

COLASA.

¿Y la habló? *viva.*

PEPA.

Anduvo con ella
un rato, y la regaló,
segun dicen malas lenguas,
un pabo de peso gordo,
y dos cayas de jaléa:
con que como no ha venido

todavia, y sé que hay fiesta
en casa de la otra, puede
que busque dos Noches buenas.

COLASA.

No tendrán sino una y mala
entrambos, como yo pueda.
Blas, ponte presto la capa,
y ven conmigo. *coje la mantilla.*

BLAS.

¿Qué idea
te ha dado?

COLASA.

Ponte la capa,
y no chistes, ni te metas
en mas.

BLAS.

¿Pero á dónde vamos?

COLASA.

A los infiernos.

PEPA.

¡Que tengas
ese genio!

COLASA.

No tengo otro.
Ten cuidado de la puerta, *á Pepa.*
y de esas quatro ensaladas,

que presto daré la vuelta:
si viene gente, que espere.
Si por desgracia le encuentra
mi furor con la Bastiana,
y ella sale á la defensa,
del primero puntapié
la hago subir tantas leguas,
que quando baxe, ya estemos
á mediado de Quaresma. *vase.*

PEPA.

Muger, no seas tan loca.

BLAS.

El diablo que la detenga. *vase.*

Mutacion de sala, donde están baylando y cantando Bastiana de maja, Doña Petra de escofieta, Don Mauricio, Don Saturio, &c. y luego sale Menegildo, oficial menestral, borracho.

CANTA.

„Una Maja idolatro,
„porque las Majas
„corresponden con todas
„sus circunstancias.
„Y en las Usias,
„son las correspondencias.

„falsas, ó tibias.

BASTIANA.

Baylar y cantar á un tiempo,
no hay gargantas que lo puedan
aguantar.

D. MAURICIO.

Tambien se lucen
á un tiempo voces y piernas.

D.ª PETRA.

El baylar sin instrumentos,
parece baylar á secas.

D. SATURIO.

Diablos, cantoras mal baylas
guitarras quando no suenas.

D. MAURICIO.

¿No te he dicho ya que calles,
primo, hasta que hables y entiendas
el Castellano?

D. SATURIO.

Castillas
tiene demonios en lenguas,
y Angeles en caras mozas,
que vuelven almas mantecas.

BASTIANA.

Parece que al Vizcayno
las muchachas de esta tierra

no le desagradan.

D. SATURIO.

Diablos,
que tienes almas traviesas.

D. MAURICIO.

Pues ya te he dicho que no
tienes que llegar á esta: *por D.ª Petra.*
echa por otro camino,
é ingeniate como puedas.

D. SATURIO.

Para caminos, ingenios
sobran, si faltan pesetas.

D.ª PETRA.

¡Lo que tarda tu marido!

BASTIANA.

Quizá estará en la taberna
esta noche hasta las doce.

D.ª PETRA.

¡Y que tu se lo consientas,
hermana!

BASTIANA.

¡Qué tonta eres!
Es cucaña manifiesta
tener marido borracho;
pues aunque haga lo que quiera
una muger, entre y salga,

no chista; y quando se queja,
no le cree ninguno, y todos
la compadecen á ella.

D.ª PETRA.

Yo me avergüenzo.

D. MAURICIO.

Por cierto *ap. los 2.*
que son vmds. diversas
en el modo de pensar,
de hablar, y aun en la apariencia;
pues vmd. es toda filis,
y su hermana ordinariezas.

Sale Menegildo turbado.

MENEGILDO.

Por siempre sea alabada
la Divina providencia.

BASTIANA.

Eh, ya viene como suele.
Dios te la depare buena.

D. MAURICIO.

Muy buenas noches, Señor
Hermenegildo.

MENEGILDO.

La media
en punto.. chis.. *tibi Christi,* *estornuda.*
qui fecit Ingalaterram.

D. SATURIO.

Paysanos, ¿no miras patas *le ha pisado*
donde pones, que rebientas? *Herm.*

MENEGILDO.

¿Qué hacen vmds. á escuras?
tambien es buena simpleza
habiendo luz. Sebastiana,
¿y las despaviladeras?

BASTIANA.

A la vista están.

MENEGILDO.

Chitito,
y poquitas desvergüenzas,
que en hablando yo formal,
no hay que volver á la cuenta.

BASTIANA.

Cuidado lo que haces.

MENEGILDO.

Mientes,
Espavilando sin, atinar.
Vaya otra, estate quieta:
ola, parece que quiere
burlarse de mí la vela:
pues juguemos limpios: dale:
¿á mí te vienes con esas?
toma. *dá un soplo á la luz, y la apaga.*

BASTIANA.

¿Qué has hecho, borracho?

MENEGILDO.

Lo que qualquier hombre hiciera:
mirar por tu honra, y la mia.

D. MAURICIO.

Aquí está: voy á encenderla. *coge la y vas.*

MENEGILCO.

Parece que aun es de noche,
muger.

BASTIANA.

¿Por qué no te acuestas?

MENEGILDO.

Luego: aguardate un poquito
á que repose la cena.

BASTIANA.

Sientate.

MENEGILDO.

Bien: pero calla,
que voy á rezar completas.

D. MAURICIO. *vuelve con la luz.*

Estará vmd. divertida
con este hombre.

D.ª PETRA.

No viviera
con él, aunque mil doblones

tuviese al año de renta.

BASTIANA.

Pues yo vivo, y muy gustosa...
pero han llamado á la puerta.

MÉNEGILDO.

Oyes, Bastiana, si vienen
á saber de la taberna
qué es lo que yo debo; diles
que apunten azumbre y media,
que una cosa es el dinero,
y otra cosa es la concencia.

BASTIANA.

¿Quién es á estas horas?

Salen Colasa, y Blas.

COLASA.

Yo.

BASTIANA.

¿Qué buena venida es esta?
¿Colasa, tu por acá
á esta hora, en Noche buena?

COLASA.

No vengo á cenar; no tienes
que asustarte.

BASTIANA.

Aunque vinieras,
creo que no faltaria.

COLASA.

Ya lo huelo : en casa llena
presto se guisa el potage.

BASTIANA.

Sientate.

COLASA.

Vengo de priesa.

BASTIANA.

¿Y qué tienes que mandar ?

COLASA.

¿Reñiremos ?

BASTIANA.

Como quieras.

COLASA.

Mas vale que nó.

BASTIANA.

Mas vale.

COLASA.

Pues si quieres que fenezca,
como dicen, la visita
en paz y concordia : suelta
al punto el pabo cebado,
y las caxas de jaléa
que has estafado á Patricio.

BASTIANA.

Colasa, ¡qué desatenta

y provocatiba eres!

D.ª PETRA.

¡Se dará tal desvergüenza!

COLASA.

A vmd. no la dan golilla,
Señora Doña Escoñeta,
para este entierro.

BLAS.

Bien dicho.

BASTIANA.

Colasa, ¿vienes de veras
por esos chismes?

COLASA.

Andando.

BASTIANA.

Pues tiene mucha manteca
el pabo en la rabadilla,
para que yo te le ceda.

COLASA.

Vengan el pabo y las cajas.

BASTIANA.

¿Las cajas? Vuelve por ellas
en comiendome yo el dúz
te daré las tapaderas.

COLASA.

Mira, que ya se me van

poniendo azules las venas.

BASTIANA.

Señal de sofocacion:
dí que te echen sanguijuelas,
mientras me como yo el pabo,
que á Dios gracias estoy buena.

COLASA.

¿Te burlas de mí?

D.ª PETRA.

Hace bien:
y es una gran insolencia
el venir á provocarla.

D. MAURICIO.

Usté en eso no se meta,
Doña Petronila.

COLASA.

Arroz,
mi Señora Doña Petra,
hermana de la Bastiana,
pasanta de Muñuelera,
en las Vistillas: recoja
usté ese Don, que le cuelga,
porque está mal hilbanado.

BASTIANA.

Para esto ya no hay paciencia.

COLASA.

¿Y qué harás tu?

BASTIANA.

¿Qué haré? Toma. *zurra.*

COLASA.

Vuelvo: y á ver por quien queda.

MENEGILDO.

Poco á poco, que hay delante
gente de forma.

BLAS.

¡Qué terca
es esta muger! La dixe
cien veces, que no viniera.

COLASA.

¡Qué no trayga yo el rejon!

Sale Patricio.

PATRICIO.

Tengan vmds. muy buenas...
¿Aquí estás? ¿Cómo te atreves *á Col.*
á salir sin mi licencia
á estas horas de tu casa?

BLAS.

Me alegro, para que vea,
que quando yo hablo, algo digo.

PATRICIO.

Parece que no escarmientas;

pues escarmentarás. Vamos
dexando esta gente quieta:
arrecoge la mantilla,
y á casa.

COLASA.

¿Yo á casa? Dexa.
Mientras no me lleve el pabo,
y las cajas de jaléa,
que le has dado á esta golosa,
no me he de ir aunque me muera.

PATRICIO.

Te digo que vamos.

COLASA.

Ya
digo, que no quiero.

PATRICIO.

Ea:
haz lo que mando, y no demos
que decir en casa agena.

COLASA.

Sino me he de ir.

PATRICIO.

Señor Blas,
obliguela usté á que venga,
como marido.

BLAS.

¿Yo? es cierto
que el empeño la hará fuerza.

COLASA.

Si no he de ir.

PATRICIO.

Irás.

COLASA.

No iré.

PATRICIO.

Pues irás de esta manera. *sogela del bra-*
zo.

COLASA.

Ay, ay, ay.

MENEGILDO.

Poquita bulla,
que me duele la cabeza.

COLASA.

Pícaro, falso: por tí
me veo yo en esta afrenta.
Pero me la he de comer. *sueltase y*
vuelve.

BASTIANA.

Veremos.

Sale el Alcalde.

ALCALDE.

¿Qué bulla es esta?
La Justicia.

D.ª PETRA.

¡La Justicia!
¡ay de mí! ¡que se me altera
el corazon! ¡ya la vista
se desbanece, y flaquea
la máquina! ¡yo desmayo! *se desmaya de rodillas.*

D. MAURICIO.

Saturio, trae agua fresca.

D. SATURIO.

Aguas, no sabe cozinas *aturdido*
tinaja donde están puestas.

ALCALDE.

¿Qué es esto?

PATRICIO.

Señor Alcalde,
ha sido una friolera.

ALCALDE.

Alguna causa ha de haber
donde hay voces y pendencia;
y yo quiero averiguarla.
Nadie hable palabra, mientras
yo pregunto á cada uno
de por sí. ¿Quién es la dueña
de la casa?

BASTIANA.

Yo.

ALCALDE.

¿Y el dueño?

COLASA.

Este Caballero.

ALCALDE.

Venga
usté acá: ¿parece que
tiemblan un poco las piernas?

MENEGILDO.

El sereno de la noche....

ALCALDE.

Ya: ¿qué bulla ha sido esta?

MENEGILDO.

¿Quál?

ALCALDE.

La que vmds. tenian.

MENEGILDO.

Sino hay en casa vihuela,
¿cómo ha de haber bayle? Vaya
que toda esta gente sueña.

ALCALDE.

¡Qué bueno estás tu! Mocito,
¿quién es vmd?

D. SATURIO.

¿Yo? de Menas
real Valles nacer Saturios

Giles, Guarricochitenas,
antiguos nobles Adanes
solares mucho mas que Evas.

ALCALDE.

¡Brava clase de testigos
son los que se me presentan!
Caballerito.

D. MAURICIO.

Señor,
hasta que esta Dama vuelva
en toda su luz, están
en ocaso mis potencias.

ALCALDE.

Tambien es bueno.

MENGUILDO.

De modo,
que el hombre que no se alegra
hoy, no es hombre para nada:
¿se hace usté cárgo?

ALCALDE.

¡Qué buena
está tu alma! ¿Usté quién es? *á Blas.*

BLAS.

Yo soy el marido de esta.

ALCALDE.

¿Y vmd. Señor Guapo? *á Patricio.*

PATRICIO.

Yo,
Señor Alcalde, un qualquiera.

ALCALDE.

¿Y á qué se viene aquí?

PATRICIO.

A dar
á esta mozita una folpa,
porque sale de su casa
sin pedirme á mí licencia.

ALCALDE.

¿Y usté qué dice á esto? *á Blas.*

BLAS.

¿Yo?
Allá los dos se lo avengan.
¿No se lo dixe yo antes
de salir, que no saliera?

ALCALDE.

¿Qué, no manda usté en su casa?

BLAS.

Señor Alcalde, aunque sea
descortesia: ¿y vmd.
si es casado, manda en ella?

ALCALDE.

Si Señor, y mi muger,
en viendome, es la primera

que se pone á temblar, sin
que nadie á chistar se atreva,
hasta que yo doy la orden.

BLAS.

Será la Señora vieja.

ALCALDE.

No es sino mòza y bonita.

BLAS.

¿Muchacha, bonita, tiembla
en entrando su marido,
y en todo vive sujeta
á su mercé, en este siglo?
vaya que usté se chancea:
ningun casado és posible
que trague esa berengena.

ALCALDE.

¿Por qué?

BLAS.

Porque cada uno
echa plantas por defuera
de su casa, y dentro hace
lo que quiere la parienta.

MENEGILDO.

Pues quando lo dice Blas,
punto redondo.

D. MAURICIO.

Ya alienta
esta Señora.

D.ª PETRA.

¡Ay Jesus!

COLASA.

¿Con tantas preguntas hechas,
qué ha sacado vmd. en limpio?

ALCALDE.

Que esto es una borrachera:
y que sino se separan
todos, haré yo que venga
quien los separe.

MENEGILDO.

Bien hecho.

PATRICIO.

De suerte es, y de manera,
Señor Alcalde, que á mí
no me agrada esa sentencia.

ALCALDE.

¿Por qué?

PATRICIO.

Porque usté no sabe
la causa de la contienda.

ALCALDE.

Nó por cierto.

PATRICIO.

Pues ha sido
por dos caxas de jaléa,
y un pabo, que he regalado
esta mañana yo á esta.
De esto se ha picado estotra,
y quiere que se lo vuelva,
porque está en la actualidad
de que yo la favorezca:
con que *dividatur linfas*;
ó juntense las meriendas,
y unánimes y conformes
celebren la Noche buena,
las Pasquas, y si quisieren
tambien las Carnestolendas;
que yo me rio de todas,
(y de las dos las primeras)
y me voy con su permiso,
á otra parte con la orquestra.
Colasa, salud, y Dios
te dé lo que te convenga.
Don Blas, aplicar el hombro,
que esto se acabó, paciencia. *vase.*

COLASA.

¿Qué esto me suceda á mí?

BLAS.

Muger, has quedado fresca.

BASTIANA.

Animo, amiga Colasa.
que una cosa es la quimera,
y otra es la paz: por fin basta
que seas muger, y te dexa
un pícaro, para que
las mugeres de honra sean
de su parte.

COLASA.

Antes que otro
vuelva á escuchar de mí..

BASTIANA.

Dexa
los juramentos, y vamos
á que si nos da licencia
el Señor Alcalde, todo
en diversion se convierta.

ALCALDE.

Como sea con quietud,
muy bien.

MENEGILDO.

Toda es gente quieta:
y basta que yo lo diga.

ALCALCE.

¡Qué valiente gentezuela! *ap.*
¡Quánto para dirigirla
es menester conocerla,
y las ridículas causas
de sus chismes y quimeras!
A Dios. *vase.*

TODOS.

Señor, muchas gracias.

BASTIANA.

¿Todavia estás suspensa,
Colasa?

COLASA.

No estoy pensando
en eso.

BASTIANA.

¿Pues en qué piensas?

COLASA.

Solamente en acordarme
de una Tonadilla buena,
porque con ella se dé
mas regocijo á la fiesta;
y que se ahorquen los hombres,
sabiendo que si nos dexan
alguna vez, los dexamos
nosotras á ellos quarenta.

BASTIANA.

Y que no es mentira. Blas,
ves á traer á la Pepa
á hacer colacion. En tanto *á Colasa.*
canta la Tonada buena
que has ofrecido.

COLASA.

No quiero
que digan que me lo ruegan,
dempues de malo. Allá vá,
y sino gusta, paciencia.

Con la Tonadilla concluye este intermedio.

Reflexion que ha ocurrido al Traductor de la Comedia que sigue al tiempo de ver las pruebas para su impresion.

¿Quién pudiera creer que el discreto, juicioso y justamente aplaudido Mr. de *Beaumarchais*, Autor de *Eugenia*, lo sea igualmente de *La Folle journè*, ó *Mariage de Figaró*? ¡Qué diferencia! Quando acabé de leer la segunda de estas dos Piezas, tan lleno de fastidio como escandalizado, no pude menos de acordarme de aquellos dos versos, que tan agudo como sentencioso dixo Boileau por Moliere:

Dans ce sac ridicule où Scapin s' envelope,
*Je ne reconois plus l' Auteur du Misanthrope.**

Y de exclamar á su imitacion:

De Figaró en la imagen falsa, y escandalosa,
Desconozco el Autor de Eugenia lastimosa.

¿Y quién pudiera tampoco persuadirse que los Franceses, aquellos mismos Franceses que se atribuyen el Imperio de la Poësía Dramática, decantando sus *Cinnas*, sus *Fedras*, *Atalias* *Tebaidas* y *Cides*.... sus *Misantropos*, *Tartuffes* y *Escualas* &c. habian de aprobar, sostener, y aplaudir á *Figaró* hasta el exceso de la 89 representacion? ** ¡Ah, qué consequencias tan evidentes se pudieran deducir de esta reflexion mia para convencer á los obstinados Apologistas de los Teatros Extrangeros calumniadores absolutos del Español abatir su orgullo pedantesco, y hacerles confesar que la novedad y la extravagancia en todas partes triunfan del juicio de los hombres, y del decoro público!

* Boileau. Art. Poet. v. 399. 400.

** Asi consta en el Diario de Paris de 24 de Julio de este año.

EUGENIA.

TRADUCCION DE LA COMEDIA FRANCESA
CON EL PROPIO TITULO.

EN CINCO ACTOS.

. . . . . *¡Oh si*
los hombres hicieran cuenta
consigo de los pesares
que el ser malvados les cuesta!
El Lord Act. I.

PERSONAS.

EL BARON HARTELI, *padre de Eugenia.*
EL LORD CONDE DE CLARENDON, *amante y creido esposo de la dicha.*
MADAMA MURER, *tia de*
EUGENIA, *hija del Baron.*
CARLOS, *hermano de Eugenia.*
CORBELÍ, *Capitan de alto bordo.*
DRINK, *Ayuda de cámara del Conde.*
BETSÍ, *Criada de Eugenia.*
ROBERTO, *Lacayo de Mad. Murer.*
Criados armados que no hablan.

La Escena es en Londres.

Salon á la Francesa, del mejor gusto: al fondo habrá dos cofres, algunas maletas, y demás equipage, que manifieste acabar de llegar sus amos. A un lado una mesa con recado de servir café. Las Damas estarán sentadas cerca. Madama Murer leyendo junto á una de las luces. Eugenia tendrá alguna labor de bordado. El Baron estará sentado detrás de la mesa, y Betsí á su lado en pie con un plato, un vaso y una botella de camino: echa de beber al Baron, y luego mirando á todas partes dice.

ACTO I.

BETSI.

Qué bueno está todo esto!
aunque lo que mas me peta

es el quarto de mi Ama.

BARON.

¿Quál? ¿este de la derecha?

BETSI.

Sí Señor: y á un corredor
se sale por esa puerta,
que al quarto de mi Señora
comunica una escalera.

BARON.

Ya lo entiendo: ese de arriba.

MADAMA MURER.

¿No salís? que ya son cerca
de las ocho.

BARON.

Sí Señora:
rato ha que con impaciencia
estoy aguardando un coche.
Y tu, mi querida prenda,
¿no me dices nada? hija,
¿qué se han hecho las modestas
alegrias de tus ojos,
y tu natural viveza?

EUGENIA.

Estoy un poco cansada
del camino.

BARON.

La molestia
no será mucha, pues has
pasado la tarde entera
en el jardin con tu tia.

EUGENIA.

¡Está la casa tan bella!

MADAMA MURER.

Cierto que está primorosa.
Aquí como en todo muestra
nuestro Conde su buen gusto;
y os aseguro que en ella
nada habrá que desear.

EUGENIA.

Si no que su dueño venga. *ap.*

Sale Roberto.

ROBERTO.

Señor, el coche.

BARON.

Está bien.
Sacame con ligereza
mi sombrero y mi baston.

MADAMA MURER.

Es preciso quando puedas,
Roberto, desocupar
estos cofres y maletas,

poniendolo todo en orden.

BARON.

¿Dónde dices que se hospeda
el Capitan Corbelí?

ROBERTO.

En el barrio baxo, cerca
del baño.

BARON.

Ya sé donde es.
Dale al Cochero las señas. *vas. Rob.*

MADAMA MURER.

Espero no olvidareis
que la obligacion primera
de todas es visitar
al Lord Conde, aunque se sepa
que está en Vindsor: es un hombre
muy galan, de la primera
clase, muy amigo mio,
y nos dá esta casa mientras
estemos en Londres: con que
mas que atencion será deuda
este obsequio.

BARON.

¡Oh! el Conde tal... *remedandola.*
muy galan, de la primera
clase, muy amigo mio...

¡Qué bien que todo esto llena
la boca de una muger vana!

MADAMA MURER.

¿Qué, no os hace fuerza?
¿no quereis ir?

BARON.

Sí Señora;
pero tres veces con esta
me lo habeis ya dicho. Iré
á presentarme á la vuelta
de casa del Capitan,
que es primero.

MADAMA MURER.

En quanto á esta
visita, hareis lo que os guste,
que á mi nada me interesa,
ni le quiero ver aquí.

BARON.

Tambien es buena estrañeza
con el hermano de un hombre
que de hoy á mañana espera
desposarse con mi hija.

MADAMA MURER.

Aun no está la boda hecha.

BARON.

Pero es lo mismo.

MADAMA MURER.

No lo es.

¡Valgame Dios, y que ideas,
Señor, tan irregulares
se os ponen en la cabeza!
Casar vuestra amada hija
con un hombre de setenta
ó mas años, que no tiene
sino unas escasas rentas,
y mas ridículo aun,
segun todos lo contextan,
que su hermano el Capitan,
que á la verdad no es pequeña
ponderacion.

BARON.

Poco á poco,
hermana, que en mi presencia
no sufriré que se ultrage
un Oficial de entereza,
de valor, y de amistad
tan antigua y tan estrecha
conmigo.

MADAMA MURER.

Yo no desprecio

su valor, ni su nobleza:
lo que yo quiero decir
es que necesita Eugenia
un marido de su edad,
que la conozca y la quiera.

BARON.

Eso no será tan facil,
segun los hombres de hoy piensan.

MADAMA MURER.

Ese es un motivo mas
para escogerle que sea
amable.

BARON.

Un hombre de bien.

MADAMA MURER.

No son virtudes opuestas.

BARON.

Casi siempre; pero en fin
toda mi palabra media,
y esto ha de ser.

MADAMA MURER.

No es dificil
conseguir el que la vuelva.

BARON.

¡Qué muger! ¡pero os parece
que en tal caso me volviera

alterado.

el convenio que hemos hecho
de pagar dos mil guineas
el primero que del trato
se retire, ó se arrepienta.

MADAMA MURIEL.

Ni yo quiero disputar
ni vos, en la inteligencia
de mi oposicion, debisteis
concluir esta materia:
y asi aunque os cueste el dinero,
no conseguireis que os ceda
mi dictamen. Me hallo viuda
hacendada, y con riquezas:
mi sobrina está pendiente
de mi gusto, y solo espera
su fortuna de mi mano
y es justo, despues de muerta
su madre, (que de Dios goce)
como me tocó la pena
de educarla, que me toque
tambien la de establecerla.

Lo he dicho cien veces; pero
no hay forma que se me entienda.

BARON.

Inútil será escucharos.
Yo me voy. A Dios, Eugenia,

que tu me obedecerás
¿No es así? tengo mil pruebas
de tus respetos á Dios
MADAMA
Allá vayas, y no vuelvas
con tu Corte, Sobrina,
si exâmino tu estrañeza,
tambien yo te desconozco,
No admiro que te estrañezcas,
á la vista de tu padre,
conociendo la fiereza
de su genio, y las resultas
que puede haber quando sepa
que estás casada, lo que
admiro es que te mantengas
conmigo del mismo modo.
¿Qué significa esa nueva
melancolía, ese llanto
reprimido, esa tristeza,
¿qué he dexado yo de hacer
por tí? Conociendo que era
el Conde de Clarendon
la mas grande conveniencia,
que para qualquiera Dama
habia en Inglaterra, yo
te casé con él. Tu esposo

precisado de una urgencia
grave se apartó de tí;
lloré contigo su ausencia;
conocí que deseabas
acreditar tu fineza
viniendo á Londres á verle;
pretexté causas honestas
de traerte, y te acompaño:
Pues dí, ¿qué hay que no convenga
con tus deseos?

EUGENIA.

¡Ay tia!
no sabeis lo que me inquieta
mirar á mi padre, estando
casada sin su licencia
y por otra parte... ¡Ah!... El Conde
si tan fino me quisiera,
¿acertára á retirarse
de esta casa, quando llega
una esposa, que en sus cartas
le anticipó la advertencia
del dia, y aun de la hora
de su arribo?

MADAMA MURER.

Considera
que está en Windsor con la Corte;

y un hombre de su grandeza
y connexiones á veces
tiene precision...

EUGENIA.

¡Pequeña
causa! ¡qué mudado está!

MADAMA MURER.

¿Qué quieres decir? ¿qué piensas?

EUGENIA.

Que si yo hubiese advertido
en él la misma tibieza
quando recibir su mano
me mandasteis, no me viera
hoy en la necesidad
de baldonarla, ó temerla.

MADAMA MURER.

¿Quándo yo os mandé, Señora?
¿yo mandé? quien os oyera
este discurso, pensára
que os hice alguna violencia;
y no obstante, sino fuese
por mí, ya quizás te vieras
víctima de los caprichos
de un padre que á sus ideas
te sacrifica, casada
á disgusto, y con miseria...

muger de un espantadizo
adusto viejo, y sujeta
á vivir triste en la casa
de campo sola y desierta
de Corbeli; pues no hay medio
tan poderoso que venza
los delirios que mi hermano
consigo mismo proyecta.

EUGENIA.

Pero si el Conde ya no *suspirando.*
me quiere.

MADAMA MURER.

Quando suceda
así, que no lo presumo,
¿dexarás de ser Condesa
de Clarendon? ¿Pero en qué
puedes fundar la sospecha?
¿No ves en tu esposo un hombre
que con boca y alma llenas
de gozo, sacrificó
todo quanto valé á nuestra
voluntad, por la ventura
de conseguir tu belleza?

EUGENIA.

¡Cómo me queria entonces!..
¡Ah quántas lágrimas tiernas

vertió quando fue preciso
separarnos! ¡cómo en ellas
le acompañaban las mias,
haciendo dulces mis penas
ver que él las participaba!
¡qué tiempo! ¡qué diferencia!

MADAMA MURER.

Tu no adviertes el estado
en que estás, ni consideras
que el contemplarla fecunda,
hace qualesquier belleza
mas preciosa á su marido.
¿No le has dado parte de esta
felicidad?

EUGENIA.

Sí Señora,
por eso me desconsuela
mas su descuido.

MADAMA MURER.

Yo afirmo
que le agravian tus sospechas;

EUGENIA.

¡Con qué gusto me culpára
yo misma de injusta y necia!

MADAMA MURER.

Pues lo eres mucho mas

que juzgas: esa tristeza,
ese llanto, esa inquietud,
¿te parece á tí que sean
regulares?

EUGENIA.

Ya conozco
ser preciso que mis quejas
se ahoguen en el silencio,
para mantener secreta
mi boca; pero tambien
detenerse el Conde fuera
de Londres quando yo llego...

MADAMA MURER.

Puede ser que no lo sepa;
y porque te tranquilices,
haré que se lo prevenga
su Criado.

Tira del cordon de la campanilla, y sale Drink.

DRINK.

¿Qué me manda
mi Señora la Condesa?

MADAMA MURER.

¿No te han dicho ya que no
la llames de esa manera?

EUGENIA.

Drink, ¿quándo vuelve tu Amo?

DRINK.

Por instantes se le espera.

MADAMA MURRIA.

¿Ves lo que yo te decia?
vamonos adentro, Eugenia;
y tu mira si ha llegado

DRINK.

¡Bueno, Señora! ya hubiera
él venido presuroso
á besar las plantas vuestras.

Vanse las dos.

Pues me paga por mentir;
debo por mas que lo sienta
cumplir con mi obligacion.
Un Angel es una perla
esta Señorita. Un tigre
amansára su soberbia
á su vista, y es preciso
ser mas cruel que las fieras
para haber así burlado
una muger tan perfecta
y abandonarla despues.
No hay que volver á la obra.
Mi Amo, aunque es mas Caballero,

tiene mas mala cabeza
que yó.

Sale el Conde.

CONDE.

Animo, sco Drink.

DRINK.

No os creia yo tan cerca:
aun os hacia en Vindsor.

CONDE.

¿Vos deciais que no era
vuestra cabeza mas mala
que la mia?

DRINK.

¿Que, de veras
lo habeis oido?

CONDE.

¿Es seguro
este sitio?

DRINK.

Nadie acecha
por aquí: las dos están
cerradas en esa pieza,
y el buen padre ya salió.

CONDE.

¿Pues ha venido con ellas?

DRINO.

Sin él, y sin un antiguo
pleyto que tienen, no hubiera
habido acaso pretexto
para el viage.

CONDE.

Doble pena.
¿Y quándo han venido?

DRINO.

Anoche.

CONDE.

¿Y qué dicen de mi ausencia?

DRINO.

La niña ha llorado mucho.

CONDE.

Mayor dolor atormenta
mi corazon, que no el suyo.
¿Y has reconocido señas
de que sepan mi ajuste,
casamiento

DRINO.

Ni lo sueñan.
El diablo tiene interés
en que os salgan bien las cuentas,
y no os perjudiquen

CONDE.

Y que un pícaro [illegible] y sin
[illegible] que tienen
Valga la verdad, Milord,
aquí tenemos expuesta
una Señorita noble,
que se juzga hecha y dicha
vuestra esposa.

CONDE.

Que no lo es.

¿Qué mas?

[illegible] que dicen de
Que quantas cautelas
se piensen, no bastan
á mantener encubiertas
vuestras capitulaciones
con otra. (¡Qué ligereza!)
Quando yo pienso, Señor,
en la diabólica, infame
traza que os puso en las manos
esta infelice Doncella,
los Eclesiásticos ritos
las Escrituras supuestas,
un Sacerdote forzado
allí por las manos vuestras,
¡qué impiedad! y todos los

papeles de la Comedia
repartidos entre mí,
y otros de vuestra librea,
y tan bien hechos... ¿quién vio
la confianza de aquella
tia, el rubor y piedad
de aquella sobrina, mientras
se celebró ceremonia
tan ridícula y tan fea
en vuestro mismo Oratorio...
Yo no fio mi conciencia;
pero lo que es para vos,
y para el alma perversa
del Mayordomo, que hizo
el Ministro en una Escena
tan exêcrable, no creo
haya castigo que pueda...

CONDE.

Seo Drink, vos sois el bribon *furioso.*
mas vil que hay sobre la tierra.
Ya no es mi Criado: marche;
y si se atreve su lengua
otra vez... *le tira un bolsillo.*

DRINK.

¿En qué falté, *humilde*
Milord, á vuestra obediencia?

CONDE.

Aborrezco los Criados
habladores, y me llenan
siempre de desconfianza
los pícaros que se afectan
escrupulosos.

DRINK.

Pues bien.
Callaré como una piedra.
Mandeme como á un esclavo
Señor; pero en quanto á Eugenia
es un dolor...

CONDE.

Tu presumes *templado.*
de hombre de bien; pero cesan
todos tus remordimientos
á vista de las monedas.
No me engañas.

DRINK.

Si de mí
presumis igual baxeza
aquí está la bolsa.

CONDE.

Basta;
pero como te acontezca
otra vez... ven acá; y pues

no están en inteligencia
de este fatal casamiento...

DRINK.

¿Fatal? ¿pues quién os estrecha
á que se consume?

CONDE.

El Rey,
que su gusto manifiesta
en la union de las dos casas,
y que ha dado su licencia
ya. Mi tio, que me obliga
unas ventajas tan ciertas
á mi estado; y sobre todo
el evitar la vergüenza
al descorrer la cortina
que mis costumbres perversas
oculta.

DRINK.

¿Pero habrá medio
de que ocultas se mantengan?

CONDE.

¡Oh! ya casado una vez,

DRINK.

¿Pero casado de veras?

CONDE.

Una vez casado,

DRINK.

¿Qué discurris?

CONDE.

Además que ellas aquí no tendrán visitas. Esta casa, aunque está cerca de la mia, está en un barrio retirado, y mis cautelas lo remediarán con que al punto á Galés se vuelvan: ves á decirlas que estoy aquí. Quizá mi presencia desmentirá sus recelos.

DRINK.

¿Recelos? ¿pues se atreviera ni aun el diablo á maliciar acciones como las nuestras?

CONDE.

Tienes razon; pero escucha.

DRINK.

Señor, ¿es facil que tengan cartas hoy por el correo?

CONDE.

Nó: pero haz la diligencia de ir en persona á sacarlas;

antes que todo se pierda,
si acaso reciben una
de mi Mayordomo. ¡Oh necia
adulacion! ¡desdichado!
¡con qué horror en sus postreras
horas se explica conmigo!
ya tu conoces su letra.

DRINK.

Sí Señor; yo embargaré
quanto de por allá venga.

CONDE.

Eso es: dí que estoy aquí. *vase Drink.*
¡Qué lexos estoy de aquella
misma quietud que deseo
ostentar! una inocencia
burlada por una parte,
por otra aquellas ingenuas
palabras con que me escribe
la felicidad que espera
de que un hijo en breve hará
mas amable, y mas estrecha
nuestra union... ¡con qué placer
sufre todas las molestias
de su nuevo estado! *¡Oh si!*
los hombres hiciesen cuenta
consigo de los pesares

que el ser malvados les cuesta!
las reflexiones de ese hombre
me turban : bastante suenan
los gritos que al corazon
le dá mi propia conciencia,
sin que los remordimientos
de mis criados los quieran
hacer mas intolerables.
Yo no es posible que pueda
á sus ojos... el valor
de sus virtudes me atierra,
me oprime: pero ya viene.
¡Qué infeliz es, y que bella!

Salen Mad. Murer, y Eugenia pesarosa, y de pronto se contiene avergonzada; él se acerca, y la toma la mano.

CONDE.

Yo creía que un afecto
mas natural os hiciera
precipitarla mis brazos.
¿Soy tan infeliz, Eugenia,
que los desmerezco? ¡Ah!
perdonad, Señora, y sea
disculpa de mi descuido,

á Mad.

confesarle con vergüenza.

MADAMA MURER.

Vos os burlais, Señor Conde.
¿No considerais que dexan
mal eco esos cumplimientos
en una casa que es vuestra?

CONDE.

Bien mio, ¿quántos pesares *tomando la*
he tolerado en tu ausencia? *mano.*
y mas en la precision
de retardar mis finezas
á la hora de tu arribo.
¡Qué poco me detuvieran
mi tio, ni el mismo Rey,
si los empeños de nuestra
union...

EUGENIA.

¡Ah Conde!

MADAMA MURER.

Se aflige
mucho.

CONDE.

¿Por qué? no suspenda
vuestra voz mi aliento. Hablad.

EUGENIA.

Acordaos, Señor, de aquella

repugnancia con que os dé
la mano, sin preferencia
del voto de nuestros deudos.

CONDE.

Suspiré mucho por ella,
para olvidarla jamás.

EUGENIA.

Podia vuestra presencia
contra todos mis discursos
prevalecer; pero apenas
me ví sin vos, asaltaron
mil imágenes funestas
mi memoria: los consejos
balbucientes de una tierna
dulce madre moribunda,
el defecto de obediencia
á mi padre, los misterios
que acompañaron aquellas
santas ceremonias...

MADAMA MURER.

Fueron
necesarios.

EUGENIA.

Vuestra ausencia,
para vos indispensable,
y para mí tan temenda...

¡Ah! mi estado... *baxa la voz.*

CONDE.

¿Vuestro estado?
¿felicidad que completa
mis gustos, puede afligiros?
¡infeliz!

EUGENIA.

¡Quánto me fuera,
Señor, precioso mi estado,
si en él no estuviese expuesta...!

CONDE.

Dueño mio, por el mas
desgraciado me tuviera,
si mis ojos no bastasen
á disipar tus ideas.
¿Qué quieres de mí? ¿qué mandas?

EUGENIA.

Señor, pues me dais licencia
de pediros; lo que quiero
es que empleeis la eloqüencia,
ese arte de persuadir,
que en vos la naturaleza
depositó, con mi padre:
puede ser...

CONDE.

Querida Eugenia...

EUGENIA.

Trabajemos todos en
sacar á mi padre de esta
ignorancia, en que no puede
permanecer, sin que sea
con delito y daño mio.

MADAMA MURER.

Solo el Conde es quien pudiera
decidir esa qüestion.

CONDE.

Yo haré todo quanto penda *turbado.*
de mi arbitrio, y me mandeis;
solo que en Londres, tan cerca
de mi tio... el exponerse
desde luego á la violenta
cólera de vuestro padre...
Para evitar contingencias,
juzgo que mejor sería *vivo.*
callar hasta que deis vuelta
á Gales.

EUGENIA.

¿Dónde vendreis? *eficáz.*

CONDE.

Mi mayor cuidado era
ir á veros allá en breve.

EUGENIA.

Dos palabras, quatro letras
que me hubierades escrito,
bastaban para que hubiera
suspendido el viage á Londres.

CONDE.

Han seguido tan de priesa
la partida y el arribo
á la noticia de vuestra
resolucion, que no pude
escribiros en respuesta
lo que pensaba. Además,
que igualaba en la impaciencia
de veros al vuestro mi
corazon. ¿Suspendiera
yo una jornada en que todos
mis afectos se interesan?

MADAMA MURER.

¡Qué discreto es, y qué amable!

EUGENIA.

Solo reservo una queja
que daros: ¿lo permitis?

CONDE.

¿Permitirlo, ámada prenda?
lo suplico: dí.

EUGENIA.

Señor,
un amor fino se inquieta
de todo. Me ha parecido
hallar una indiferencia
en vuestras cartas: un ayre
de afectacion que rodea
las frases, por excusar
nombrarme en alguna de ellas
vuestra esposa; y he temido...

CONDE.

Una vez que esa sospecha
me obliga á justificar
mi propia delicadeza,
lo haré: (no sé que la diga)
de modo, mi bien, que mientras
fui tu amante deseaba
conquistar con mis finezas
el título de tu esposo;
y porque fuesen eternas
en mí despues de casado,
creí que olvidar debiera
mis derechos, por usar
los de amor con preferencia
inviolable. Mi designio
en la union que nos alienta,

fue solo juntar la dulce
seguridad que franquean
los gustos honestos á
las fatigas lisonjeras
y amables de una pasion
eficaz, y siempre nueva.
Me decia yo: ¡qué enlace
tan feliz el que fomenta
de la propia obligacion
las dichas! ¿Lloras, Eugenia?

EUGENIA.

No importa, Señor: dexadme
llorar: la dulzura de estas
lágrimas, borra los surcos
de las que vertí en tu ausencia.
¡Ah querido esposo mio!
Tambien tienen las extremas
impensadas alegrias
sus lágrimas.

CONDE.

¡Y qué bellas!
¡en qué turbacion me veo! *ap.*

MADAMA MURER.

Sobrina, ¿estás ya contenta?

EUGENIA.

Nunca volveré á creer

los presagios de mi necia
memoria. ¡Mi corazon
de qué poco se amedrenta!
El Baron dentro gritando.
BARON.
No daré mas.
MADAMA MURER.
Conoced
el genio que manifiesta
mi hermanó aun antes de entrar.
CONDE.
¡Qué alma tendrá resistencia *ap.*
á tantos méritos juntos!
Sale el Baron.
BARON *mirando adentro.*
Que se vaya, y no me vuelva
á provocar. ¡Qué Ciudad,
y que costumbres tan necias!
¡Ir á visitar las gentes,
que se sabe que están fuera
del lugar!
MADAMA MURER.
Siempre riñendo...
BARON.
No es con vos.

MADAMA MURER.

Aunque no sea conmigo, ¿qué pensará al ver una impertinencia semejante el Señor Conde de Clarendon?

BARON.

Vuecelencia perdone, Milord.

MADAMA MURER.

Y viéne á ofreceros quanto puedan sus eficaces oficios para vuestras dependencias y Jueces.

BARON.

Que perdoneis, os repito, que ya en vuestra casa os dirán como he estado á rendiros mi obediencia.

CONDE.

Siento, Señor, que os hayais molestado.

BARON.

¿Qué hay, Eugenia?

CONDE.

¿Tambien la alegria tiene *ap.*
sus lágrimas ?

BARON.

Con franqueza, *por Eug.*
Milord, ¿qué tal os parece
aunque no es la vez primera
que la conoceis ? De todos
mis hijos, su hermano y ella
me han quedado unicamente.
¡Si vierais lo alegre que era
antes ! pero las muchachas
se nos van poniendo serias,
conforme van siendo grandes.
Dexad que casada sea ;
y entonces... ¡Ah ! os Señor,
por cierto que se me acuerda,
tratando de casamientos,
el daros la enhorabuena.

CONDE.

¿A mí, Señor ? solamente *sorprendido.*
hay una que os agradezca
y reciba, que es la de...
del honor que á mis atentas
veneraciones resulta
de estar á las plantas de estas

Señoras.

BARON.

No, no es de eso sino de la boda vuestra.

MADAMA MURER.

¡De su boda!

EUGENIA.

¡Cielo justo!

CONDE.

¿Vos os burlais?

BARON.

No de veras. No soy yo quien lo ha inventado, á fé mia. La respuesta que me dió vuestro portero, fue que estabais á dar cuenta en la Corte de la boda...

CONDE.

Sí, ya caygo; una parienta se casa, y como es costumbre concurrir la parentela á las capitulaciones, tuve que asistir á ellas esta tarde.

BARON.

No Señor.

que yo apuré la materia,
y averigué que vos sois
el capitulado.

CONDE.

Ideas
é invenciones de criados.
Mi tio que se desvela
por establecerme bien,
me propuso sobre mesa
el otro dia un partido
de la mejor conveniencia;
pero le mostré tan grande
repugnancia á las cadenas
del matrimonio, que no
ha vuelto á hacer instancia
en ello, ni en este punto
discurro que á hablarme vuelva.
Esto que oyó la familia,
es el origen de ciertas
voces que se han divulgado
por el lugar, sin que tengan
fundamento verdadero,
ni jamás tenerle puedan.

BARON.

Perdonad, que no lo dixe
por enfadaros. Como sois

presunciones tiene el vulgo,
quando un buen mozo freqüenta
algunas Damas...

MADAMA MURER.

Mi hermano
parece que está de fiesta.
Permitid nos retiremos.

CONDE.

No, que con vuestra licencia,
yo tengo algunos negocios
en la hora, que me estrechan
á retirar; pero si
me la dais para que vuelva
luego que...

MADAMA MURER.

Jamás vendreis
tan pronto, como desea
nuestra voluntad, Milord.

CONDE.

Señor... *al Baron.*

BARON.

Solo hasta la puerta.

Vanse los dos con cumplimientos.

MADAMA MURER.

¡Con qué juicio, con qué maña,
y con qué delicadeza

se ha explicado!

EUGENIA.

Reñid pues
á vuestra fácil y terca
sobrina. Mi corazon
se estremeció con aquella
especie mal entendida
de mi padre. La fineza
de mi esposo habia ocultado
de su tio las ideas,
por no afligirme sin duda;
pero al fin, ¡con qué agudeza
me ha desengañado! ¡como
me miraba! ¡qué eloqüencia
de sus ojos! ¡Ah tia!
¡quánto idolatro sus prendas!

MADAMA MURER.

Tu eres la mas venturosa
de las mugeres, Eugenia.

ACTO II.

Sale Drink con un paquete de cartas en la mano, y dice al Correo, que se figura dentro.

DRINK.

Solo á mí habeis de entregar
las cartas: ¿estais en esto?
Bien. Un hombre prevenido
vale por dos. Vamos viendo
lo que aquí me han entregado.
Preciso es servir á un dueño,
que tan liberal reparte
los castigos y los premios.
He, he, he, hee: al Señor *lee.*
Baron de Hartelí: este pliego
es para el padre: hee, armada
de Irlanda: este ya veo
que es del hijo. Pase, he; he...
¡Este me pone recelo!
á Madama Murer, para
la tia, y sino estoy ciego,
esta letra es de Villans,
el falso casamentero,
y Mayordomo del Conde.

Agarremosle. Torreznos:
si le cogen, la muchacha
hubiera sabido... pero
segun ha dicho mi Amo,
este hombre se está muriendo.
Sepamos lo que la escribe:
pues no he de darle, bien puedo
leerle. De todos modos
el delito es manifiesto,
y algunas veces se logra
Titubea, y al fin rompe y lee.
Saber. (Lee.) *Señora, me veo*
en el instante terrible
de ir á dar cuenta al supremo
Juez de todas las acciones
de mi vida. ¡Lance estrecho!
que cuentas de Mayordomos
son muy largas. *Los tremendos*
latidos de mi conciencia
me obligan en este tiempo
á reparar, en la parte
que pueda, el delito feo
que cometí, ó imprenté,
ayudando y seduciendo
al Conde de Clarendon
al matrimonio supuesto

con vuestra sobrina.

REPRESENTA.

Mi Amo
bien prevenia los riesgos
de esta carta. Es un demonio
para precaverse! ¡Fuego!

Sale el Conde.

CONDE.

¿Eres tu, Drink?

DRINK.

Si Señor.

CONDE.

Oye, y me voy al momento:
te diré qué se me habia
olvidado... Tan inquieto,
tan turbado estaba quando
fuí de aquí. Mi casamiento,
que se hace mañana, está
en boca de todo el pueblo:
toda la Ciudad le sabe;
y es preciso que evitemos
entre aquí alguna visita
que pueda descomponernos.

DRINK.

Ellas á nadie conocen
en Londres.

CONDE.

Con todo eso,
yo sé que el padre de Eugenia
es muy amigo de un cierto
Capitan Corbelí, que
se halla en el aposento
de mi tio el Duque todas
las mañanas el primero.
El es muy hombre de bien;
pero tiene el gran defecto
de divulgar por la tarde
en la Ciudad los secretos
que en la mañana confian
los amigos á su pecho.

DRINK.

¿Y qué especie de hombre es?

CONDE.

Tu le conoces. En tiempo
de la chica, cenó aquí
diez veces.

DRINK.

¿Aquel mostrenco,
que os quiso enredar con Laura
despues, llevandola el cuento
de que la Condesa habia
pasado aquí el dia entero?

CONDE.

Nó.

DRINK.

Yo debo confundir
las épocas. No me acuerdo.

CONDE.

Es aquel que casó esta
muchacha que conocemos,
Dama de honor de la Reyna,
con el grande majadero
de Arliton, luego que yo
la dexé.

DRINK.

Ya caygo en ello.
Sé quien es.

CONDE.

Si se presenta...

DRINK.

Cerrarle como al cartero
el camino. Yo me encargo,
si viene, de detenerlo.

CONDE.

Yo te lo mando.

DRINK.

Jamás
los encargos de mi dueño

EUGENIA.

se me olvidan.

CONDE.

¿Y ha venido?

DRINK.

¡Toma! ¡y qué furioso pliego
de Villans para la tia,
Señor, he pillado al vuelo!

CONDE.

¿Sí? calla, que Eugenia viene.

DRINK.

¡Qué semblante tan risueño!

Sale Eugenia.

CONDE.

Ya me es imposible huir.
Marcha tu de aquí.

DRINK.

Obedezco. *vase.*

EUGENIA.

Oid la mas agradable
noticia.

CONDE.

Si tu contento
procede de ella...

EUGENIA.

Mi padre
está encantado de vuestros

méritos. Yo estaba cierta
de que así fuese. Allá dentro
queda haciendo vuestro elogio
ahora. Yo en el momento
me hubiera echado á sus pies
para darle gracias; pero
en fin tanto ha dicho, que
duplica el gozo que tengo
de mirarme esposa vuestra.
Sí, Conde mio, ahora es tiempo.
Mi corazon está pronto
á declararse.

CONDE.

Yo tiemblo
solo por tí. ¿He de exponer
quanto idolatro al efecto
de su furor? ¿no le sabes?

EUGENIA.

Sí: yo sé que es muy violento;
pero por fin es mi padre,
y tambien es justo y bueno.
Venid, Conde. Vamos, que
nuestro profundo respeto
le desarmará. Este instante
será el mas dichoso. Entremos.

CONDE.

Eugenia, cómo pretendes...
cómo antes de precavernos...

EUGENIA.

Si es cierto que me has querido,
hoy es el dia de verlo
solo en esta prueba. Vamos.
No es razon que estés sufriendo
ultrajen á tu muger
las sospechas de los necios.
Los ojos de la malicia
la van siempre persiguiendo.
Dá fin á una situacion
tan penosa: rompe el velo
que la oculta sonrojada.
Vamos á echarnos corriendo
á los pies de nuestro padre.
Ven, Conde, que yo te ofrezco
buen despacho.

CONDE.

¡Qué dolor!

EUGENIA.

Ven, Conde, ven.

CONDE.

¡Qué tormento!
permiteme que antes yo

vuelva á verle por lo menos,
y que confirme esa buena
disposicion.

EUGENIA.

Nó, nó quiero;
que esa se puede mudar;
hoy, hoy, ahora es el tiempo,
que está la impresion primera
tan en favor tuyo: entremos.
Nó, yo no te he de dexar.

Sale Madama Murer.

CONDE.

Señora, venid os ruego:
ayudadme á convencerla.

MADAMA MURER.

¿El Conde aquí? ya comprehendo *ap.*
por qué salió Eugenia tan
apresurada. ¿Qué es esto?

CONDE.

Porque ha visto á favor mio
en su padre algun afecto,
su alma se ha acalorado,
y quiere sin mas discreto
exâmen, que en el instante
nuestra union le confesemos.

MADAMA MURER.

No lo hagais. Mi parecer
es al contrario. Idos presto;
porque si sale y os halla,
acaso el segundo encuentro
pudiera hacerle pensar...

CONDE.

Todo quizás este exceso
nos lo echaria á perder.
Yo me parto de sus bellos
ojos con menores penas
y sobresaltos, haciendo
solo á su seguridad
este sacrificio nuevo. *vase.*

EUGENIA.

¿Al fin se vá? *mirandole.*

MADAMA MURER.

Y tu has
perdido el entendimiento.

EUGENIA.

Ni puedo cumplir con mi
obligacion, ni me atrevo
á mirar á mi buen padre.
Esta es mi vida: su aspecto
me confunde; su bondad
me acrimina; sus esmeros,

sus paternales alhagos
me humillan, y me avergüenzo
de mirar su confianza,
¡Qué detestable, qué feo,
qué duro es el recibir
alabanzas, conociendo
que no hay mérito en nosotros!

MADAMA MURER.

Pero en Londres, donde nuestro
Conde debe tener tantos
reparos, y además de esto,
que vuestro estado no obliga
aún á que apresuremos
semejante confesion.

EUGENIA.

Siempre que es mas facil creo
precaver qualquiera mal,
que contener sus progresos.
El tiempo y las ocasiones
se presentan siempre huyendo.
Las circunstancias tambien
suelen seguir á los tiempos.
La turbacion para hablar
se aumenta; y á todo esto
sigue la desgracia.

MADAMA MURER.

El Conde
tu esposo es muy Caballero
para exponerte...

EUGENIA.

No habreis
como yo reparo hecho
en algunas expresiones
de afectados sentimientos
en su lenguage: actualmente
que lo reflexiono, mucho.
Aquella sencillez dulce
que me mostraba tan tierno
antes, era mucho mas
agradable.

Sale Drink, y hace que compone el salon, para escuchar.

MADAMA MURER.

No hay remedio.
En yendose, solo piensas
en probar mi sufrimiento.
¿Qué es eso, Drink?

DRINK.

Unas cartas
que han traido del correo.

MADAMA MURER.

¿De Irlanda? así habrá noticias.

EUGENIA.

¿De mi hermano?

MADAMA MURER.

Nó por cierto;
esta es del primo que sirve
en el propio Regimiento. *lee quedo.*

EUGENIA.

¿Ninguna carta de Carlos?
¿qué podrá ser?

MADAMA MURER.

Dexa tu eso;
A Drink que abre un cofre.
que Betsi lo compondrá.

DRINK.

¡Malo! que me han visto el juego. *vase.*

EUGENIA.

Su semblante me sorprende,
y me aflige su silencio.

MADAMA MURER.

Si él os aflige, Señora,
tampoco os dará consuelo
la carta de Don Enrique
vuestro primo. No hay empleo
mas penoso que la guerra;

ni tampoco mas expuesto.

EUGENIA.

¿Ha muerto mi hermano?

MADAMA MURER.

¿Acaso
os he dicho yo algo de eso?

EUGENIA.

Apenas puedo alentar.

MADAMA MURER.

Pues tanto adelantan vuestros
sustos á mis precauciones,
leed vos misma el suceso.

EUGENIA *lee.*

Mi primo gravemente provocado por su Coronel, se ha visto precisado á reñir con él, y le ha desarmado: su enemigo ha dado parte á la Corte, y Don Carlos ha tomado secretamente el camino de Londres; pero el Coronel le sigue para acusarle al Ministro.

¡Ah querido hermano!

Sale el Baron.

BARON.

Con que
porque un instante me duermo
allí, hablando con vmds...

EUGENIA.

Mi hermano, Señor, sabemos
que ha reñido.

BARON.

¿Y quién lo dice?

EUGENIA.

Don Enrique en este pliego
lo escribe.

MADAMA MURER.

Y ha desarmado
á su enemigo; por cierto
que á no ser su Coronel...

BARON.

¿A su Coronel? lo mesmo
que á qualquier otro en el caso.

EUGENIA.

Padre, tia, ¿por qué medios
le pudiéramos salvar?

MADAMA MURER.

¿Y dónde le encontraremos?

EUGENIA.

¿No dice que viene á Londres?

MADAMA MURER.

Pero viene, no sabiendo
que estamos aquí nosotros.

EUGENIA.

¿No pudieramos valernos
del Conde de Clarendon?

MADAMA MURER.

¿El querido Conde? cierto,
si se dignase el Señor
de aceptar en este empeño
sus oficios...

BARON.

Por mi vida
que es el conducto estupendo.
Eugenia, dame esa carta. *lee quedo.*
¡Ola, que el asunto es serio!

LEE RECIO.

Y aunque no consiga el designio con que va de perderle, prevenid á mi primo que ande con mucho cuidado, porque el Coronel tiene fama de deshacerse de sus enemigos por qualquiera modo.

¡Disparate! ¿un Oficial?
no puede ser.

MADAMA MURER.

Este enredo
me hace volver á pensar
en lo que ha ya mucho tiempo
que decia yo, Señor.

Si en lugar del pensamiento
de destinar mi sobrina
á un Militar pobre y viejo,
me quisieseis permitir
que yo pensase otro nuevo
mas ventajoso partido;
las protecciones sabemos
muy bien todos que hoy en dia...

BARON.

¿Ahora salimos con eso?
Por ultima vez, hermana,
y no se hable mas en ello:
vmd. gusta de los grandes,
como yo los aborrezco.
Es demasiado, Señora,
lo que yo á mi hija quiero,
para que la sacrifique
á la vanidad sin freno
que os inspiró esas ideas.
Ni yo por vuestros consejos
la quiero hacer desdichada
para siempre.

MADAMA MUÑER.

No os entiendo:
¿desdichada para siempre?

C BARON.

¿Juzgais que yo no penetro,
y conozco á vuestros grandes?
Vedlos en el casamiento
mas igual por la fortuna.
Sus bizarrias, sus ruegos
conquistan una muchacha:
se casan hoy muy contentos:
mañana la hacen traycion:
y al cabo de un mes, ó menos,
la abandonan. La infidencia,
el olvido y los excesos
mas abominables son
un juguete para ellos.
A los desordenes de
la conducta sigue luego
el de todos los negocios:
los bienes mas opulentos
se disipan, se enagenan;
y muchas veces todo esto
es lo menor de los males
que padecen sin remedio
sus tristes, sus desdichadas
compañeras...

MADAMA MURER.

Yo no advierto

qué conexion tenga ese
ya sea falso, ó verdadero
retrato, con el asunto
que se trata. Poneis pleyto
á la mocedad, y no
á la clase del sugeto.
En este estado, al contrario,
es donde juntan mas medios
los hombres; y si son locos,
y libres por algun tiempo,
luego despues se corrigen:
y entonces sus mismos deudos,
y las gracias de la Corte...

BARON.

Llegan á restablecerlos
de quanto con sus locuras
han disipado; ¿no es esto?
¿Y qué recompensa puede
solicitar quien no ha hecho
á su patria, ni á su Rey
el servicio mas pequeño?
Y quando el principio de esas
mismas gracias es tan feo,
¿no es indignidad contar,
sin llegar á merecerlos,
con unos grandes favores,

que debieran ser por cierto
mucho mejor empleados
en quien sirve? Pero quiero
que al fin la importunidad
los arranque de su centro;
yo daré la preferencia
siempre á un Oficial de seso
y de valor, que los haya
merecido con su esfuerzo,
aunque esperanza no tenga
de alcanzarlos: y ese es nuestro
Corbelí. Sino ha tenido
ningun favor, ningun premio
de la Corte, ha conquistado
la estimacion y el aprecio
de toda la armada; lo uno,
á mi modo de entenderlo,
vale quizá mas que lo otro.

MADAMA MURER.

Pero, Señor, reparemos..

BARON.

Pero, Señora, si vos
estais tan pagada de esos
Lordes y Condes, ¿por qué
no os casais con uno de ellos?

MADAMA MURER.

Vos mereciais que yo
lo hiciese, y que mi despecho
llevase todos mis bienes
á un apellido extrangero.

BARON.

No, no se incomode vmd.
hermana, que mientras menos
riquezas tengan mis hijos,
vivirán menos expuestos
á hacer mil extravagancias.

EUGENIA.

Padre, tia, ¿siempre opuestos?
¡qué desdichada que soy!

Sale Roberto.

ROBERTO.

Aquí, Señor, está á veros
el Capitan Corbelí.

BARON.

No podia á mejor tiempo
presentarse. Dile que entre. *vase Rob.*

MADAMA MURER.

Dile que aguarde un momento.
Si nos dá licencia, solo
hasta que nos retiremos.
Ya os he dicho que es un hombre

á quien yo sufrir no puedo.

BARON.

¿Y qué política es esa,
Señora? Es uno de nuestros
amigos, con quien ya está
declarado el parentesco...

Sale el Capitan.

CAPITAN.

Buenos dias, Baron mio.

BARON.

Capitan, guardeos el Cielo.
Parece que ambos jugamos
al escondite.

CAPITAN.

Volviendo
á casa me hallé con vuestra
esquela; vine, y por cierto
que sin veros me volvia.

BARON.

¿Pero por qué?

CAPITAN.

Uno de vuestros
Criados el mas tenáz,
insolente, (no me acuerdo
donde le he visto) queria
echarme de aquí, diciendo

que no habia nadie en casa.

BARON.

¿Quién tal orden les ha impuesto,
hermana?

MADAMA MURER.

Yo no; porque
no es regular que esperemos,
acabados de llegar,
visitas.

CAPITAN.

Pues ya me alegro
de haber sido porfiado,
por si hay en qué complaceros,
y estas Señoras se dignan
de admitir mis rendimientos.

BARON.

Capitan, esta es mi hermana,
y esta la niña que dentro
de poco será la tuya.

CAPITAN.

Envidioso me contemplo
de la suerte de mi hermano,
Señora; y á fé que al veros,
no me admiro de las muchas
precauciones que ha interpuesto
para asegurar su dicha.

MADAMA MURER.

Ha dicho este Caballero
muy bien, que las precauciones
son muy útiles en ciertos
negocios, y cada uno
toma las que puede.

CAPITAN *mirando á todas partes.*

¿Pero
dónde está?

BARON.

¿Quién?

CAPITAN.

Vuestro hijo.

BARON.

¿Mi hijo? no lo sabemos.

MADAMA MURER.

¿A qué viene esa pregunta,
Señor?

CAPITAN.

¿Pues su contratiempo
no es el que os hace venir
á Londres?

BARON.

Ni pensamiento
de tal cosa; la venida
es por un maldito pleyto,

en que solo sé que son
legítimos mis derechos.
¿Pero vos sabeis la historia
de Carlos?

CAPITAN.

Es todo ello
una vagatela, una
gran friolera.

BARON.

Yo creo
no hay mas que la falta de
subordinacion por medio.

MADAMA MURER.

Y yo me admiro de cómo
el Señor tiene el talento
de adivinar; pues nosotros
en este instante tenemos
la primer noticia.

CAPITAN.

Yo
mejor informado vengo:
porque le he visto.

EUGENIA.

¿A mi hermano?

CAPITAN.

Sí Señora.

BARON.

¿Cómo? ¿pero
á dónde? ¿quándo?

CAPITAN.

En el Parque
antes de anoche viniendo
á la Ciudad le encontré.
Há que está aquí de secreto
cinco dias, y no sale
sino de noche, temiendo
las resultas de un acaso
en que desnudó el acero
con su Coronel: y ha
tomado el nombre supuesto
del Caballero Campley.
¿No es así todo?

MADAMA MURER.

Protesto
que acá no sabemos tanto.

EUGENIA.

¿Y cómo averiguaremos
dónde se oculta de dia?

CAPITAN.

No sé; pero me prometo
que me cumpla la palabra
de verme en anocheciendo

en el mismo sitio, y yo
con los amigos que tengo,
como sabeis, en la Corte,
quizá podré componerlo.

MADAMA MURER.

La unica cosa de que
necesitamos, por cierto,
es la que ignora el Señor,
que es saber su alojamiento.

CAPITAN.

Señora, yo no podia
porfiar hasta el extremo
de que me dixese donde
se mantenia encubierto;
y quando leí la esquela
del Baron, vine creyendo
encontrarle aquí.

MADAMA MURER.

Ignorar
donde está es lo que yo siento:
pues necesitando Carlos
gran protector, bien podemos
proporcionarle uno que
tiene el mayor valimiento
con el Ministro.

CAPITAN.

Señora,
aquí encontrareis á cientos
hombres que hacen profesion
de personas de provecho,
sin que al fin valgan de nada.
¿Pero quién es?

MADAMA MURER.

Nada menos
que el Conde de Clarendon.
¿Creeis que será buen medio?

CAPITAN.

¿El sobrino del Ministro?
Es mi amigo verdadero;
y si quereis yo me encargo.

MADAMA MURER.

Me hace á mí el honor de serlo
mio tambien.

BARON.

Esta casa
es suya.

CAPITAN.

Sí con efecto.
Yo miraba quando entré;
pero ese Criado terco
me arrebató la atencion:

y ahora es quando me acuerdo
es alguno de los suyos.
Ya conozco todo esto.
Amigo, ¡qué lindas cenas
nos ha dado en este mesmo
salon! Es como él le llama
su casa chica.

MADAMA MURER.

Muy bueno:
¿chica es la casa, Señor?

BARON.

¿Sea chica ó grande, debemos
disputar sobre una voz?
Basta que fino y atento
nos la preste. Habrá una hora
que estuvo en persona á vernos,
y por algunos negocios
urgentes se fue tan presto.

CAPITAN.

¿Hoy? yo creia que estaba
en Vindsor.

BARON.

Al mismo tiempo
acababa de llegar.

CAPITAN.

Es verdad. Ya lo comprendo,

que su casamiento se hace
en Londres.

MADAMA MURER Y EUGENIA.

¿Su casamiento?

CAPITAN.

Sí, mañana; pero vmds.
me confunden con misterios:
no es posible que lo ignoren
siendo tan suyo, y habiendo
estado aquí á verlas.

BARON.

Yo
ya estoy harto de saberlo.

MADAMA MURER.

¡Es esto como la casa *burlandose.*
chica? ¿Más qué estais diciendo?
¿qué casamiento?

CAPITAN.

El mayor
que se habrá visto en el Reyno.
La hija del Conde de
Vinchester: con un soberbio
dote, Dama muy discreta,
muy linda, y un gran Gobierno
que dá el Rey al joven Conde,
manifestando el aprecio

que le deben ambas casas.

EUGENIA.

¡Dónde me esconderé, Cielos!

MADAMA MURER.

¡Muy bien ponderado! mas
con tantas señas yo apuesto,
á que no hay una palabra
de verdad en todo ello.

CAPITAN.

¿Cómo? ¿seriamente? Una
vez que así niegá los hechos
tan claros esta Señora,
nada mas que añadir tengo.

BARON.

Capitan, es verdad que él
lo ha negado como un perro.

CAPITAN.

Pero yo que de su tio
soy amigo tan estrecho,
que paso con él la vida,
y que soy su compañero
continuo en el gabinete,
en la mesa y el paseo:
yo que he sido consultado
desde los pasos primeros
en el asunto... En fin sea

lo que vmds. quieran; ¿pero
las ricas libreas hechas,
los coches, los aderezos
magníficos de diamantes
comprados, todo el soberbio
aparato de la casa,
adornada al mayor precio
y mejor gusto, el contrato
firmado del Conde mesmo
ante mí, serán quimeras?

EUGENIA.

¡Ah desdichada!

BARON.

Pues esto
Me parece positivo.
Vaya, hermana, ¿qué argumento
habrá en contra?

MADAMA MURER.

Que el Señor
habrá visto en algun sueño
todo quanto ha referido:
porque yo sé bien que nuestro
Conde está empeñado en
otra parte.

CAPITAN.

No lo niego.

Sí Señora; alguna Dama
infeliz que añadiremos
á las muchas de quien él
se ha burlado: y el sugeto
es bien conocido por
esas mañas. Yo me acuerdo
de haber oido decir,
que un capricho pasagero
nos le habia embelesado
por algunos dias lejos
de la Ciudad.

MADAMA MURER.

¿Un capricho
pasagero?

CAPITAN.

Devaneos
de la edad.

BARON.

Alguna joven
incauta de quien ha hecho
burla: ¿y luego la ha dexado?

CAPITAN.

Ciertamente.

BARON.

Bien. Me alegro
que de quando en quando haya

una que sirva de exemplo
á las demás ; y eso hace
que tengan mas miramiento
las Señoritas , y no
escuchen á los mozuelos
sus ponderadas pasiones ;
y eso sirve de escarmiento
á los padres y á las madres.
Amigo , yo lo celebro.

EUGENIA.

Yo no puedo sostener ap.
mas mi dolor : yo fallezco.

CAPITAN.

La Señorita parece
que está indispuesta.

BARON.

¿Qué es esto?
¿qué sientes , hija querida ?
¿ estás mala ?

EUGENIA.

No me siento
nada buena , padre mio.

MADAMA MURER.

¿No te lo dixe yo á tiempo ,
sobrina , que era mejor
retirarnos? Ven : dexemos

á los Señores contarse
los maravillosos cuentos
de su mocedad. *vanse.*

BARON.

Amigo,
perdonad.

CAPITAN.

Creed que llevo
gran parte de vuestra pena.
A Dios, Baron.

BARON.

Lo que os ruego
que no olvideis á mi hijo:
¿cómo es el nombre supuesto
que me dixisteis?

CAPITAN.

Campley.

BARON.

¿Campley? no es mal pensamiento.
Si no le escribo, quizá
no me acordaré. Es que tengo
aquí una carta que trata
algo de asesinos. Esto
de salir solo de noche,
solo... creed que este enredo
me inquieta.

CAPITAN.

Yo iré mañana
ácia el Parque, y si le encuentro,
yo le serviré de escolta
hasta aquí.

BARON.

Mirad que acepto
la palabra, á Dios amigo.
De vos fio mi sosiego.

ACTO III.

Salen Drink y Roberto riñendo, y Betsi estará sacando ropa de su baúl, y quando hable se volverá á ellos.

DRINK.

Yo te suplico que no
te mezcles en mis cuidados;
quando yo respondo que
no hay nadie en casa, ¿un lacayo
debe permitir entrar
á las gentes?

ROBERTO.

Haceos cargo
de que es ese Capitan
muy amigo de mi Amo.

DRINK.

Que sea amigo del demonio,
¿qué importa? ¿Supones algo
tu en aquesta casa?

BETSI.

Callen
vmds. ó hablen mas baxo,

EUGENIA.

porque mi Ama está indispuesta,
y recogida en su quarto.

DRINK.

Betsi, ¿tiene usté algo mas
que sacar de aquí, ó quitamos
estos baules de en medio?

BETSI.

Por mí puede vmd. quitarlos.

DRINK.

¿Pues qué, embarazan?

BETSI.

¿A quién
no le embarazan los trastos?

DRINK.

¿Qué de priesa que anda vmd?

BETSI.

Tengo los pies azogados. *vase.*

DRINK.

Si te vuelve á sucoder...

ROBERTO.

Valgate la trampa, ¡y quánto
ruido por nada!

DRINK.

Quizá
puede importar mucho. Vamos.

Vanse llevando un baul. Sale Eugenia poco á poco pensativa. Betsi la dá una silla. Sientase sin hablar ni mirar, llevando el pañuelo en los ojos. Betsi la contempla algun tiempo con lástima; suspira, y recogiendo alguna cosa de la mesa, vase al quarto de su Ama.

EUGENIA.

¡Ay Dios, quán en vano estoy
mi discurso, fatigando,
por disipar los pesares
que me cercan! Quando trato
mas de consolarme, mas
me afligen mis sobresaltos.
No tengo á quien descubrir
mi corazon agitado.

Vuelven los Criados por el segundo baul, y Eugenia calla en tanto que se van.

EUGENIA.

Ni aun tengo el corto derecho
de mandar á los Criados.
¡Oh fatalidad! ¡oh tia!
solo un golpe aventurado
me hace depender de todos.
¡Ah madre mia! hoy es quando

debo llóraros de veras.
Esto es sufrir demasiado.
Levantase con viveza.
Aunque de mi confesion
sé que resulta el estrago
de mi vida, lo sabrá
todo mi padre. El estado
mas terrible no ha de ser
peor que en el que me hallo.
Solo temo que mi tia...
Pero este es débil reparo.
Hoy todo debe ceder
al respeto de mi amado
padre. ¡Muger desdichada!
antes era necesario
que hubieras pensado así.
Aquí sale: yo desmayo.
Dexase caer en la silla. Sale el Baron.

BARON.

¿A qué has vuelto á salir, niña?
tu desasosiego extraño
me inquieta.

EUGENIA.

¿Qué le diré?

BARON.

Los ojos tienes cargados,

y en tu semblante aparecen
la tribulacion y el llanto.
Tu tia te habrá quizá...

EUGENIA.

No, no Señor; su agasajo,
sus bondades y las vuestras
siempre me están adulando.

BARON.

Pues ella defiende que
yo te aflijo y te acobardo;
y yo con el Capitan
solo me estaba chanceando
por contradecirla un poco,
y porque me daba enfado
verla tan enamorada
de ese Conde-casquivano;
quien, á decirte verdad,
es el sugeto mas malo,
y mas perjudicial. :. Luego
que de él se la dice algo,
tu tia salta á la cara
hecha un tigre. ¿Qué cuidado
se nos dá á nosotros de
que haya pegado un petardo
á una loca presumida,
y despues la haya burlado?

No será la ultima, no:
que el Señorito es bellaco
de profesion, y en el mundo
hay pocos oídos cautos
que resistan, ni conozcan
los ardídes de un asalto.
Bien sé que mejor sería
no reirnos de estos chascos;
pero quando no interesan,
y concurren en el caso
graciosas las circunstancias,
suelen divertir un rato.
Tu tia es una muger
terrible; su genio agrio;
y si la conversacion
nuestra al fin te ha disgustado,
perdona, niña.

EUGENIA.

¡Estoy fuera de mí!

BARON.

Ven acá, regalo
único mio; tu eres
honesta, dulce en el trato,
obediente, tu eres digna
de mi amor y mis agrados.

EUGENIA.

¡Ah, padre mio!

BARON.

¿Qué tienes, hija? Voy desconfiando de tí, no me quieres ya como antes.

EUGENIA.

¡Ah, padre amado!

Arrojase á sus pies.

BARON.

¿Pero qué tienes? ¿qué es esto? No te conozco. Te extraño.

EUGENIA.

Yo soy...

BARON.

¿Cómo que yo soy?

EUGENIA.

Vos la mirais...

BARON.

¿Qué recato es ese? ya me impacientas: ¡qué es lo que yo estoy mirando!

EUGENIA.

Yo soy... el Conde... mi padre...

Temblando.

BARON.

Yo soy..? el Conde..? habla claro.
Dí: ¿serás tu la infeliz
de quien estamos hablando?

EUGENIA.

Estoy casada.

BARON.

¿Casada
sin bendecirte mi mano,
y sin mi consentimiento?
Eugenia ha estado con la cabeza inclinada hasta las rodillas de su padre sin hablar. El Baron se levanta, y la echa de sí con indignacion. Ella se cáe. Un impulso de ternura hace al Baron volver para levantarla, y sale Madama corriendo.

MADAMA MUÑER.

¿Qué gritos descompasados
son estos? ¿qué ruido es este?
¿sobre quién descarga el rayo?

BARON.

Hermana, hermana, dexadme.
Yo os habia confiado
la educacion de mi hija;
pero al fin felicitáos,

pues sin que nadie lo sepa
la insolente se ha casado.

MADAMA MURER.

Yo lo sé.

BARON.

¿Vos lo sabeis?

MADAMA MURER.

Sí; yo lo sé; sosegaos.

BARON.

¿Y quién soy yo?

MADAMA MURER.

Sois un hombre
el mas violento, mas raro,
mas irracional de toda
Inglaterra.

BARON.

¿Pero quándo... *con furor.*
vos me hareis morir con vuestra
frialdad... ¿Quando me abraso
de furor, os atreveis
á injuriarme? Quando acabo
de saber...

MADAMA MURER.

Ha hecho muy mal
en hablar. Yo por lo tanto
se lo habia prohibido:

y por solo haber faltado
á mis preceptos, merece
el susto que la estais dando.

EUGENIA.

Tia, no le irriteis mas;
bastante infeliz me hallo.

MADAMA MURER.

Tu dexame hablar, Condesa.

BARON.

¿Condesa?

MADAMA MURER.

No hay que dudarlo:
Sí Señor, Condesa, y
yo, yo soy quien la ha casado
de mi propia autoridad
con el ilustre, el gallardo
Lord Conde de Clarendon.

BARON.

¿Con ese hombre tan malvado?

MADAMA MURER.

Con el mismo.

BARON.

Bien debia
yo temer de vuestros vanos
ridículos pensamientos
todo mi presente daño.

MADAMA MURER.

¿Y qué objeciones teneis
que ponerle?

BARON.

Muchos cargos
pudiera hacerle, y en uno
todos pretendo abrazarlos.
Es un atrevido, libre,
perseguidor declarado
de la honestidad.

MADAMA MURER.

No ha mucho
que le estabais alabando.

BARON.

Es débil ese argumento.
Yo alababa su bizarro
espíritu, su instruccion,
su persona, su buen trato:
ventajas que le distinguen,
y me hubieran obligado
á temerle mas que á otros;
pues abusa de tan altos
méritos y calidad
por sus vicios, despreciando
su opinion.

MADAMA MURER.

¿Que siempre habeis
de pensar lo peor, hermano?
Si ha vivido con alguna
libertad, como muchacho,
hoy es el primero que
la condena, y yo le hallo
un hombre lleno de honor.

BARON.

Con los hombres, y tirano
con las mugeres. Ya lo
dixe; pero vuestro fátuo
sexo tiene allá en su alma
un secreto voluntario
impulso de preferencia
á las gentes de ese baxo
carácter.

EUGENIA.

¡Ah padre mio!
si llegarais á tratarlo
mas, quizás os pesaria...

BARON.

Tu harás eterno tu llanto
por no haberle conocido.
¿Podrá un juicio apasionado
juzgar de su seductor?

MADAMA MUREZ.

Pero yo...

BARON.

Vos (no retrato
mi opinion) lo sois mil veces.
Es un hombre desalmado,
incapáz de arrepentirse
de unas culpas, y unos daños
en cuya multitud funda
sus delicias: fomentando
sin vergüenza en las familias
agenas, unos agravios,
unos desordenes que
harian en igual caso
desesperar á la suya:
un hombre siempre inflamado
del deseo y del desprecio,
contra el honor tan sagrado
de las mugeres, y de entre
las quales anda buscando
su victima, ó eligiendo
cómplices de sus estragos.

MADAMA MUREZ.

Pero por malo que fuere,
á lo menos convengamos,
que su muger está esenta

de aquese tan ponderado
y tan general desprecio,
Señor; y mientras mas alto
concepto tengais de Eugenia,
mas debeis asseguraros,
de que podrán sus virtudes
corregirlo y sujetarlo.

BARON.

Yo os doy gracias por mi hija,
y os agradezco el conato;
pues la gran felicidad
que al fin la habeis procurado,
ha sido ligarla á un hombre
sin cordura, ni recato,
para que vea el afecto
de su marido vagando
y dividido entre veinte
mugeres por todos lados
despreciables: vedla aquí
destinada por su daño,
mientras llega una reforma
incierta, á ahogarse en un llanto
perpetuo, del qual tendrá
su marido desalmado
la baxeza de triunfar
á sus ojos. El encanto

mas bello de la modestia,
ha venido á ser esclavo
del hombre mas libre; cuyo
vil corazon estragado
tendrá por ridiculez
la ternura, el agasajo,
y la fidelidad propia
que en su mugér vá buscando.
¡Ah, Eugenia! te creia
de gusto mas delicado.

EUGENIA.

Pero al fin me lisonjeo,
Señor, que un hombre tan malo
como vos decis, no hubiera
sido digno de mi agrado.

MAÑANA MURER.

Ni el Conde es él hombre á quien
se parece ese retrato
que vos haceis. Puede ser
que de aquel fuego agitado
de la primer juventud,
olvidase que es un árgos
el pueblo, que las costumbres
de todos está mirando;
pero...

BARON.

¿Y qué seguridad,
decid, ha podido daros
para en adelante un hombre
que hasta ahora ha despreciado
su opinion, y la censura
del público ilustre y vario
en punto tan importante?

MADAMA MURER.

¿Seguridad? todo quanto
inspira la confianza
de que el talento y los años
afirman la estimacion
y fama de los humanos.
La franqueza de su genio,
con que dista tantos grados
de disfrazar aun lo mismo
que le puede ser contrario:
su proceder generoso
con los sugetos mas baxos:
su afabilidad bizarra
aun con sus mismos Criados,
y en fin la bondad de su
corazon interesado
en aliviar á su especie
de los comunes trabajos.

EUGENIA.

Padre mio, os aseguro
que no es, como habeis pensado,
nuestro Conde un enemigo
de la virtud.

BARON.

No lo extraño;
que en aquellos que queremos
defender, todos sus actos,
y aun sus vicios, se graduan
de virtudes. Es humano,
grande, liberal; todo esto
es un prodigio: es un pasmo
de la sociedad: no se hallan
méritos mas elevados.
¿Y qué sacamos en limpio?

MADAMA MURER.

Que un hombre de tan hidalgo
carácter, tan bienhechor
de todo el género humano,
no ha de ser únicamente
injusto, cruel, tirano
con la cosa que mas quiere.

BARON.

Ojala. Mas...

EUGENIA.

Padre amado,
no me hagais por Dios la injuria
de creer mal empleado
mi amor.

BARON.

Hija mia, el alma
del hombre impuro, es un caos
dificil de penetrar;
y temo esperas en vano
la favorable mudanza
de su conducta.

MADAMA MURER.

Yo salgo
por fianza de que adora
á Eugenia.

BARON.

Vaya, id echando
términos de ese embustero
maldito bocabulario
de nuestro siglo. ¿Adorar?
¡qué dulces quedan sus labios!
Los hombres de bien estiman
á sus mugeres: los malos
y engañosos las adoran;
pero aunque les cueste caro,

las mugeres solo quieren
ser adoradas.

MADAMA MURER.

No aguardo
que mudareis de dictamen,
quando sepais que esperamos
de aquesta union tan perfecta
un fruto...

BARON.

Vamos de espacio.
¿Cómo?

MADAMA MURER.

Quando antes de mucho...

BARON.

¿Es esto verdad? Oid, vamos.

EUGENIA.

Querido padre, colmad
con vuestro piadoso brazo
la dicha de vuestra hija,
bendiciendola en su estado.

BARON.

¡Muy bien, muy bien! Yo supuesto
que estamos en este caso,
hija, yo lo apruebo todo.
Ya es irremediable el daño.

EUGENIA.

¡Ah tia, de qué gran peso
mi corazon se ha aliviado!

MADAMA MUÑER.

Condesa, abraza á tu padre.

BARON.

Dexese allá sus Condados,
y sea siempre mi Eugenia.

EUGENIA.

Siempre mi padre, á quien amo,
y venero. ¡Ah Conde, qué
dia tan feliz para ambos!

BARON.

Pero decid: si ya está
con ella el Conde casado,
¿qué quiere decir esotro
casamiento? yo me hallo
aun confuso.

EUGENIA.

Esa noticia
fue la que improviso rayo
dividió mi corazon.

MADAMA MUÑER.

El nos lo dixo bien claro
facilidades del vulgo,
y noticias de Criados.

BARON.

Eso no me satisface.

MADAMA MURER.

Ahí está Drink, un muchacho
de quien el Conde se fia:
llamadle, y exâminadlo.

BARON.

Tiene vmd. razon; así
saldremos de este pantano.
Tira de la campanilla, sale Drink, al que agarra del cuello, y él se turba. Esta representacion será muy viva.
Ven acá, pícaro, dime
quanto sabes del tratado
casamiento de Milord.

DRINK.

¿Del casamiento de mi Amo?
Sí, ya sabrán... Mayordomo
maldito.

BARON.

¿Qué estás mascando?
¿ni qué Mayordomo? habla.
¿Será fuerza darte un trato
de cuerda?

DRINK.

Nó, no Señor.

Por eso no hay que enfadaros:
¿es sobre este casamiento
lo que preguntais?

BARON.

Sí, vamos.

DRINK.

Aquí es preciso mentir. ap.
Señor, es cierto el contrato.

BARON.

¿Cierto? ¿lo oye vmd. hermana?

MADAMA MURER.

Señor, miente este borracho.

DRINK.

La verdad os digo, como
si estuviera agonizando.

BARON.

¡Tu no mientes, miserable!

DRINK.

Ellos están enterados
de todo, sin duda entró
alguna carta por alto.

BARON.

Dime la verdad, porque
ya estoy del todo empeñado.
en apurar por tu boca
toda la ponzoña al vaso.

DRINK.

Señor, pues ya lo sabeis...

BARON.

Traydor, confiesa de plano
la verdad.

DRINK.

Pues ya no sirve,
Señor, el disimularlo,
aquí teneis una carta
de Villans, el temerario
Mayordomo de Milord.

BARON.

¿Para quién?

DRINK.

¿No está bien claro
el sobrescrito á Madama?

MADAMA MURER.

¿A mí por qué? ¿desde quándo
me viene esa preferencia?
¿pues qué he puesto yo á su cargo,
ni qué tengo yo que ver
con ese hombre? No lo alcanzo.

DRINK.

¿Qué teneis que ver? sus artes,
y sus astucias del diablo
hicieron el casamiento.

MADAMA MURER.

Hombre, tu estás delirando.
Y la carta viene abierta. *lee para sí.*

BARON.

Pero dime, mentecato,
¿cómo ha de poder el Conde
casarse siendo casado
de secreto con mi hija?

DRINK.

¿Cómo? Señor... ¡insensato!
¿es el nuevo casamiento
del que me habeis preguntado?

BARON.

¿Pues de qué otro puede ser?

MADAMA MURER.

¡Oh vil accion! ¡Ah malvado!

BARON.

¿Qué es eso?

DRINK.

A Dios, Inglaterra. *vase.*

MADAMA MURER.

¡Es el lance mas extraño,
mas indigno! Mi sobrina
no es su esposa: la ha burlado.

EUGENIA.

¡Oh Dios todo poderoso!

Cae en una silla.

MADAMA MURER.

Este infame disfrazado
allí sirvió de Ministro:
su familia, su palacio
de cómplices infernales.

BARON.

¡Rabia, furor, para quándo *patea.*
son vuestras iras, sino
me matais al escucharlo?
¡Oh mugeres, qué habeis hecho!

MADAMA MURER.

Suspended por Dios, hermano,
vuestra justicia y baldones.
Atended solo al estado
en que se halla.

EUGENIA.

No Señora;
no le detengais. No hay daño
que tema, sino el vivir.
Yo vuestra cólera inflamo,
padre, y yo misma la imploro.

BARON.

Bien lo mereces. ¡Ah flaco

sexô pérfido! ¡ah muger!
¡ah muger, peligro, flanco,
sustos, turbacion, deshonra
de las familias! ahogaos
ahora en un sentimiento
tan inutil como amargo:
llorad, anegad los ojos
en el mar de vuestro llanto.
¿De qué sirve? ¿habeis creido
ser venturosas faltando
á mi obediencia? ¿creisteis
poder sin exâminarlo,
atreveros á violar
impunemente el mas santo
derecho, la obligacion
mas natural? el encargo
mas terrible de la ley,
que es el respeto mandado
observar, y la obediencia
á los padres; y mas quando
son los asuntos tan graves,
y los padres tan humanos
como yo para sus hijas,
que solo están anhelando
su buen establecimiento,
su placer y su regalo?

Tu te has atrevido á todo,
Eugenia, y todos tus pasos
en medio de la jornada
se hallan torcidos y flacos.
Has sido en fin seducida.
El deshonor y el escarnio
serán tus inseparables
compañeros. No habrá lado
donde mires, que no veas
con rubor y con espanto
la imagen de tu desgracia.
Y sobre todo, irritado
hoy el Cielo te castiga
con el eterno inmediato
abandono de tu padre,
y su maldicion, que el alto
padre universal confirma
quizá quando la declaro.

Quiere irse, ella le detiene abrazandose de sus rodillas.

EUGENIA.

¡Ah padre! tened piedad
de mí, no apreteis el lazo
de mi desesperacion,
y matadme en revocando
la última cruel sentencia,

Señor, que habeis pronunciado.

BARON.

Quitateme de delante:
dexame alentar un rato *enternecido.*
lejos de tí: tu me has hecho
el hombre mas degraciado,
mas triste, y mas despreciable
del mundo.

Vase poco á poco titubeando.

EUGENIA.

¡En tal desamparo
me abandonais vos tambien!

MADAMA MURER.

Me agravias solo en pensarlo.
No, hija mia, no, y escucha.

EUGENIA.

¡Ah! tia, venid á echarnos
á las plantas de mi padre:
aplaquémosle, y salgamos
de una casa tan odiosa.

MADAMA MURER.

Tan diverso, tan contrario
es mi dictamen, que juzgo
que antes debemos quedarnos,
y que tu escribas al Conde
que sin falta y con recato

esta noche venga á verte.

EUGENIA.

Solo con imaginarlo
me lleno de horror. ¿Yo á él?

MADAMA MUTER.

Es precisa en estos casos
la constancia: yo no dudo
que vendrá de tí llamado.
Baldonarás su conducta:
le arguirás con su bastardo
proceder y su infamidad:
sabrá que tu padre agrado
quiere implorar el auxilio
judicial, en desagravio
de su opinion: y el temor
de hacer públicos sus tratos,
ó un buen arrepentimiento,
todo podrán enmendarlo.

EUGENIA.

¿Y yo sería tan vil
despues de ver su villano
indigno corazon? ¿yo
escribir disimulando?
¿respetaré yo jamás
á quien aborrezco tanto,
y no puedo estimar nunca?

¿Iré yo al pie de los santos
altares á jurar fé
á un perjuro que ha turbado
mi quietud ! ¿yo someterme
con tal baxeza al tirano
que triunfó de mi inocencia ?
¿yo prometer mis alhagos
eternos y mi ternura
al pérfido , cuyas manos
al ídolo de sus vicios,
mi honor han sacrificado ?
Antes moriré mil veces.

MADAMA MURER.

Mira , hija , que en tan árduos
empeños , muerte y oprobrios
suelen ser los frutos agrios
de la desesperacion.

EUGENIA.

¿El oprobrio ? ¿pues acaso
tengo alguno que temer ,
ya deshonrada con tantos
ultrages , abandonada
de todos , opresa baxo
la maldicion de mi padre ,
sin asilo , sin descanso ,
de mi propia aborrecida ?

y en fin está ya obstinado
mi pecho : la muerte solo
es el arbitrio que aguardo. *vase.*

MADAMA MURER.

Ella me dexa, y no escribe.
Un padre furioso, avaro
de su gloria, que no cede
á los consejos mas sabios...
una hija desesperada,
que funda solo en su estrago
la esperanza de su alivio...,
un amante tan malvado
como poderoso, grande,
lleno de honores y aplausos
de la Corte, embebecido
en las pompas, y aparato
de una boda que mañana
cerrará todos los pasos,
y las veredas, por donde
se puede atajar un daño
que yo debo contener,
pues yo soy la que le causo...
¡ah, que horrible situacion!
Venganza, sostén mi brazo.
Piensa un poco, y vuelve sobre sí resuelta.
Yo misma voy á escribir

luego al Conde, pretextando
un grave asunto, y si viene.
Traidor, tu pagarás caros
los pesares que por tí
padecemos y esperamos.

ACTO IV.

Sale Roberto con luz, y enciende las velas que se han apagado en el entreacto. Madama peseandose con un papel en la mano, y hablando consigo.

MADAMA MURER.

El vendrá. ¿Le has esperado
mucho?

ROBERTO.

Aun no estaba en casa.
Y ella y la familia están
sumamente alborotadas,
anticipando el placer
de las bodas de mañana.
Está todo en tal desorden,
que apenas el Conde hallaba
sitio donde responderos
en pie esas quatro palabras.

MADAMA MURER.

El vendrá. Roberto, escucha,
y no me alteres en nada
esta orden. Vete al jardin

cerca de la puerta falsa:
estáte allí retirado,
y al punto que oygas pisadas,
y el sonido de una llave
en la cerradura, escapa
corriendo á darme el aviso,
que yo estaré en la antesala.

ROBERTO.

¿Pues por allí ha de venir?

MADAMA MUGER.

Hazlo como se te manda:
él vendrá. Yo te aseguro, *vase Roberto.*
hombre indigno, hombre de mala
fé... El partido es violento;
pero es el que mas se adapta
con el genio del Baron.
No obstante, bien es que vaya
á prevenirle. Aun hay tiempo.
Mira el reloj.
Su cólera desahogada
ya, está dentro con su hija
empeñado en consolarla.
Así es como yo le quiero:
que estas condiciones agrias
solamente la prudencia
es capaz de gobernarlas.

Pero ya sale : en su rostro
trae escrita su desgracia.

Sale el Baron.

¿Señor , estais satisfecho?
Poco os ha faltado para
quitar la vida á vuestra hija.

Sientase el Baron junto á la mesa.

Muchos gritos , mucha rabia
sin reflexion , ni reparo.

BARON.

Los que han hecho el mal , en cara
se le echan á los demás :
y esto es lo que á mí me pasa.

MADAMA MURER.

Pero un hombre temerario
que de todo se arrebata ,
y se entrega á la violencia
de su pasion inhumana...

BARON.

Vos abusais de mi estado

Levantase enfadado.

y de mi paciencia , hermana.
¿Habeis jurado matarme
á pesadumbres? ¡mal hayan
vuestras herencias! ¡qué mal
nos han salido! guardadlas.

Dexadnos. No las queremos ;
que son damasiado caras ;
y en breve mi hija infelice
no necesitará nada.

MADAMA MURER.

Nunca sabeis resolveros.

BARON.

Ya he resuelto , y con constancia.

MADAMA MURER.

¿Cómo ?

BARON.

¿Cómo ? Iré á la Corte ;
iré ; me echaré á las plantas
del Rey. Yo sé que me oirá.
No me volverá la espalda.
¿Y por qué la volveria ?
él es tambien padre , y varias
veces le he visto abrazar
á sus hijos.

MADAMA MURER.

¡Extremada
idea ! ¿y qué le direis ?

BARON.

Lo que me dicten mis ansias
y mi razon. Le diré :
Señor , oid mis palabras :

vos sois padre : sois buen padre :
yo tambien ; y confiaba
que el honor y la conducta
de mis hijos, confirmáran
la virtud de sus abuelos,
y el zelo de mi crianza ;
pero ya, Señor, de todo
desconfio por la infausta
suerte de un hijo infeliz,
y una hija malógrada.
Entre vuestras grandes prendas
son las que mas os ensalzan
quizá las de tan humano,
tan bienhechor. Quando estaba
en peligro uno de vuestros
reales hijos, penetradas
de vuestras lágrimas tiernas,
visteis, Señor, nuestras almas,
y llorabamos con vos :
con que vuestra soberana
bondad no puede dexar
por padre, justo, y Monarca,
de ser sensible á las mias.
Mi hijo sacó la espada
y riñó ; pero como hombre
de bien : él desde la infancia

sirve á vuestra Magestad,
como sirvió entre las armas
Inglesas su visabuelo,
que fue muerto en la campaña
á los ojos de su Rey
vuestro antecesor, con tanta
gloria, que nunca el olvido
de Londres podrá borrarla.
Os sirve como mi padre:
quien al rigor de una bala
fue muerto en la última guerra
por defender á su patria.
Sirve al fin como servia
yo, que allá en Alemania
compré á costa de continuos
peligros, y de batallas,
estos timbres que me dieron
enemigas cuchilladas.
Desabrocharé el vestido,
verá mis cicatrizadas
heridas; verá mi pecho;
me escuchará, y alentada
mi voz, añadiré entonces
con firmeza, mi demanda.
Un seductor en mi ausencia
ha violentado mi casa,

ha deshonrado á mi hija;
y no, Señor, porque haya
sido la facilidad
de ella cómplice en la infamia,
sino con un casamiento
supuesto, con circunstancias
tan criminales, tan viles,
que unas á otras agravan
la enormidad. Y así puesto
á vuestros pies pido gracia
para mi hijo, y justicia
para mi hija desdichada.

MADAMA MURER.

Pero el seductor es hombre
calificado, y de alta
clase.

BARON.

Si es calificado,
yo soy noble, no me faltan
méritos: en fin soy hombre.
El Rey es justo. A sus plantas
todas esas diferencias
se confunden, se avasallan
las Gerarquías. Yo soy
testigo de que el Rey trata
con igual cariño al pobre

labrador quando le habla,
que al mas grande y poderoso
de su Corte.

MADAMA MURER.

Señor, basta
sin ese recurso, nuestro
brazo para la venganza.

BARON.

Sí, venganza. Que lo entreguen
á las penas ordinarias,
y rigores de la ley.

MADAMA MURER.

A las leyes mas exâctas
el poder, y los empeños
muchas veces las defraudan
su vigor: y sobre todo
él se ha de casar mañana.
El asunto no se debe
aventurar á una larga
solicitud, sino á un golpe
decisivo, y sin tardanza.
En fin, hermano, ya es tiempo
de no reservaros nada.
Antes que pasen dos horas,
vereis dentro de esta sala
ser el Conde vuestro yerno.

ó perecer á estocadas.

BARON.

¿Y cómo es eso?

MADAMA MURER.

Escuchadme.
Por mano de confianza
he enviado al Señor Duque
una muy circunstanciada
representacion de todas
las bastardías, é infamias
de su sobrino, callando
no obstante la reservada
idea de mi proyecto.
Eugenia desesperada,
no me ha querido ayudar;
pero yo escribí una carta
por ella al Conde, diciendo
que venga á verme sin falta
esta noche.

BARON.

¿Esta noche?

MADAMA MURER.

Vendrá por la puerta falsa,
y á las doce; ved aquí
su respuesta. Tengo armada
vuestra familia y la mia,

con orden que todos salgan
á sorprenderle en su quarto.
Tengo en la pieza inmediata
el Parroco prevenido,
y las cosas necesarias
al desposorio. Le haré
temblar en fin.

BARON.

¿Cómo, hermana?
¿qué se dirá? ¿una sorpresa?
¿una violencia tan rara?

MADAMA MURER.

No tuvo tantos reparos
él, quando nos preparaba
el ultrage mas violento.

BARON.

Tiene vmd. razon sobrada;
pero quando llegue, yo
le embestiré, y cara á cara
reñiré con él.

MADAMA MURER.

¿Y qué
conseguirémos, si os mata?

BARON.

Moriré con el consuelo
de que no diga la fama

de mí, que he sobrevivido
á nuestras deshonras. *vase.*

MADAMA MURER.

Anda,
indocil viejo, que no
necesito de tus armas,
ni tus consejos. Yo sola
tuve la culpa de tantas
desdichas; pero tambien
sabré sola remediarlas.

Sale Roberto.

ROBERTO.

Señora, acabo de oir
ruido de llave que entraba
por la cerradura, y vengo...

MADAMA MURER.

Pues entremos pronto. Apaga,
Roberto, apaga las luces.

Vanse acelerados, apagando Roberto las luces de la mesa. Sale el Conde con sombrero puesto, la espada en la mano, y con la otra rendura á Don Carlos, quien trae la espada debaxo del brazo. El salon estará obscuro.

CONDE.

Ya teneis asegurada,

Señor, la vida; y aunque
habreis notado que haya
precedido aquel misterio
para entrar en esta casa,
sabed que es vuestra por mia:
¿estais herido?

CARLOS.

Una bala
solamente me tocó
al soslayo en la casaca:
pero sepa yo á quien debo,
Señor, la vida y las gracias,
pues sin el dichoso acaso
que conduxo vuestra espada
á mi lado, ciertamente
pereciera á la ventaja
de quatro pícaros, que
desprevenido me asaltan.

CONDE.

Mi accion fue muy natural,
y no creo que hice nada
mas de lo que por vos mismo,
en iguales circunstancias
hubierades hecho vos.
Yo soy el Conde que llaman
de Clarendon.

CARLOS.

¿Cómo? ¿el Conde
de Clarendon? pues aun pasa
adelante mi ventura,
que os deberé vida y fama.

CONDE.

¿Cómo tendré tanta dicha?

CARLOS.

Yo sé teneis unas cartas
á mi favor de Dublin.

CONDE.

¡Casualidad bien extraña!
¡Sois acaso el Caballero
de Campley, por quien mi hermana
y mi prima se interesan
tanto? y con tal eficacia
á vuestro favor me escriben,
amigo, que deseaba
conocer las bellas prendas
que dicen que os acompañan.

CARLOS.

Aunque esas tan poco aquí
á mis méritos igualan,
soy el mismo. Cinco dias
ha que llegué de campaña
á Londres, me he presentado

cada noche en vuestra casa.
Oí que acabábais de
salir á pie ; corrí para
presentarme , y quando pronto
para alcanzaros estaba ,
me acometió como visteis
toda aquella vil canalla ;
que por cierto es la segunda
vez despues de mi llegada ,
y la que sin vos quizá
sus intenciones lograra.

CONDE.

Me alegro mucho de haber
podido , aunque con tan rara
casualidad , empezar
á dexar desempeñada
mi obligacion en servicio ,
Señor , de vuestra gallarda
persona , tan justamente
y tan bien recomendada.

CARLOS.

Aunque no es el nombre mio
Campley , en toda la mancha
y en Londres es el que he usado.

CONDE.

Sí ; me acuerdo que mi hermana

me dice que un grave asunto,
y de honor, os obligaba
á la fuga y á ocultarse
Mi Coronel es la causa
él solo es quien me persigue
pero al fin por la venganza
de que se vale, podeis
juzgar sin que yo lo añada,
el hombre que es mi contrario.

CONDE.

Eso es indigno. Mañana
hablarémos, y esta noche
conmigo habeis de pasarla
toda. Despues en mi quarto
mismo os pondrán una cama
No obstante, amigo, de hallarme
con vos en tan arriesgado,
tan crítica situacion.

CARLOS.

Si de vuestra confianza,
Señor, puedo yo ser digno,
mandadme.

CONDE.

Las circunstancias
me obligan á revelaros

un secreto. En esta casa
me han citado para cierta
conversacion reservada.
Solo á ella venia, quando
se ofreció la afortunada
ocasion de seros útil.

CARLOS.

Pues, Señor, aprovechadla
ahora: que el tiempo es precioso,
y conmigo le malgasta
Vuecelencia.

CONDE.

No es por cierto,
por apariencia que haya,
lo que imaginais. ¿Sabeis
que las bodas que se tratan
por interés, nos obligan
á romper con repugnacia
muchas veces unos nudos
mas gratos, y que afianzan
con vínculos mas amables
los intereses del alma?
pues esta es precisamente
mi novela. Una muchacha
preciosa que quiero mucho,
y ha mostrado bien que paga

mis finezas, está aquí
con su familia alojada:
ha sabido que me caso,
y me ha escrito que me aguarda
en punto de media noche.
Vengo al fin, pero con harta
confusion: os lo confieso:
y dudo como aplacarla.

CARLOS.

Será alguna mugercilla,
de estas desembarazadas.

CONDE.

Nada menos: lo contrario:
es lo que mas me embaraza:
pues ya debo sospechar
que algun dia tenga malas
resultas este negocio.
Hay una ilustre prosapia,
y un hermano de por medio.
mas la seña que esperaba
oygo. Aguardad un instante.

La conduce á la puerta del jardin, y vuelve.

en el jardin. Ya veis hasta
donde con vuestra amistad
se estiende mi confianza.

Salen Madama, Eugenia, y Betsi trae una luz con que enciende las de la mesa, y se vá; y el Conde dexa el espadin sobre una silla inmediata á la puerta.

MADAMA MURER.

Eugenia, no te resistas:
que es preciso que lo hagas
absolutamente.

CONDE.

Llega ap.
llena de temor el alma.
Un papel que he recibido
tuyo, me ha dexado helada á *Eugenia.*
la sangre, y estas dos horas,
que hasta las que me señalas
en él han intermediado,
han sido las mas infaustas,
mas crueles de mi vida.

MADAMA MURER.

No es, Señor, vuestra tardanza
la que habeis de defender. *sería.*

CONDE.

¿Tambien vos conmigo ayrada?
¿Qué modo de recibirme
es este? No sé á qué causa

lo atribuya.

MADAMA MURER.

Descended,
si quereis averiguarla
á vuestro corazon mismo,
y juzgaos.

CONDE.

Pues las falsas
voces de mi casamiento,
Pueden perturbar...

EUGENIA.

¡Villana
disimulacion!

MADAMA MURER.

No apures
ahora tus desmayadas
fuerzas, Eugenia. ¿Con qué
todo quanto aquí se habla
sobre el asunto, no es mas
que una idéa imaginaria?

CONDE.

Reflexîonad bien, Señora,
lo pasado, y sosegada
juzgad vos misma, y vereis
cómo es facil que tratára
yo...

MADAMA MURER.

¿Parece que os turbais?

CONDE.

Quando vos por mi desgracia
no creais... invocaré
las bondades de mi amada
Eugenia...

MADAMA MURER.

¿Por qué, decid,
no os atreveis á llamarla
vuestra muger?

EUGENIA.

¡Quién dixera
que aun era capáz mi rabia
de llegar á tal extremo!

CONDE.

A la verdad que me páran
unos discursos tan nuevos,
Señora, y unas ojeadas
tan adustas, sin que pueda
saber sobre qué retuygan...

MADAMA MURER.

Desmiente, vil seductor,
el testimonio que acaba
de dar tu cómplice odioso,
y desmiente el de tu mala

conciencia, que trae escrita
sobre tu frente la infamia
y el horror de tus delitos
confundidos. ¿Qué te espanta?
Lee, lee.

CONDE.

¡Soy de marmol!

Despues de haber leido.

Mi culpa está averiguada.

MADAMA MUREU.

Muerto ha quedado.

CONDE.

Confieso
que lo estoy, y que no hallan
mis sentimientos disculpa
suficiente, cuando tantas
apariencias me condenan.
Mi corazon se delata
culpado; pero el temor
de perder tan suspirada
digna prenda, y el de un tio
poderoso en quien fundaba
mi fortuna, me obligaron
al error de asegurarla
por unos medios indignos;
pero os juro, que no haya

para remediarlo todo,
medio de que no me valga.

MADAMA MUGERES.

Y mas breve que tu piensas.

CONDE.

Eugenia, fuiste ultrajada;
pero tu virtud por eso
no dexa de ser tan clara
y pura como al principio,
no caerá la menor mancha
en ella, por mi injusticia.
Este secreto afianza,
y responde de tu honor:
y si tu menos airada
te dignases de premiar
mi amor con tu mano blanca,
¿quién, sino mis conveniencias
serán las perjudicadas?
El amante y el esposo
serán solo uno á las plantas
y á los ojos de mi Eugenia;
y á la culpa perdonada,
un dia seguirá el fruto
de la union estrecha y santa
que haga por eternidades
feliz mi amor, y tus gracias.

EUGENIA.

¡Oh, el mas falso de los hombres!
vete lejos de mí. Aparta,
que me dan horror tus mismas
disimulaciones. Anda,
anda á jurar á los pies
de otra muger desgraciada,
adonde llegue ignorado
el aspid de tus palabras.
Pondérala sentimientos,
que no caben en las almas
perversas, ni tu conoces,
y vete sin esperanza
de que yo pueda ser tuya
de modo alguno. Arrestada
á todo sabré morir. *vase.*

MADAMA MUÑER.

¿Y podreis abandonarla
en dolor tan excesivo?

CONDE.

No Señora: sus pisadas
voy siguiendo: ella se cree
Vase Madama con la luz.
sin honor: esto me basta:
ella es mia, y será mia.
¡Ah! ¿qué hice yo? ¿dónde estaba

mi juicio? ¿á qué me atreví?
¡Ah! que para abandonarla
hubiera sido preciso
no haberla visto enfadada.
Sale Don Carlos.

CARLOS.

¿Señor Conde?

CONDE.

¿Sois Campley?

CARLOS.

Sí.

CONDE.

Perdonad la tardanza,
y aguardad solo un instante,
iremos juntos.

CARLOS.

Entraba
para deciros, que estando
la noche tan abanzada,
veo mucha gente en pie.

CONDE.

Son los Criados de casa:
Vuelvo. *vase.*

CARLOS.

¡Todo es confusion,
y bullicio! Suben, bajan.

y corren : he visto gentes
en el jardin apostadas :
han cerrado ya las puertas
el Conde , sino me engaña
la aprehension , está turbado.
Todo es ayre de borrasca
el que se siente , y recelo
que no quede en amenaza.

Sale Madama del quarto de Eugenia sin luz , y atraviesa el salon.

MADAMA MUGER.

El está á sus pies rendido ,
y ella , aunque tarda , mas blanda.
El instante es favorable ;
aprovechese.

Vase por la puerta del jardin.

CARLOS.

Juráraque se parece esta voz... *paseandose.*
por cierto es indigna traza
la del Coronel. ¡Mal hombre !
No eran los que me rodeaban
ladrones ; no ciertamente.
¡Pero quántos bienes , quántas
fortunas en la persona
del Conde se me preparan !

Mi libertador : sugeto
que conseguirá mi gracia
en la Corte por su tio.
¡Oh quántos títulos para
creerlo ! Mas ruido siento,
y no lejos de esta sala.
Oygamos.

Sale Madama.

MADAMA MUREK.

No habeis de entrar
A los Criados que viven con ella.
ninguno, hasta que se os haga
la seña, que os pondreis todos
cerca de la puerta en ala
para arrestarle al salir;
y ved que si se os escapa,
respondereis con la vida.
Vanse los Criados al jardin, y Madama al quarto de Eugenia.

CARLOS.

Aquí hay traycion declarada.
¿Si seré yo tan dichoso
que al instante satisfaga
la vida á mi nuevo amigo?

Sale el Baron.

BARON.

El proyecto de mi hermana
me inquieta. ¡Qué mal un daño
sucedido se restaura!
Aquí ha de estar Clarendon.

CARLOS.

Sea quien fuere, esta raya
no pase. *le pone al pecho el espadin.*

BARON.

¿Quién es aquel
que lo estorvará? *saca la espada.*

CARLOS.

Esta espada.
O retirate, ó te mato.

BARON.

¿Y quién es quien me lo manda?
Salen con luz y armas los Criados.
¡Mi hijo!

CARLOS.

¡Cielos, mi padre!

BARON.

¿Por qué aventura te hallas
en mi casa, y á estas horas?

CARLOS.

¿Esta es, Señor, vuestra casa?

Salen Madama, Eugenia, y Betsi trae una luz con que enciende las de la mesa, y se vá; y el Conde dexa el espadin sobre una silla inmediata á la puerta.

MADAMA MURER.

Eugenia, no te resistas:
que es preciso que lo hagas
absolutamente.

CONDE.

Llega ap.
llena de temor el alma.
Un papel que he recibido
tuyo, me ha dexado helada á *Eugenia.*
la sangre, y estas dos horas,
que hasta las que me señalas
en él han intermediado,
han sido las mas infaustas,
mas crueles de mi vida.

MADAMA MURER.

No es, Señor, vuestra tardanza
la que habeis de defender *seria.*

CONDE.

¿Tambien vos conmigo ayrada?
¿Qué modo de recibirme
es este? No sé á qué causa

lo atribuya.

MADAMA MURRAY.

Descended,
si quereis averiguarla,
á vuestro corazon mismo,
y juzgaos.

CONDE.

Pues las falsas
voces de mi casamiento,
Pueden perturbar...

EUGENIA.

¡Villana
disimulacion!

MADAMA MURRAY.

No apures
ahora tus desmayadas
fuerzas, Eugenia. ¿Con qué
todo quanto aquí se habla
sobre el asunto, no es mas
que una idéa imaginaria?

CONDE.

Reflexîonad bien, Señora,
lo pasado, y sosegada
juzgad vos misma, y veréis
cómo es facil que tratára
yo...

CONDE.

Tu desdén al fin, ingrata,
no era más que fingimiento,
por dar tiempo á que se armáran,
y pudieran sorprenderme?

EUGENIA.

Esta es mi última desgracia.

Cae en una silla desmayada.

MADAMA MURER.

En vano son todos esos
discursos. En dos palabras,
ó desposarse, ó morir
primero que de aquí salga.

CONDE.

¿Y cederé yo á un motivo
tan vil? ¿Daré yo forzada
mi mano por temor? Nunca.

MADAMA MURER.

¿Qué prometiste con tantas
lágrimas habrá un instante?

CONDE.

Entonces con justa causa
rendia el culto debido
á una virtud agraviada:
mas podia su dolor
conmigo, que quantas armas

tiene toda la Inglaterra.
Sus ojos me penetraban
el corazon: en fin iba
á triunfar; pero trocadas
ya mis ideas, desprecio
unos asesinos.

BARON.

Basta.
¿Tu me has creido capaz
de serlo? ¿Tu por la vara
criminal de su conducta
mides al fin mi constancia
y mi obligacion?

MADAMA MURRA.

Asidlo.

CARLOS.

Dexadle.

MADAMA MURRA.

Haced lo que os manda
mi voz. Asidle.

CARLOS.

El primero
que pase de aquesta raya,
morirá.

Madama desesperada se tira en una silla, cruzando los brazos sobre la frente: y dice el Baron á los Criados.

BARON.

Dexad á mi hijo.

CARLOS.

De mí propio me afrentara,
Conde, si reconociendo
que le debo á vuestra espada
la vida, con ella en vuestra
defensa no me empeñára.
Los medios que se han tomado
contra vos, rubor me causan,
como indignos de personas
que nacieron obligadas
por sí mismas á vencer
sus contrarios sin ventajas.
La vida que os debo os doy,
para no deberos nada.
Tomad vuestra espada, y solo
os la doy para emplearla
contra mí. Ya estamos libres
los dos: vos de esta venganza
cruel, y yo de mi deuda.

Salid, Señor, por la falsa
puerta del jardin que entrasteis,
seguro de que os resguarda
por hoy mi valor la vida;
y nos verémos mañana.

CONDE.

Señor, yo... espero... si aquí...
Os aguardaré en mi casa.

Turbado mirando á Eugenia y Carlos, y vase.

MADAMA MURRAY.

En fin, Carlos, ¿has venido
aquí solamente, para
sacarle de nuestras manos?

CARLOS.

¡Ay! que no sabeis bien quanta
lástima me tendreis todos,
quando sepais... (¡ah tirana
ley de honor!) yo os vengaré:
vivid con esa esperanza.
Pero Eugenia, que fue siempre
por su genio, y por sus gracias
tan aplaudida de todos,
las delicias de su patria,
y su familia...

MADAMA MUREY.

Don Carlos,
Vengad solo á vuestra hermana,
y no la culpeis. Ella es
víctima sacrificada
inocentemente. Entremos,
y prevenid toda el alma
al horror de las maldades
del Conde, antes de escucharlas.

CARLOS.

¿Ella está inocente? ¡Ah! Eugenia,
perdona mi demasiada
facilidad, y recibe
en tus queridas y blancas
manos... pero no me entiende.
¿Qué hacéis, Señora? Llevadla
á su quarto; socorredla;
pensad solo en consolarla.
Llevanla, y quedan el Baron y Carlos.
Y vos, ¡oh padre infeliz!
dexad que en las vuestras haga
el juramento, y por ella
le recibid; si la rabia
que me oprime, no me ahoga,
si el fuego que mis entrañas
devóra, no me consume,

os juro... por vos, que es quanta
ponderacion cabe en mí,
que antes de que el sol nos trayga
el dia, será su muerte
el fruto de mi venganza.

ACTO V.

Salen Madama, y Don Carlos.

MADAMA MURER.

Pues se ha sosegado un poco,
aquí podemos, sobrino,
hablar con mas libertad.

CARLOS.

Despues de lo que he sabido,
¿qué me queda que saber?
A tanto como habeis dicho,
¿hay que añadir? El ultrage
y el horror han encendido
mi furor; ya yo no escucho
mas voz que la de mis brios.
La suerte está echada ya.
Morirá el cruel.

Sale Eugenia.

EUGENIA.

¡Qué he oido!
¡Hermano!

CARLOS.

¡Querida Eugenia!

¡Infeliz! Si no hubo arbitrio
en mí para precaver,
ni evitar este delito,
tendré á lo menos la odiosa
vanidad, el triste alivio
de castigarle.

EUGENIA.

Detente:
¿qué fruto de su castigo
puedes esperar?

CARLOS.

Hermana,
quando no deja el destino
escoger medios, es fuerza
hacer con ánimo activo
la necesidad virtud.

EUGENIA.

¿Y para quándo es el juicio?
tu hablas de virtud, ¿y vas
á degollar á tu mismo
bienhechor, tu semejante?

CARLOS.

¿Mi semejante un indigno
monstruo?

EUGENIA.

Sí; pero es un monstruo

á quien la vida has debido.

CARLOS.

Yo no le debo ya nada.

EUGENIA.

¡Gran Dios! calmad compasivo
tanta desesperacion.
Don Carlos, hermano mio,
en nombre de la ternura,
ó mas bien de los suspiros
y desgracias que me ahogan:
¿será menor el perjuicio
de mi familia, estará
mi honor menos ofendido
quando el nombre de un perjuro
se confunda en el olvido
del mundo? Y si vuestro intento
queda por nuestro enemigo
mas castigado, ¿qué golpe
tan cruel, tan excesivo
tan terrible para un padre!
¿Vos el apoyo mas digno
de su vejéz, exponeis
la vida? ¿el único auxilio
de que tanto necesita?
¿Y por qué? por un delirio.
¿Por quién? Por una infelice

que todos vuestros altivos
esfuerzos salvar no pueden
de su deshonra. Yo espiro.

CARLOS.

Vivirás, y vivirás
para gozar el alivio
de tu venganza.

EUGENIA.

No soy
digna de tan exquisito
empeño. ¿Quieren mas pruebas?
¡Ah! que llega á lo infinito
lo que yo misma á mí misma
me menosprecio, y me humillo:
es tanto al fin, que no quiero
disimularlo contigo.
Aunque conozco que el Conde
es infame, aunque me irrito
contra él, y le detexto;
mi corazon no dá indicios
de aborrecerle, antes hallo
que le adora á pesar mio:
por mas ánimo que tengo
para despreciarle vivo,
muerto nada aplacaría
mi llanto, por él mas fino.

Si le matas, sentiré
que el Conde no haya vencido,
y tu serás á mis ojos
el mas fiero basilisco.
Con baldones insensatos
verás como te persigo
en todas partes. Y en fin
diré que tu solo impío,
eres el que me ha privado
de mirarle arrepentido.

CARLOS.

Mi excesiva tolerancia
y mi honor desde el abismo
de sus ultrages se indignan
de tus discursos; mal digo:
desprecio tu llanto. A Dios;
que yo volando camino
á cumplir mi obligacion,
ó al último precipicio. *vase.*

EUGENIA.

Bárbaro, tente. ¡Qué horrible
demonstracion de cariño,
y amistad vas á ofrecerme!
La vista de tu cuchillo
ensangrentado, arrancado
y fuera del seno frio

de mi esposo !¿De mi esposo?
Labios, ¿quées lo que habeis dicho?
¿qué nombre habeis pronunciado?
¡Ah! Se turban mis sentidos,
y mis sollozos se ahogan.

MADAMA MURER.

Modera los excesivos
extremos de tu afliccion.

EUGENIA.

No; jamás nadie ha sufrido,
ni puede sentir tormentos
mayores, que son los mios.
¡Ah, ingrato, si conocieras *exclama tierno.*
el corazon que tus vicios
abandonan!

MADAMA MURER.

Hija mia,
consuelate, que el olvido
y el secreto mas profundo,
no dexarán á los siglos
memoria de tu desgracia,
y esperemos.

EUGENIA.

No confio
de nadie, ni nada espero.
Ya, Señora, he conocido

que no puedo dar un paso,
sin que me salga á impedirlo
la desdicha; y ójala
hubiera primero visto
el sepulcro, que no el dia
en que faltando al debido
respeto á mi padre amado,
cedí cobarde y sin juicio
á vuestras muchas instancias,
que tarde conozco y gimo.
Vuestra ternura cruel
fue quien me arrojó al peligro
en que ahora me hallo. *se abandona.*

MADAMA MURER.

¿Qué es esto?

EUGENIA.

Yo no sé lo que me digo.
¡Ah, Señora! perdonadme;
olvidad los desvarios
de una infeliz. ¿Dónde está
Don Carlos? ¿El no me ha oido?
Ya quizá estará corriendo
la sangre que participo
del Conde, ó mi hermano. ¿Quál
estará muerto, ó herido?

Sale el Baron.

¿Padre, con que habeis dexado
á Carlos? ¿Tan pocos gritos
os dió la naturaleza
á favor de vuestro hijo?

BARON.

¿Crees tu mi corazon,
hija, menos afligido
que el tuyo? No aumentes, no,
mis penas, quando el invicto
brazo de tu hermano vá
á reparar vengativo
todo nuestro mal, ó hacerle
mayor, si queda vencido.

EUGENIA.

¡Qué vana esperanza! ¡oh padre!
¿La venganza de su tio,
y de su familia, no
se empeñará en perseguirlo,
y en matarlo? ¿Nuestros deudos
mas soberbios, mas esquivos
que los suyos, dexarian
esta muerte sin castigo?
No terminará el estrago
hasta que se haya extinguido

la sangre de las dos casas
del todo.

BARON.

Me encolerizo
mas al oirte. Imprudente,
responde, ¿cómo has tenido
tan crédulo el corazon,
teniendo tan peregrinos
discursos para no serlo?

Sale Carlos.

MADAMA MURER.

Carlos, presto vuelves.

BARON.

Hijo,
¿quedamos vengádos ya?

CARLOS.

Aquí teneis, padre mio,
un infeliz. A dos pasos
de aquí encontré á mi enemigo:
quiso hablarme; no le escucho;
saco la espada; le obligo
á sacarla y defenderse;
y quando mas encendido
de su furor le cargaba,
(¡oh pese á mi!) de improviso

rota mi espada...

BARON.

¿Y el Conde
en aquel lance qué hizo? *vivo.*

CARLOS.

Su deber. Ya no tenemos
armas iguales, me dixo:
no es bien que este asunto quede
entre los dos concluido
por una casualidad.
Yo vuestro valor envidio;
vuestro sentimiento apruebo;
conozco como vos mismo
las leyes que nos impone
á entrambos el honor. Idos,
que nos veremos en breve.
Y se fue.

MADAMA MURER.

Con mas motivo
para acelerar sus bodas,
que es lo que yo habia previsto.

CARLOS.

Sin honor, ¿para qué quiero
la vida por quien respiro?
Hermana, querida Eugenia,

yo te habia prometido
un defensor; mas la suerte
se burló de mis designios
y mi esperanza.

EUGENIA.

Los Cielos
han mirado compasivos
mis lágrimas, y no quieren
que otro se halle comprendido
en mi ruina. Padre amado,
tia mia, hermano mio,
¿sereis los tres mas crueles
que él? El dolor que oprimo
y me mata, vá á borrar
la mancha que habia caido
en los blasones de vuestra
familia. Este sacrificio
es bastante, y es mas propio.
Yo, yo sola he delinquido;
y el Cielo justo castiga
los yerros de mi alvedrio
con la deshonra y la muerte:
y para mayor suplicio
con la desesperacion
de mis ultimos suspiros. *se desmaya.*

Sale Betsí acelerada.

BETSI.

Que llaman á toda priesa.

MADAMA MURER.

¿Tan temprano? yo adivino
qué puede ser. Que no abran.

Vase Betsí.

BARON.

¿Pero por qué?

MADAMA MURER.

¿No es preciso
nos recelemos de un hombre
tan infame? con un tio...

BARON.

¿Qué pueden hacer?

MADAMA MURER.

Despues
de lo que ha sucedido
esta noche, hermano, un orden
superior... y mi sobrino...
¿Qué sabemos?

CARLOS.

No es capáz
el Conde de un hecho indigno.

MADAMA MURER.

El será capáz de todo
quanto sea perseguirnos.

Sale Betsí apresurada.

BETSI.

El Conde de Clarendon
es.

MADAMA Y CARLOS.

¿Clarendon?

BETSI.

Yo le he visto.

BARON.

Yo lo quisiera.

BETSI.

Por señas
que trae el mismo vestido
que esta noche, y que se ha entrado.

BARON.

El es.

Sale el Conde.

MADAMA MURER.

Sin duda el iniqüo
la quiere ver espirar.

BARON.

Antes de lograr designio

tan bárbaro morira.
Defiendete. *le amenaza.*

CARLOS.

Padre mio,
reparad que está sin armas. *se interpone.*

CONDE.

Señores, solo he creido *sosegado.*
puede el arrepentimiento
recompensar mis delitos.
Eugenia, tu sola triunfas.
Ya no soy el atrevido,
que engañandote insensato,
se envilecia á sí mismo.
Te juro un amor eterno,
un respeto... ¿Mas qué miro?
¡Dios! el horror, y la muerte
la postran. Decid ¿qué ha sido?

CARLOS.

Esas noticias, Señor,
llegan muy tarde. El divino
objeto de vuestro llanto
no tiene ya los sentidos
en estado de que pasen
al corazon los alivios.

CONDE.

No, no, solo será efecto
de haberle sobrecogido
el corazon su desmayo.

MADAMA MURER.

No hay esperanza, ni adbitrio.

CONDE.

¿Tan poco cuidado os dá
su vida? Dexadme, impios,
lisongear de que mi culpa
no llegó á tanto. Mi hechizo, *de rodillas*
Eugenia, querida esposa, *delante de*
esposa, dime, ¿ha perdido *ella.*
ya su poder esta voz,
que tenia en tus oidos
y corazon tanto imperio?

EUGENIA.

¡Oh Dios! me habia parecido
verle.

CONDE.

No te engañas. Sí:
yo soy: yo soy, dueño mio.
Si la ambicion pudo hacerme
tirar por rumbo distinto,
ya vuelven honor y amor

á conducirme mas fino
á tus pies. Nuestras estrellas
con aspecto mas benigno
nos miran, y á renacer
volverá el placer antiguo.

EUGENIA. *sin mirarle.*

Que me dexen, que me dexen.

CONDE.

Nunca podrás conseguirlo
de mí. Escuchame: esta noche,
al punto que de este sitio
me separé, traspasada
el alma de tus desvios,
lleno el corazon de amor
ácia tí, y á un enemigo *mirando á Carl.*
tan digno de admiracion,
fui á los pies de mi tio,
y le hice declaracion
de mis excesos. Ha visto
mi dolor, remordimientos,
y tu justicia: ha leido
aquel documento, tan
criminalmente fingido
de nuestra boda, con que
mis maldades autorizo

y tu virtud: finalmente
mis ruegos han conseguido
su ternura, su perdon,
y que vea tan propicio
nuestro suspirado enlace,
que él propio hubiera venido
á daros esta noticia,
y á ofreceros sus auxîlios,
su proteccion y amistad,
á no haberle detenido
el temor de que pudiera
aun todo su patrocinio
obtener el perdon, que
mi error ha desmerecido.
Habla, mi bien, y confirma
tu nuestro feliz destino.

EUGENIA.

¿Sois vos? Para responderos
brevemente he recogido
las pocas, débiles fuerzas
que me restan. Os suplico,
Señor, no me interrumpais.
Al Señor Duque le estimo
la piedad, y le doy gracias.
Yo creo que arrepentido

hablais verdad, y que amor
ha hecho en vos este prodigio.
Pero el oprobrio con que
habeis cubierto aquel limpio
cristal, que servir debia
para miraros vos mismo,
ha roto todos los nudos...

CONDE.

Sí; puedo por mil motivos
yo seros odioso; pero
vos sois mia. Mis delitos
nos han ligado de suerte,
que no es facil desunirnos.

EUGENIA.

¡Infeliz! ¿qué me acordais?

CONDE.

Nada habrá por conseguiros
que no intente, y en defecto
de otros derechos mas dignos,
llamaré á todas mis culpas
que me sirvan de testigos
y de pruebas: si, sois mia:
las penas, los parasismos,
el dolor de que os quexais,
mi ausencia mis artificios,

mi amor, mi arrenpentimiento,
mis desayres, mis caprichos,
todo, todo nos enlaza,
y á vos os pone mas grillos
para negarme la mano:
ya no podeis algun sitio
escoger, que no sea en medio
de mi familia: su altivo
tronco robusto es ya solo
vuestra sombra y vuestro arrimo.
Consultad vuestros parientes,
consultad vuestro ofendido
honor, y tened la noble
firmeza de ver con juicio
lo que os debeis á vos misma,
sin mirar lo que yo pido.

BARON.

Lo que se debe es rehusar
con ánimo y rencor fixos
vuestras ofertas. No dexo
de quedar agradecido
á vuestra resolucion
generosa; pero elijo
mas bien consolarla toda
mi vida de los martirios

y ultrages que sufrirá
por haberos conocido,
que entregarsela á quien pudo
engañarla, con perjuicios
tan notorios, una vez;
y su firmeza, su estilo
terrible, la restituyen
mi estimacion y cariño.

CONDE.

Dexaos vencer, mi querida
Eugenia, de mis suspiros.
No podré sebrevivir
á vuestra obstinacion.

EUGENIA.

Idos.
No me atormenteis con quexas
inútiles. El partido
que he tomado, no se puede
trocar: ningun otro admito.
Aborrezco á todo el mundo.

CONDE.

Ya no tengo mas asilo,
ni otra esperanza, que vos,
Señora. *á Mad.*

MADAMA MURER.

Yo no resisto
que ella os perdone : antes bien
lo consiento y ratifico ; *ayrada.*
con tal de que vos podais
perdonaros á vos mismo.

CONDE.

Teneis razon ; tales reos
para siempre son indignos
de indulto , ni de venturas.
No me direis , ni habeis dicho
ya cosa que yo no sepa ,
y habré quizá repetido...
Despues de una breve pausa.
Pero , cruel , quando el Cielo
y la tierra son testigos
de mi iniquidad , ¿no oyes
en tu seno algunos gritos
del infeliz , que bien presto
ha de deber á tu abrigo ,
y á tus dolores la vida ?
¿No ha de tener mas preciso
derecho , y mas justo que
tu resolucion , tu hijo ?
Por él solo se interesa

el llanto que desperdicio.
¿Le quitará tu crueldad
el estado que es debido
al lustre de sus abuelos
que guardan tantos archivos?
¿Podrá tu honor ultrajado
no ceder á los avisos
que dá la naturaleza?
Bárbaros los mas esquivos
sois todos, si no os rendis
á mis razones. Lo afirmo.
Bárbaros, mas inhumanos
que aquel monstruo que ha podido
abatirla de esta suerte,
y que á vuestros pies rendido,
va á fallecer con su esposa.
Padre. *á sus pies.*

BARON.

Sí; yo os la doy, hijo. *enternecido.*

CONDE.

Eugenia.

BARON.

Rindamonos,
hija, que el arrepentido
de veras está mas lejos

de recaer en los vicios,
que aquel que por ignorarlos
jamás los ha cometido.

CONDE.

¿Ella me perdona?

EUGENIA.

Al fin
tu vences, y yo me rindo.
Bien lo mereces. Tu sangre
en mi seno depositó,
y no puede serme odioso
el padre que tanto estimo
de un hijo tan deseado.
Tia mia, hermano mio,
vuestros semblantes risueños,
me llenan de regocijo
á mí tambien.

CONDE.

¡Aun no creo
la fortuna que consigo!
Eugenia me ha perdonado.
Este lance peregrino
nos hace tan venturosos,
como vosotros sois dignos
de serlo, y como quizá

yo tambien he merecido.

CARLOS.

¿Quántos elogios debemos
daros, generoso amigo?

CONDE.

Me avergonzára, si solo
los fines que me han movido
hubiera sido obtenerlos.
Lo primero, y mas preciso,
la felicidad de Eugenia,
justificarme conmigo,
y la estimacion de todas
las gentes de bien, han sido
el mobil de mis acciones,
y mis pretensiones.

BARON.

Hijos,
cada uno de vosotros
su obligacion ha cumplido.
Gozad de la recompensa.
Vivid felices un siglo;
pero no olvideis que nadie
puede hallar en el camino
de la vida bien seguro,
fuera de los exercicios

de la virtud. Ella es sola
primavera sin estío.

CONDE.

¡Ah querida Eugenia!

BARON.

El Cielo
os colme de beneficios.

INDICE

DE LAS PIEZAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO TERCERO.

La Prueba Feliz, Comedia en un acto. . . . . Pag. 1.
El Sombrerito, Saynete . . . . . 47.
Las Frioleras, idem. . . . . 79.
Pl Petimetre, idem. . . . . 141.
El Marido Sofocado, Tragedia en un acto. . . . . 165.
La Maja Majada, Saynete . . . . . 199.
Eugenia, Comedia en cinco actos. 235.

NOTA.

El Real Privilegio exclusivo que tiene el Autor para la impresion de sus obras, se hallará al principio del tomo primero.

ERRATAS.

Pag.	Lin.	Dice.	Debe decir.
43	10	D.Gerónimo	D. Bernardo
153	18	si	que
160	acot.ª	á D. Mónico	á D. Soplado
259	24	¡oh si!	¡oh si
176	acot.ª	tierno	tierna.

59277